

Contemporánea

ÓSCAR COLCHADO LUCIO

Rosa
Cuchillo



DEBOLSILLO

Contemporánea

Óscar Colchado Lucio
Rosa Cuchillo

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Perú



@megustaleerpe



@megustaleerpe

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A José
a tía Anita
a Pepe Palacios.*

Índice

Portadilla

Rosa Cuchillo

Glosario

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos

¿La muerte?

¿La muerte sería también como la vida? «Es más liviana, hija».

¿Habría sirguillitos cantando en las hojas gordas de agosto?

Había. «Y vacas pastando en inmensas llanuras».

Ahora subía yo la cuesta de Changa, ligera ligera como el viento.

¿Por aquí? ¿Por estos lugares se irían los muertos?

«Por allí, hija, por donde se despide uno para siempre de la vida».

Abajo, en la margen izquierda del río Pampas, bañado con las últimas luces del atardecer, quedaba Illaurocancha, mi pueblo, con sus casitas entejadas, sus paredes blancas, incendiadas por la luz roja del sol.

Aún traía impregnado en las narices el aroma tibio, dulzón, de los habales ondeando en la bajada de los cerros, con sus florecitas blanquinegras acariciadas por el viento. Y llevaba en la mirada el vuelo apresurado de las perdices, rastreando, piando, en busca del nido oculto entre las frondas.

Pobre mi pueblo, dije, pobre mi tierra. Ahí te dejo (¿para siempre?). Y miré los molles de las lomas, las piedras de alaymosca rodando por la quebrada, los altos eucaliptos que bordeaban las huertas, los tunales con sus espinas erizadas y los magueyes estirándose sobre las cabuyas.

Y me despedí poniendo mi mano en mi corazón, besando, amorosa, la tierra. ¡Adiós alegrías y penas, consuelos y pesares, adiós!

Suspiré hondo antes de alejarme, recordando mi mocedad, cuando alegre correteaba entre los maizales jugando con mi perro Wayra, haciéndolos espantar a los sirguillitos, esas menudas avecitas amarillas que entre una alborozada chillería venían a banquetearse con los choclos. Me llegó también el recuerdo lejano de las cosechas de junio, de mis juegos en las parvas alumbradas por la luna, de mis años de pastora tras el ganado, soportando a

veces el ardiente sol de la cordillera o mojadita por las lluvias suaves o las mangadas.

¿Y ahora? ¿Ahora por dónde nomás tendría que seguir?, pensé llegando a la pampa llena de ichu de Kuriayvina.

«A Auquimarca, hija, la montaña nevada donde moran nuestros antepasados».

Volviéndome, miré por última vez mi pueblo; pero solo pude ver borrosamente la sombra de sus eucaliptos emergiendo en la oscuridad.

—¿Rosa? ¿Rosa Cuchillo?

Un perrito negro, con manchas blancas alrededor de su vista, como anteojos, era quien me hablaba. Sus palabras parecían ladridos, pero se entendían.

Un instante me quedé silenciosa, como pasmada, sin saber quién era ni qué hacía allí ese animalito.

—¿No me reconoces?

Me quedé observando el arco sobresalido de sus dientes superiores, propio de los perritos cashmis; sus ojos muy vivos, sus orejas gachas.

—¡Wayra! —dije de pronto, inclinándome a abrazarlo con harta alegría en mi corazón al haberlo reconocido. Él empezó a menear también su cola, alegroso.

Hacía tantos años que se había muerto, de un zarpazo que le dio un puma, me acuerdo, cuando defendía a ladridos el corral de ovejas. Y ve, pues, ahora lo encontraba a orillas de este río torrentoso, de aguas negras, el Wañuy Mayu, que separaba a los vivos de los muertos.

A la sombra de un chachacomo, que retemblaba al paso de las aguas furiosas, encontré a Wayra descansando.

—Wayra, ¿qué haces acá? ¿Cómo me has reconocido?

Bajo el blanco resplandor de la luna, observé mis ropas desgarradas por las zarzas de los montes, por los riscos, luego de avanzar penosamente por feas laderas y encañadas.

—Te esperaba, Rosa. Sabía que vendrías.

—¿Te lo dijo alguien?

—Liborio, tu hijo.

—¿Liborio?

Mi corazón saltó alborozado.

—Dímelo —dije abrazando nuevamente al perrito, acariciando su pelo crespo, lanoso—. ¿Dónde?, ¿dónde viste a mi hijo?

—Cálmate —me respondió lamiendo mi mano—, por ahora no lo verás todavía. Él está arriba, en el cielo, allí donde están guiñando las estrellas.

—¡En el Janaq Pacha! —dije alegre, doblando mis manos—. ¡Gracias, Dios mío! —me arrodillé—, gracias por tenerlo en tu gracia infinita.

Y me encomendé al dios Wari Wirakocha, nuestro creador.

—¿Y yo también podré ir hasta allí, Wayra? —le pregunté después, observando el gran río blanco, el Koyllur Mayu, que extendía su lechoso cauce entre estrellas y luceros.

—No lo sé —respondió—. Yo solo he venido a acompañarte hasta Auquimarca, según el mandato de los dioses.

Resignada suspiré, esperanzada que en el pueblo de las almas pudiera encontrar a mis padres, a mi esposo Domingo y a Simón, mi hijito, el último, que se murió cuando era solo una guagua.

—Wayra —le dije—, ¿y dónde has estado durante todo el tiempo que no te he visto?

—En todas partes —me dijo—: aquí, abajo y en las estrellas.

—¿De veras?

—De veras.

Bien abrazada a Wayra, que braceaba dificultosamente, pude llegar por fin a la otra orilla, sin dejar de pensar en mi Liborio, muerto ahora último nomás en los enfrentamientos de la guerra, y por quien de pena yo también me morí.

La luna hacía clarear esos feos lugares, escabrosos, sembrados de barrancos.

—¿Ves la cresta nevada de una montaña que blanquea allá lejos?

—Sí, la veo.

—Esa es Auquimarca. Allí tenemos que llegar.

Alentada alentada marché a su tras.

—¡Wayra, mira eso! —dije volviéndome repentinamente llena de susto, luego de tramontar la primera loma.

—¡Qué!, ¿dónde?

Wayra lo descubrió. De un brinco se situó en mi delante y se puso en guardia para protegerme.

Ligeramente flotando sobre el suelo, la figura de un hombre alto, esquelético, cubierto solo con piltrafas, avanzaba hacia nosotros, mirándonos mirándonos con sus ojos que llameaban como candelas.

—Sin duda, quiere apoderarse de ti para salvarse; pero no temas, lo disuadiré.

Con el susto, yo no podía dar un paso ni atrás ni adelante, solo temblaba.

—¿Quién eres, alma pecadora? —preguntó Wayra adelantándose a darle el encuentro—. ¿Por qué te acercas así?

El hombre se detuvo al ver que Wayra le cortaba el paso.

—Soy Fidencio Ccorahua, allko —respondió—, del pueblo de Soccos. Morí rodándome por una pendiente cuando sigueteaba a mis vacas en plena tormenta. Déjame apoderarme del espíritu de esa señora y me salvaré. En Auquimarca no me recibieron; ni siquiera pude llegar a las puertas.

Mientras hablaba, pude ver con espanto sus enormes colmillos que blanqueaban con la luna, los feos huecos de su nariz carcomida.

Tendiéndose en su delante, Wayra le dijo:

—Cuenta mis pelos primero si quieres apoderarte de ella. Si no, no permitiré que te acerques.

Hubo un breve silencio. En seguida, el condenado dijo:

—No puedo, allko; mira mis manos.

Sus dedos estaban mochados, como trozados con machete, aún sangrantes.

—¿Qué pasó?

—Se me desgastaron tratando de subir a Auquimarca.

—Te volverán a crecer —dijo Wayra incorporándose—, si los frotas con «años», esa plantita de fruto medio colorado que crece en las quebradas.

—Así me han asegurado; por eso estoy bajando justamente al río.

—Entonces, vete; ya sabes, no te dejaré acercarte si antes no haces lo que he dicho.

—¿Cómo que no? —el ánima botó candela por la boca.

Wayra le mostró sus colmillos.

—¡Wauuuuuuu! —gritó el condenado y, guapeando, dando patadas al aire, quiso acercárseme. Yo retrocedí asustada. Wayra saltó a morderlo; mas el otro, rápido, se hizo a un lado logrando que el allko se pasara en banda y, antes que volviera a atacarlo, escapó como un viento furioso, perdiéndose por esa bajada.

—¡Waaaaa..., waaaaa!

La luna escondiéndose tras una montaña. Y nosotros avanzando por una fea cuchilla.

—Rosa, ¿y de qué se murió Liborio?

—Lo mataron los tropakuna, Wayra, en la quebrada Balcón, cerca de Minas Canaria...

Conversando conversando entramos en una quebrada, alumbrada por estrellas muy pálidas.

Luego de internarnos por un montecito, salimos de nuevo al camino, impregnados del olor de ñujchus y molles.

Arriba, en la cumbre del cerro, hacia donde nos dirigíamos, vimos un ánima de albo vestido, acosada por un fiero chanco que daba vueltas y vueltas alrededor de un montículo de piedras donde aquella se hallaba trepada, buscando al parecer traerla abajo.

Venciendo nuestro temor, avanzamos.

El animal, al vernos, se dio vuelta, furioso, erizado el cuerpo, los colmillos amenazantes.

Wayra se lanzó a atacarlo. Yo me asusté pensando en que aquella fiera destrozaría a mi huallqui. Menos mal que para nuestro alivio, después de dudar un instante, prefirió huir por la vuelta del cerro.

El alma buena bajó de la apacheta y derecho se vino donde nosotros.

—Gracias por salvarme, allko, gracias también a usted, mamita señora — dijo llegando a nuestro delante—. Un poco más y me devoraba ese demonio.

—¿Quién eres, alma buena? —me atreví a preguntarle.

—En vida mi nombre fue Téodulo Huarca, mamita. Fui cargador en los mercados y en la estación del Cusco. Mucho me gustaba tomar mis traguitos. Morí alcoholizado.

—¿Y ya purgaste tus penas? —intervino Wayra.

—Ya casi. Solo me falta encontrar dos dientes que perdí peleando borracho durante la celebración del Inti Raymi.

—¿Vuelves a tu pueblo entonces?

—Sí, justamente para allá me estoy yendo.

Dio unos pasos para alejarse, pero una inquietud lo detuvo.

—¿Y ustedes, mamita, de dónde son?

—Del sur de Ayacucho —le respondí—, de un pueblo llamado Illaurocancha.

—Por ahí y por mi pueblo dizque hay guerras pues ¿no?

—Así es, don Téodulo —le dije—, en estos tiempos nuestros pueblos son campos de batalla donde a diario muere la gente. Ahora que va por allí lo va a comprobar usted con sus propios ojos.

—Así será, seguro —dijo, dio un suspiro y en seguida se despidió deseándonos buena suerte.

Ladera ladera nomás, nos encaminamos con Wayra por ese sitio rocoso, mientras en mi mente clarito aparecía la imagen de mi pobre hijo afanado en esa guerra con trazas de nunca acabar.

Al pie del Rasuhuilca, en las alturas de Iquicha, con los dedos agarrotados por el frío, accionabas el arma, Liborio, admirado de la facilidad de su manejo. En la montaña del frente estaba Julcamarca. ¿De allí? ¿De esos feos lugares desolados, llenos de quebradas, riachuelos y continuos deslizamientos provocados por los huaycos, era la camarada Angicha, la encargada de instruirles? Buenamoza la muchacha. No dejabas de admirarla, mientras el olor a pólvora te provocaba náuseas.

Ya se acostumbraría, compañero, después hasta tendrías que comerla para enrabiar la sangre.

No despegabas los ojos de sus trencitas al viento, de sus labios como moras del río, de sus ojos negros, medio achinaditos.

Ahora verían cómo se disparaba asentándola sobre la pierna cuando se estaba en posición de rodillas.

Recelosos miraban los morochucos y los huantinos recién reclutados cuando ella hacía las demostraciones.

Fabricar bombas también era sencillo, como amasar quesos nomás, compañeros.

Y sonreía, mientras ustedes a carcajadas la secundaban: Vaya, ocurrente era también la compañera.

Ayer nomás llegaste al campamento, y ve pues ya estabas aprendiendo a ser guerrillero. Toda la noche recordaste tu encuentro con el camarada Santos hace dos semanas en la quebrada de Ayahuarkuna, abajito del puente de piedra de los incas ubicado entre Huanta y Ayacucho.

Habías ido a Huanta, a la feria del Señor de Maynay, a ofrecer en venta la tropita de carneros que con tanto trabajo compraste por diferentes lugares: Chuschi, Ocros, Cangallo, Quinoa, Pacaycasa, Huamanguilla.

Ahí, en los puestos de comida de la feria, cuando acababas de servirte un buen plato de puka picante y tomabas chichita, contento de haber hecho tu negocio, fue que aparecieron esos dos uniformados de la Guardia Civil.

—¿Liborio? ¿Liborio Wanka?

—Sí, jefes, ¿en qué nomás puedo servirles?

Te pidieron tus papeles. Solo la boleta de tu libreta militar la tenías, bien dobladita en el bolsillo de tu camisa.

Después de mirarla fijamente, uno de ellos dijo:

—Nos acompañas. Estás con orden de detención.

—¿Yo, taitas?

—Sí, tú, por vender ganado robado.

No, papitos, tus recibos tenías, se los mostrarías.

Quisiste buscar la bolsita plástica que había en tu alforja. No te dejaron. Fueras nomás, ya en la detención verían.

Entonces tuviste que marchar delante de ellos, rezándole muy bajo al illa —el torillito de piedra que a manera de medalla lo llevabas ollcao en el cuello —, pidiéndole que te ayudara en caso de haber problemas.

Los uniformados te llevan derecho por una calle donde hay un carro esperándolos: un auto rojo algo viejito.

—¿Ya cumpas? —dice al verlos un hombre de aproximadamente treinta años que se halla al volante, fumando.

—Sí, vamos —le contestan los otros haciéndote subir.

El carro luego de arrancar a toda velocidad enrumba hacia la salida del pueblo por la carretera que va a Ayacucho. Te asustas.

—Cómo, taitas, ¿no me van a llevar a la detención?

—Sí, pero a la de Huamanga —te dicen—. No aquí.

Sin ánimo de replicar, solo das un suspiro de resignación, en tanto miras los altos y frondosos eucaliptos que orillan la carretera. Fugazmente ves también, a través del espejo retrovisor, las altas torres de la iglesia matriz que con sus ojos de campanario parecen estar siguiéndote.

Cerros pelados a la distancia. Tunales por aquí y por allá. Molles y retamas y, lejos de la carretera, una que otra chacra de trigo.

Después, huishqus volando volando bajo el cielo azulino y el carro deteniéndose en Ayahuarkuna, a menos de la mitad del camino a Huamanga. Te hacen bajar. El carro sigue de largo por la carretera orillada de cabuyas.

Estás pálido y silencioso. ¿Alguien te habrá acusado de terrorista? ¿Te iban a matar acaso? ¿Por qué te han hecho bajar en ese paraje desolado?

Y antes que fueras a preguntarles, uno de ellos, palmeándote el hombro, te dice:

—No te asustes, compañero, no vamos a hacerte nada. Somos guerrilleros del ejército popular y es el camarada Santos, tu paisano, quien quiere hablarte.

¿Camarada Santos? Te quedas pensando.

—Mejor dicho Nieves Collanqui —aclara el otro.

Por fin caes en la cuenta. Y comprendes ante quiénes estás. Sí, guerrilleros del Partido Comunista del Perú «Sendero Luminoso».

Abajo en el maizal que floreaba al canto del río los loros se desgañitaban chillando, meciéndose sobre las cañas que ondulaban con el travieso vientecillo que por allí se paseaba.

Arriba: el taita Intip, alegroso, riendo tal un girasol.

Te fijaras, Liborio, escuchas a Santos, el mando, hablando en ese círculo de hombres armados sentados en medio del maizal.

Sí, te fijaras, hombre, la guerra popular había empezado hacía rato. ¿Sabías que Medardo, Mallga, Damián y otros jóvenes que asistieron contigo a la escuela popular de Illaurocancha ya se habían incorporado a la lucha? Claro que lo sabías, hombre. Solo faltabas tú. ¿Qué esperabas? El Partido necesitaba urgente en esta coyuntura el concurso voluntario de los huajchas, sus hijos más preclaros, compañero... Te rascas la cabeza. Piensas. Tantas noches has luchado contigo mismo dudando si incorporarte o no a la guerrilla. Temes por tu madre, que ya está anciana y para enferma, y de quien tendrías que descuidarte u olvidarte si optabas por la revolución. Tus ausencias permanentes del pueblo por cuestiones de tu negocio siempre te dieron buen pretexto para eludir a veces las reuniones en la escuela popular dirigida por Mario Buitrón, el maestro. Mas ahora ya no puedes. Hay exigencias y amenazas por todos lados. Mira, oyes de nuevo la voz de Santos, mi taita era también como tú: negociante. Recorría los pueblos llevando y trayendo ganado. Hasta que por fin pudo comprarse unos terrenitos. Ahí surgió el lío con otro, poderoso, que era ya casi dueño de toda la región. Para defenderse judicialmente y evitar que le quitaran su pequeño fundo, tuvo que vender un toro. Sin embargo, ese toro fue a dar a manos de los jueces y perdió la chacra. Poco después moría de una manera extraña y oscura victimado de un balazo. Mi madre tuvo que vérselas entonces como sea para

criarnos a mí y a mis hermanos... Pero basta, basta de historias tristes, camarada. El pasado debe ser barrido con la histórica lucha que nuestro pueblo ha decidido librar en el presente. ¿Era así o no era así, compañero Liborio? Tú te pones en apuros, te sobresaltas. Así será, seguro, compañero, respondes tímidamente. Sin embargo, los ojos de Santos y de los demás piden más contundencia. Entonces tú te apresuras y atropelladamente respondes poniendo cierta firmeza en tu voz. Sí, compañeros, así era, en de veras.

—¡Qar! ¡Qar! ¡qar! ¡qar! ¡qar!

Un bulto de animal grande, como de llama, pasó por mi lado rozando, casi tumbándome. Me hubiera lanzado al abismo si no era por Wayra que saltó bien alto dando un ladrido como cuando en vida intentaba coger una paloma en el aire. Botando candela, se perdió precipicio abajo.

Wayra se detuvo al borde.

—Ha querido desbarrancarte esa jarjacha —dijo regresando—, hay que andar con más cuidado.

Dejando atrás esa fea ladera, más allá salimos a una pampa por donde se desparramaba el agüita que discurría de las montañas. Parecía la pampa de Huinllurca de mi pueblo, donde los jóvenes iban a pelotear en tiempos de la fiesta del agua.

Un momento nos sentamos a descansar en el pasto verde, soportando un poco el frío intenso que hacía, oyendo el vientecito conversalón que zumbaba en nuestros oídos.

Un ave vino volando por el cielo en el momento en que reiniciábamos nuestro viaje. Wayra y yo nos quedamos observando en silencio. Después, cuando estuvo más cerca, pudimos reconocer a una paloma blanca, resplandeciente, que vino a posarse delante nuestro sobre una enorme roca.

—¡Wayra! —dijo—. Ya conseguí mi salvación a costa, discúlpame, de Téodulo Huarca, el ánima a quien libraste de mí en la apacheta. Yo soy el cuchí que lo estaba acosando, ¿recuerdas? Pues ya impregné mi espíritu pecador en el suyo. En adelante, será él quien ande buscando una víctima. Solo vine a agradecerte por lo de aquella vez que me ayudaste a cruzar el Wañuy Mayu cuando llorando entré al mundo de las sombras.

—¡Domingo! —exclamó Wayra—. ¡Vaya, eres tú! De veras, nos da pena lo que has hecho, pero qué vamos a hacer si es esa la permisión de nuestros dioses. Mira a esta señora que justamente me preguntaba por ti. ¿No la reconoces? Es Rosa, Rosa Cuchillo, la que fue tu mujer en vida.

La paloma quedó muda un instante, lo mismo me ocurrió a mí. Vaya, recién comprendía por qué esa voz me había sonado tan familiar. Era Domingo. Quién podía creerlo.

Por fin, reaccionando, el ave voló a posarse sobre mis hombros.

—¡Rosa! ¡Esposa mía! ¡Qué felicidad! ¡Te amo! Quisiera quedarme contigo hoy mismo, mas el Padre me apura. Debo volar a los cielos. Allí rogaré por ti, mi amor, para que entres tú también a la región azul, donde juntos vivamos para siempre.

—Sí, Domingo —le dije muy emocionada—, anda nomás. Ya te alcanzaré.

En ese instante, algo como una fuerza superior pareció jalarlo hacia arriba. Resplandeciendo cual una estrella se perdió.

Conmovida, me tendí de rodillas sobre la hierba y elevé mis oraciones al Creador, para que lo recibiera en su santo reino, tal como había hecho con mi hijo.

—Ahora son dos almas benditas que rogarán por ti en el Janaq Pacha —comentó Wayra satisfecho.

Pensativa por lo que había visto, yo avanzaba al lado del buen allko. Iba recordando los años vividos junto a mi esposo. Lo comprensible que fue al

comprometerse conmigo sabiendo que yo llevaba en mis entrañas una criatura que no era suya. De los trabajos que pasamos juntos sembrando, cosechando, criando nuestros animalitos.

En eso iba ocupada mi mente, cuando de pronto Wayra me volvió a la realidad.

—Mira atrás —me dijo—. Un alma chúcara nos viene siguiendo. Escondámonos antes de que nos dé alcance.

Cierto, al volverme vi que avanzaba a nuestro tras un ánima con figura de mujer, apurada apurada, como olfateándonos. De prisa, volteamos un recodo y saliéndonos del camino bajamos a escondernos entre las matas de puyó que más abajo crecían altitos formando un pequeño bosque.

El alma chúcara, luego de dejar atrás la curva, apareció ante nuestros ojos en lo alto del camino. Llevaba vestido negro y se envolvía con un rebozo del mismo color que le cubría hasta la mitad del rostro. La falda inclinada de su sombrero no debía dejarle ver de frente sino solo al suelo.

Como si hubiera sabido dónde nos hallábamos escondidos, derechito empezó a venirse en dirección nuestra.

Tuvimos que correr buen trecho entre los puyós para más allá trepar de nuevo al camino.

Cuando nos volvimos a mirar, el alma condenada ascendía también pero con mucha dificultad. El ala de su sombrero, al parecer, no le permitía tampoco mirar hacia arriba. Subía agachada tal si un enorme peso le curvara las espaldas.

—¡Oggg! ¡Oggg! —rugía.

Nosotros trepamos al sendero y nos ocultamos entre unos arbustitos espinosos que salpicaban la cuesta.

Después que a duras penas alcanzó de nuevo el camino, el condenado ávidamente miró a uno y otro lado tratando de localizarnos.

—¡Oggg! ¡Oggg!

En ningún momento intentó siquiera mirar hacia arriba, solo a los costados.

Al no vernos, pensando seguramente que nos habríamos alejado demasiado, rápido rápido siguió en la dirección por donde antes íbamos.

Aliviados sonreímos viéndolo alejarse, en tanto bajábamos de nuevo al camino.

—¡Pillik! ¡Pillik! —pasó un pillik volando a velocidad sobre nuestras cabezas después de largo rato de caminata.

—¡Shooq! ¡Shooq! —a su tras un chuseq pasó como siguiéndolo.

Sin duda, algo anunciaban esas aves nocturnas malagüeras.

—¡Mira! —me dijo Wayra, alarmado—. Viene una jarjacha, acaso la misma que intentó desbarrancarte. Quédate tranquila, no te va a pasar nada.

Entonces miré hacia donde me indicaba y vi que del alto de la montaña bajaba una llama de dos cabezas, bailando al compás de la música que tocaba en su violín un hombre que venía detrás ataviado con poncho, sombrero y llanques.

—Ese espíritu —me dijo Wayra refiriéndose al hombre— no es de muerto. Es el alma de alguna persona viva que está por morirse. No temas, no nos hará nada, menos aún el monstruo que está dominado por la música.

La jarjacha pasó por nuestro lado sin dejar de bailar. Vi su cuerpo llagoso, sarniento, entre lanas sucias que colgaban como estropajos.

El hombre, al llegar junto a nosotros, se detuvo haciendo una venia, sin parar la música. Alejándose, la bestia lo amenazó:

—Espérate nomás. Detrás de mí viene el alcalde, con él no podrás.

—Que venga —le respondió el espíritu del hombre vivo—, a él también lo haré bailar.

Cuando por fin se perdió de nuestra vista el animal, el hombre se dirigió a nosotros.

—Me había perdido de camino —dijo—, pero ya sé que yéndome por acá llegaré al Wañuy Mayu, y de allí al mundo de los vivos, donde me espera mi cuerpo para despedirme. Pronto estaré de vuelta por estos lugares, solo que entonces quizá sin mi instrumento.

Y miró su violín, su hermoso violín.

—¿De dónde eres, buen hombre? —le preguntó Wayra.

—De Ayrabamba —dijo—, una hacienda de Ayacucho.

—Conozco esa hacienda —dije—. Sé que hace tiempo los *compañeros* la incendiaron y dinamitaron varias máquinas.

—Sí —dijo el hombre—, aunque esa vez yo estuve ausente. Me contrataron para tocar en Occobamba, por Andahuaylas. Ahora estoy en manos de los sinchis acusado de terrorista. Han dicho que hoy en la madrugada me matarán y quemarán mis restos...

Ese momento, hablando cuando estaba, asomó de un de repente sobre un morro la misma alma condenada que hacía poco habíamos hecho errar con Wayra subiéndonos sobre el camino. Al descubrirnos, rápido rápido nomás se vino, ¡Oggg! ¡Oggg!, rugiendo.

—No se preocupen —dijo el hombre alzando su violín, notando nuestro apuro—. Vamos a hacerla bailar. ¡Tiene que bailar!

Y antes que llegara a nuestro lado, sacando con el arco alegres notas de las cuerdas:

—¡Baila! —le ordenó.

—¿Bailar? ¿Quién? ¿Yo? —dijo el ánima confundida.

—Sí, tú, baila —repitió el músico haciendo vibrar con mayor fuerza las cuerdas de su instrumento.

Quiso resistirse, mas al escuchar la tonadita alegre de ese carnaval ayacuchano que acaso le recordó su pueblo, por fin se decidió.

—¡Ay! ... por ser tú quien eres bailaré —dijo—, porque la verdad la verdad es que... bueno, a mí en la vida mucho me gustaba el baile.

Y danzó dándose varias vueltas, haciendo chicotear el vuelo de su vestido.

—Ahora sí, váyanse —dijo después mientras se alejaba—, por ahí viene el gobernador, con él no podrás. Con toda seguridad les devorará.

—¡No importa! —respondió el ayrabambino—. ¡Que venga! Lo haré bailar también.

Y nos aconsejó no apartarnos hasta que pasara, según dijo, el más peligroso de todos. Después ya podríamos irnos dizque tranquilos, pues pasando esta montaña, cerca quedaba Auquimarca.

Ni bien desapareció el condenado cuando, ¡shall! ¡shall!, oímos un ruido de cadenas. Este otro, que avanzaba en un trono de fuego en unas andas tiradas por cuatro gallos colorados, botaba llamas por los ojos y por la boca.

—¡Busco mi salvaciooooooón! —gritaba—. ¡Ahora los devorareeeeeé!

Yo me asusté. Quise correr. Mas Wayra y el violinista me calmaron.

—¡Ja! Dice que ha de salvarse con nosotros —se burló este empezando a tocar con entusiasmo. En seguida ordenó—: ¡Baila!

El condenado se detuvo. Paró las orejas. Se resistió a bailar. Así estuvo buen rato.

—Si no fuera por ese allko de cuatro ojos te devoraría —amenazó.

—¡Baila! —insistió el hombre—. No puedes alcanzarme.

El condenado se resistía se resistía. Parecía luchar consigo mismo. La música era cada vez más contagiante. Finalmente, se decidió. Bajándose del trono, bailó sobre las andas, ¡shall! ¡shall!, haciendo sonar las cadenas con las que se hallaba asegurado.

Después, cuando disminuyó la música, se alejó, mudo, como avergonzado. A la carrera se lo llevaron los gallos de bajada.

—¡Ustedes también bailen! —dijo después el ayrabambino, riendo, cambiando la música por una de mi pueblo. No pudiendo contenerme, yo bailé, dando varias vueltas, alegre, viendo que Wayra hacía lo mismo.

—Gracias, buen hombre —diciendo nos despedimos poco después.

—¡Adiós, señora! ¡Adiós, allko!

Casi amanecía ya y estaba nevando sobre Auquimarca cuando llegamos.

A media montaña había una grieta que parecía ser la entrada.

Decididos, nos disponíamos a ingresar, cuando en eso oímos una voz que parecía venir de muy lejos retumbando entre las nubes.

—¡Cerro Auquimarca! ¡Cerro Auquimarca dormilón!

—¡Yau! —respondió en seguida una voz en la cumbre entre el ruido de un parpadear de alas.

—¿Ves a una mujer con un allko frente a tu puerta?

—¡Sí, los estoy viendo cerro Rasuhuilca alborotau!

—¿Los dejarás pasar a los dos?

—¡A ella sí, a su huallqui no!

—¡Eso mismo te iba a decir! ¡El allko espantará a tu ganado!, ¿no ves que tiene cuatro ojos?

—¡Sí, sobre todo a mis vizcachas y a mis venados! ¡No lo dejaré entrar!

—¡Yau!

Los cerros terminaron de conversar. Nosotros, que orejeábamos, vimos salir de pronto de entre el manto de neblina de la cumbre a un halcón blanco envuelto en un aura azulina que veloz bajaba hacia nosotros.

Suspendiéndose en el aire, con una vibración rapidísima de sus alas, tal un picaflor, habló:

—Tú, mujer, puedes pasar si gustas a mi reino donde viven tus padres, parientes y paisanos; pero te advierto: no puedes quedarte para siempre aquí. Tu lugar no es este, sino el que te señale Taita Rumi, el Padre o Señor de las Piedras, allá en Chavín de Huántar, muy cerca donde nace el río Marañón. Y tú, allko —dijo dirigiéndose a Wayra—, no puedes entrar. A la zorra madre no le gustará tu presencia, ni a mis venados, ni a mis vizcachas bigotes de plata. ¿Entiendes?

Desalentados, Wayra y yo nos miramos. Entonces le dije al allko.

—¿Me esperarás? Tengo muchas ganas de ver a mis viejos, de abrazarlos; sin embargo, trataré de no demorar. ¿Qué dices?

—Anda nomás, Rosa —respondió de buen grado—. Yo esperaré. Me hallarás rondando por acá cuando salgas.

Agradecida, acaricié su blanda cabecita con harto cariño.

El padre Auquimarca voló en esos instantes hacia la cima, y yo, decidida, ingresé en la montaña.

Más de una semana ya de instrucción, Liborio. Ahora manejas con facilidad revólver, carabina, fal y también ya sabes preparar los «quesos rusos», esas bombas caseras con alambres y clavos en su dentro, de los que hablaba la camarada Angicha. Hoy en la mañana, como ningún otro día, les han exigido bastante haciéndoles correr con las armas en la mano, ordenándoles tirarse cuerpo a tierra y a colocar el arma en mampuesta.

Terminado el entrenamiento, se ocupan seguidamente en desmontar el arma, en limpiarla y volverla a montar aprendiendo a cargarla. Los pampinos están medio torpes todavía. Peor los reclutas nuevos.

Más tarde, la comandante, luego de hacerles entonar canciones revolucionarias, les da explicación política: La tierra había demorado dizque quince mil millones de años, compañeros, para llegar a la luz que era el Partido Comunista del Perú dirigido por el pensamiento guía del camarada Gonzalo, que así se llama, ya sabes, el jefe supremo de Sendero Luminoso. Durante el incanato existieron ciertas tiranías y por eso habían perdido ante los españoles. Por primera vez observas que tiene el rostro duro, seco, cerrado, y en sus ojos un extraño brillo de dureza y firme convencimiento. Luego estos, los españoles y sus descendientes, continúa, se apoderaron de las tierras de los naturales, hasta que en 1980 un sol rojo iluminaba el planeta, y ese era el Partido, que iba a iniciar el largo camino de la liberación. Pues en la

China de Mao Tse Tung, ¿sabían?, había durado veinte años; aquí continuaría hasta las últimas consecuencias a fin de consolidar la República Popular de Nueva Democracia sobre las ruinas del Perú actual. Iban a abatir, compañeros, el capitalismo burocrático y el semifeudalismo. Ay, caracho, eso sí que nadita entiendes. Ella parece advertirlo y se apresura a hacer aclaración: sobre estos términos, compañeros, que para algunos de ustedes son desconocidos, poco a poco vamos a irles explicando conforme pasen los días. Libros también iban a darles a leer. Dos horas después termina la reunión dando vivas al Partido Comunista del Perú, al camarada Gonzalo y a la guerra popular.

Es de noche. Dentro de la cueva están preparando la cena. Hace solo media hora que llegó un pelotón con el camarada Santos. Tres días estuvieron ausentes realizando un operativo. Puros experimentados fueron. Los nuevos se quedaron con Angicha.

Alrededor del fuego, que arde con troncos y ramas secas, dos mujeres y un varón están asando trozos de chalonga de llama, tosiendo de cuando en cuando con la humera. La cueva es grande. Parece socavón de mina, donde caben, bien apiñaditas, las treinta personas que son, entre hombres y mujeres. Cueva natural, agrandada a pulso por los compañeros. Hay también otras más chicas por allí cerca donde guardan las municiones, armas, víveres, medicinas y donde hasta se duerme. Bien escondido este campamento, ubicado en una quebrada, con peñones que ocultan los socavones y sobre todo esos arbustos de follajes espesos cuyas ramas cuelgan sobre las entradas. También la paja brava crece alta por estos parajes.

Algunos conversan afuerita de la cueva, envueltos con sus ponchos, fumando y sirviéndose un trago de corto que circula de mano en mano para aguantar el frío —un frío que penetra hasta los huesos—, en tanto les llega su ración de carne asada, con algunas papas. No hay sal ni ají.

Aquí dentro, los recién llegados están que comentan, entre asustados y risueños, las ocurrencias de la última acción ocurrida en Secllas, en el ataque al puesto policial que lo dinamitaron dizque hasta los cimientos, con el propósito de que la Guardia Civil se retirara definitivamente del lugar. «Menos mal, dice Carla, que nos apoyó la gente de Sarquincha proporcionándonos caballos frescos y esperándonos en las afueras por si hubiera un contrataque, que felizmente no se dio». El camarada Santos, en tanto fuma, no presta atención al relato de la compañera, más parece concentrado en otros pensamientos. Quien está muy atenta a la conversación es Angicha. Volviéndose, les dice sonriente a ustedes los reclutas nuevos, Espérense nomás, ya van a tener su experiencia de combate, ahí los quiero ver. Ustedes ríen celebrándolo; mas ella vuelve a poner atención en Carla, quien dice alegrarse por no haber habido bajas. «solo con raspetones hemos salido», manifiesta.

Adentro en Auquimarca un nuevo cielo se abría, alto, color púrpura, donde brillaba el sol de la mañana (acaso el mismo que alumbraba afuera) y se respiraba aire puro, fresco, que venía de esas hermosas campiñas hacia donde yo me aproximaba caminando sobre una verde pradera. Más allá se alzaban suaves lomadas cubiertas de pastos jugosos, donde las llamas, alpacas y vicuñas se veían como nubes.

Cuando avanzaba entre huertos de frutales, por donde discurrían murmurantes arroyitos, una música irrumpió de súbito haciendo volar a las avcillas en todas direcciones. Una comparsa de bailantes apareció entonces, tomando chicha y dando guajidos, entre avellanas que empezaron a reventar en el cielo dejando nubecitas. Yo quise esconderme, pero ya no pude.

—¡Señora! ¡Venga, venga, no se esconda! —me gritaron.

No tuve más remedio que quedarme paradita, esperándolos.

A muchas personas, entre parientes y paisanos, reconocí.

—¡Vamos, doña Rosa, entre usted a la fiesta! —diciendo vinieron a saludarme y abrazarme, sin preguntar cuándo me había muerto. Me invitaron chicha. Después, don Mauricio Chapilliquén, un paisano que había muerto hacía muchos años, ofreciéndome su brazo, me invitó a engancharme a los demás para entrar en la huayllashada. Pero me disculpé con delicadeza, diciéndoles que estaba en busca de mi mamita y mi taita, que más bien me dieran noticia dónde nomás podría encontrarlos. Se consultaron entre ellos. Finalmente, una que fue mi sobrina, me dijo:

—A la vuelta de esa lomita, al pie de un bosque de eucaliptos, los va usted hallar, tía.

—Gracias —les dije—. Con ellos tal vez venga a darles alcance.

—Sí, tía, véngase —me respondió la misma muchacha—. Nosotros nos estamos yendo a la chacra de los aukis a cosechar kusais, esas papas grandes, amarillosas. Vamos a hacer pachamanca celebrando el nacimiento de las criitas de la venada shilpi rinri. Véngase, tráigalos a mis tíos.

Nuevamente agradeciéndole a la muchacha, empecé a alejarme, en tanto ellos volvían al baile, moviéndose al compás de tinyas, quenas y zampoñas.

Hija, ¿de qué enfermedad te has muerto?

Botando su hilado, había corrido mi mamita a abrazarme con qué emoción, con qué cariño.

Varias mujeres que pastoreaban con ella un rebaño de ovejas de lana blanquísima, se acercaron también a darme la bienvenida.

—De pena, mamita, de pena me he muerto.

Ahí fue que llorando le conté de mi Liborio, de sus padecimientos en esa guerra y del viaje que me había tocado emprender hacia Chavín de Huántar, la raíz del mundo, según me lo había hecho saber el padre Auquimarca.

—¿Y quién fue el padre de tu hijo? ¿Alguno de nuestros paisanos?

—Fue hijo de Pedro Orcco, mamita —le dije—, del dios montaña de nuestro pueblo.

—¿Del wamani?

—Sí, del wamani.

—¿Y cómo nomás ocurrió eso, hija?

Entonces le referí que luego que ella y mi taita se murieron en el terremoto de ese año, yo, que empezaba a hacerme señorita, viendo que los jóvenes y hasta los hombres adultos me perseguían, enamorándome aquellos y ofreciendo dejar a sus mujeres y casarse conmigo estos, y siendo consciente de que las mujeres me miraban envidiosas y celosas, fue que decidí retirarme del pueblo e irme a vivir a nuestra choza de la jalca, mamita, donde me dediqué al pastoreo de nuestras ovejas y al de algunas personas que me encargaron a cambio de alimentos. Allí vivía yo, solo acompañada de nuestros perros. En las noches, dormía con un cuchillo al alcance de mi mano, bien plantado al centro de una cruz dibujada en el suelo, tal como una vez escuché decir que eso era bueno para espantar a los malos espíritus.

—También a las malas intenciones de los hombres, hija.

—Sí, justamente. Como usted dice, mamita, no solo me sirvió para ahuyentar a los espíritus malos, sino también para contener a los hombres que varias veces intentaron abusarme, como el Lorenzo Taipe, hombre casado, con cuatro hijos, a quien puse el puñal en el pecho haciéndolo retroceder acobardado cuando ya estaba entrando en la choza. O al Pajla Bolo, hijo de un pudiente de Ocros, a quien puse el cuchillo en la garganta cuando una vez hallándome sola en el campo pretendió subirme a la fuerza a su caballo. Desde entonces, los hombres me miraban con una mezcla de temor, admiración y respeto. La gente dejó de llamarme Rosa Wanka para nombrarme con el mote de Rosa Cuchillo.

—¿Y lo del wamani?, no me has contado aún —dijo después, cuando nos dirigíamos en busca de mi viejo, a quien tenía tantas ganas de abrazarlo antes

de despedirme.

—¡Ah!, sí... Bueno, una noche de tormenta, cuando me hallaba acostada y empezaba a dormirme, a pesar de la tronazón de los cielos que hacían estremecer la chocita, oí una voz de hombre que me llamaba de afuera. Rápidamente cogí el puñal y me aproximé a la puerta con sigilo. Aguité por la hendidura y, sorprendida del silencio de mis perros, tal si estuvieran ausentes, vi en medio de la noche negra, iluminado por los breves fulgores de los relámpagos, a un hombre alto, fornido, con un cuero de cóndor sobre la cabeza, vestido con chamarra y pantalón de vicuña, calzando ojotas, que me hablaba con dulzura desde afuera como si me estuviera viendo.

«—Ábreme, hija. Ya sabes quién soy, ¿verdad? Antes, arroja tu cuchillo. El acero me hace daño».

—Y al ver su barba rubia, su cabello largo hasta los hombros, ya no dudé que quien me estaba ordenando era el taita Pedro Orcco, el dios montaña que daba protección a nuestro pueblo. Deseosa de cumplir su mandato y muy enamorada también, arrojé lejos el cuchillo y lo dejé entrar. Mis perros con los ojos abiertos estaban como petrificados.

—Y después que tuviste relaciones con él, ¿no intentó encantarte?, ¿llevarte al interior de la montaña?

—Sí, quería que me fuera a vivir adentro con él, en su palacio. Yo tenía miedo y le supliqué que me dejara un tiempo en mi chocita, con mis animales, que no me llevara todavía. Sin embargo, por esos días paraba detrás detrás nomás de mí Domingo, a quien le advertí que ya estaba comprometida con el Orcco y acaso tendría un hijo de él. Me creía y no me creía, en todo caso dijo que él se haría cargo de la criatura cuando naciera. Y así fue. Tiempo después tendría también su hijo de él: mi Simoncito.

—¿Y Pedro Orcco no te castigó por eso, hija? Los dioses son vengativos.

—Solo en mis sueños se apareció una vez, molesto, diciéndome que a mí personalmente no me haría daño porque llevaba un hijo de él en mis entrañas,

pero que por mi culpa todo el pueblo sufriría su castigo. Y de veras, ese año fue mal año, no hubo lluvias y los animales no aumentaron como otros años.

¡Por fin pude abrazarlo a mi pobre viejo! Agarradito su sombrero corrió hacia mí al reconocirme.

Mi mamita y yo habíamos dejado atrás una pampa verdecita, llena de vicuñas, y un bosque de alisos. Al salir al claro lo vimos junto a mucha gente, gustándose dizque de las competencias de los dioses montaña que se encontraban de visita en Auquimarca.

—¡Hija, hijita, por fin llegaste! —diciendo se arrodilló doblando sus manos en agradecimiento a taita Wari Wirakocha.

Yo no quise quitarle su alegría ese rato diciéndole que solo estaba de paso. Harto dolor tuve en mi corazón pensando que tendría que dejarlos por seguir los mandatos de la Providencia.

Parlamos breve breve. Allí se enteró cómo había llegado. Lamentó mucho que Wayra no hubiese podido entrar. Lo recordaba con gran cariño, pues fue él quien lo hizo llegar tiernito a la casa.

Seguidamente, me llevó a conocer a los jirkas.

Allí estaban los dioses, haciéndose los peleadores algunos; otros, apartados, solo conversaban acariciando algún zorro, venado o vizcacha.

—Ese de ahí, el más corpulento que quiere tumbarlo al otro, es el Rasuhuilca. Su contendor es el Jarhuarasu, quien lleva envuelta alrededor de su cintura una honda de oro. El que mira sonriendo, con los brazos cruzados, es el Apu Salkantay. Y ese alto, medio canoso, que está a su lado, el Huascarán.

Los que conversaban a un lado eran dizque cerros menores y había entre ellos también mujeres, como la Picota y la Emicha, de Ayacucho, de quienes en sus lugares decían que eran cerros chúcaros; pero allí se las veía tranquilas, vistiendo polleras de colores y pañolones. Emicha tenía entre sus

brazos una vizcachita y reía a carcajadas de cuando en cuando de las bromas que al parecer les estaba haciendo el Acuchimay.

De un de repente, el Jarhuarasu cayó al suelo tumbado malamente por el Rasuhuilca entre un coro de carcajadas. Avergonzado se levantó aquel forzando una sonrisa.

—A ver conmigo, a ver conmigo —retó el Apu Salkantay yéndose a pulsear con el Rasuhuilca. Mas, en ese instante, asomó un halcón que poco después se posó en la huaylla. Cuando tomó apariencia de hombre todos lo reconocieron como el Qoropuna. Caballeroso, estrechó la mano de todos los wamanis que se aproximaron a saludarlo.

Como el Huascarán, el Qoropuna también era canoso, pero menos corpulento.

Cansándonos de mirar la apostura de esos dioses con apariencia de guerreros, los tres, con mi mamita y mi taita, nos alejamos a pasear entre los árboles de la floresta donde una bullanguería de jilgueritos parecían darnos la bienvenida.

Gratos momentos pasamos ocupados en revivir nuestros recuerdos, mientras en el claro del bosque seguía la competencia de los wamanis.

Mucho te agradan los labios entreabiertos como flor que tiene Angicha, Liborio; sus senos pequeños, erguidos entre la blusa; sus trenzas menudas recogidas para atrás, tal como usan las muchachas de las alturas de Huanta, aunque ella es universitaria, según te has enterado. Justamente es su sencillez la que te gusta ante todo. Hace dos noches nomás les contó algo de su vida. Sus padres eran pequeños propietarios de tierras en su pueblo, y haciendo un esfuerzo la enviaron a estudiar secundaria en Ayacucho. Cuando cursaba el último año en el colegio Guamán Poma de Ayala fue reclutada para Sendero Luminoso por el propio Abimael Guzmán o camarada Gonzalo, quien era profesor en la Universidad y alto dirigente comunista. De ese modo fue que

hizo huelgas con sus compañeros contra la dictadura de Morales Bermúdez. Riendo les contaba: Íbamos de colegio en colegio sacándoles para protestar por la nota once que nos querían poner como desaprobatoria. Cuando venían los guardias los enfrentábamos a piedras mientras gritábamos consignas insultándolos.

Ya como universitaria hizo trabajo político en los alrededores de Huamanga, sobre todo en el valle del Pongora, donde ayudó en la creación del Frente de Pequeños Agricultores. Allí tengo mi ahijada y mis compadres, les confió divertida, y para mi cumpleaños, que ya se avecina, a ver si me acompañan. Me han dicho que van a matar chancho, carnero, gallinas... y ustedes, alegrosos, No se olvide, señorita, de llevarnos. Y ella, con un bajón de ojos terrible, Señorita no, compañera.

Los demás roncan a tu lado. Tú estás despierto, moviéndote de un lado para otro, sin poder conciliar el sueño. No es el frío lo que te tiene despierto, ni la tos seca que a veces se escucha del vigía que se pasea afuera soportando la quemazón de la nieve que, como polvillo, debe estar cayendo a esa hora cubriendo las quebradas y los montes. No duermes porque tu pensamiento está fijo en la comandante Angicha, mujer admirable que tiene de paloma y fiera, según has podido darte cuenta. Como paloma, piensas, te recuerda a la Hildacha, la tierna doncella que amaste de pequeño y que se murió en esa edad nomás cayéndose a una quebrada cuando iba detrás de sus cabras.

Fiera también parecía a veces la comandante, sobre todo cuando les da la voz de mando para rampar o tirarse cuerpo a tierra, o cuando les da lecciones de política. Su rostro se pone tenso, su mirada parece traspasar los árboles, las colinas, las montañas.

Santos es más bien frío, sereno, da la impresión de no padecer ni sentir nada. Como si todo fuera como tiene que ser, así nomás le gusta mirar las

cosas. Es más bien meditativo y muy cauto en sus palabras. Piensa mucho antes de hablar.

Ambos son los mandos de la célula. Ella dizque mando militar, él dizque político.

Ahora que el sueño te está agarrando, aparece Angicha con su alma de ave, esa que a ti te gusta. Como saliendo de entre la neblina, la estás viendo llamarte, sonriendo, haciéndote señas, vestida con uniforme de campaña. Está subiendo por una ladera gredosa, resbalándose a ratos, empuñando su fusil. Arriba, el cielo con pocas nubes. Y tú apurando apurando el paso.

—¿Rosa? ¿Rosa Cuchillo?

Tres sombras aparecieron en el camino, bajo la luna, cuando yo avanzaba por un desfiladero, después de comprobar con amargura y resentimiento que Wayra no se hallaba esperándome a la salida de Auquimarca.

La grieta de la montaña se había cerrado tras de mí apenas me despedí de mis padres, llorando.

—¿Rosa? ¿Eres tú?

Las sombras avanzaron, y yo pude verlas mejor: mujeres eran. Tenían shucalpida la cabeza con un rebozo negro como si fuera velo. Sus trajes largos, campanudos, que flotaban altitos del suelo sin dejar ver los pies, también eran de ese color.

Almas condenadas a lo mejor serán, diciendo tuve miedo. Pero ya no había ni cómo escaparse. Así es que avancé nomás sin responderles.

La luna, que ese ratito empezaba a alzarse más sobre la cordillera, hizo clarear bonito el camino, iluminando sus rostros que a mí me parecieron conocidos.

—¿Doña Francisca no es usted? —dije solo por decir, dirigiéndome a una de ellas.

Las mujeres se alborotaron al escuchar mi voz, comprobando así que yo misma era.

—Yo soy, pues, mujer —diciendo vino a abrazarme la nombrada. Al aproximarse, la reconocí mejor. De veras, doña Francisca era quien se murió en el terremoto ese mismo año que mis taitas. Otra era doña Juana Rojas, que vivía pasando el puentecito de Puyopampa y murió aguadijándose con el wiku. Y, la más anciana, mi prima Claudina, a quien yo decía tía cuando estaba viva, porque siendo yo niña aún, ella era ya mujer madura.

—¿Cómo nomás me reconocieron? —pregunté luego que acabamos de abrazarnos.

—Sabíamos que venías, y por eso estuvimos al tanto de verte aparecer.

—¿Sabían? —me sorprendí—. ¿Y cómo así?

—Tu perro Wayra nos avisó cuando dos gatos negros se lo llevaban por el camino.

—¿Y quiénes eran esos gatos negros?

—Dios sabe, mujer, a lo mejor demonios...

Me entró una profunda tristeza y un gran desamparo.

—Pero no te aflijas. Llegarás hasta Taita Rumi, mujer, con nuestra indicación.

—Gracias, mamitas. ¿Y ustedes... ustedes por dónde se van?

—Nosotras estamos yendo a Illaurocancha a traer a un paisano que está por morirse. A ti también te hubiéramos acompañado hasta estos lugares, pero te acabaste tan rápido... Además, supimos que Wayra te guiaría.

—Ustedes son entonces las almas de...

—Sí, las Almas de la Sentencia, las encargadas de traer a los vivos al mundo de los muertos.

—¿Y a quién pues lo van a traer de Illaurocancha?

—A su alma del Mariano Ochante, mujer, que antes de morir se está recogiendo sus pasos.

—¿De don Mariano Ochante?, ¿el Yana Uma?

—Sí, de él mismo.

Eran ellos, los senderistas, los que le habían puesto su mal nombre de Yana Uma, cabeza negra, a don Mariano Ochante, porque primero como rondero, luego como jefe de los mismos, estuvo en contra de aquellos en esos grupos armados que los cachacos organizaron bajo el nombre de Defensa Civil, haciéndoles enfrentar a veces familia contra familia o paisanos contra paisanos. Ahora último nomás los senderistas lo hirieron de muerte y, ve, pues, parece que su alma ya estaba andando.

—Ven, vamos a rezarle al Gran Gápaj, nuestro dios, para que te guíe por buen camino, mujer —interrumpió mis pensamientos doña Francisca, llevándome de la mano hasta un altito donde me señaló la Cruz de Katarpón o Katachilla, que ese rato bonito brillaba arriba en el cielo. Las demás mujeres, que venían atrás, se arrodillaron también junto a nosotras.

La Zaramama, la Cocamama, las Siete Cabrillas, el Venado con su cría, empezaron como a palpitar ante nuestros ojos en el firmamento, asomándose a oír nuestras súplicas seguro.

... Ay, caracho, los gallos ya están cantando y nadita me entra sueño... ya será de madrugada seguro... o será que los animales se han despertado con el ¡ratatatata! de las metralas que viene de abajo, del río, del puesto de vigilancia de los soldados y republicanos que cuidan el puente refaccionado desde que lo volaron los senderos... De puro miedo, los cachacos hacen esos disparos al aire en las noches... Temen que los terrucos los ataquen por sorpresa, como ya ha sucedido otras veces... Desde aquí, desde esta casa de doña Ricardina que todos piensan abandonada, algunas noches veo que pasan por la ladera del frente los alzados que vienen de la dirección del Cusco, alumbrándose con una lamparita de carburo cuando la noche está muy negra o hay neblina... Por ahí cruzan el río Pampas... Cuando bajan en el día, los

cachacos se quedan en su puesto nomás, no salen... Solo a veces se miran frente a frente, de sol a sol, y ponen sus banderas desafiándose... Esas fuerzas combinadas del ejército y la policía son las que ahora controlan todos estos lugares... Son alrededor de cuarenta hombres los que viven en ese campamento... Ellos fueron los que me obligaron a pasar lista todas las noches a los poquísimos que quedan en Illaurocancha... solo viejos, como yo, mujeres y criaturas... Desde que me balearon los senderos estoy escondido aquí... que crean que me he muerto, mejor... ya no quiero saber nada con nadie... Aunque de repente me moriré pronto... la herida se está infectando más y más, y la fiebre también sube y baja, sube y baja... Si no fuera por doña Emilia Achahuanco me habría muerto... Es ella la que me socorre trayéndome alimentos y remedios y hasta cuida de mis animales, que están de su cuenta y que cualquier rato seguro se los cargan los cachacos o los terrucos...

... ¿Con que tú eres Mariano Ochante, no?, diciendo así me soltaron dos balazos los terrucos al tiempo que yo me tiraba al suelo como buen rondero que fui, conocedor de las maniobras del armamento, y que recibí instrucciones del mismo comandante Huayhuaco, un civil jefe de rondas que así se hacía llamar allá en el campamento de Oreja de Perro... Sin embargo, una de las balas me impactó en el pómulo izquierdo haciéndome perder el conocimiento... Ya lo liquidamos a este dirían seguramente viéndome inmóvil, botado en el suelo, con mi rostro chorreando sangre... Antes me habían enviado una nota diciendo que querían conversar conmigo tal día y en tal sitio, que no iban a hacerme daño; pero no fui, recordando lo que le hicieron a un jefe rondero de Santa Rosa, a quien habiéndole ofrecido respetar su vida, luego de sacarle como colaboración zapatillas y ropa para un pelotón entero, lo balearon cobardemente. Por eso yo no fui... Hasta que ese día se presentaron de un de repente en mi casa, arriesgándose de toparse con

la patrulla de los «linces», que casi a diario pasa por aquí controlando estos lugares... No me dieron tiempo para nada. Eran cuatro senderistas que llevaban en el cinto granadas y cuchillos y en el quipe las armas. Antes que les pudiera responder si era o no Mariano Ochante, me dispararon... y se fueron dejando tirado un cartel a mi lado donde decía, igual que para el rondero de Santa Rosa: «Así mueren los perros yana umas, traidores». Y firmaba el Partido Comunista del Perú...

... Pero lo que no llegaron a imaginarse fue que la bala solo había chocado en el hueso, menos mal, aunque quedándose incrustada de todas maneras, resbalando después hacia adentro donde sigue alojada... Si hubiera sido en épocas tranquilas habría podido irme a Pomabamba, donde hasta hace poco había médicos. Últimamente ya no hay ni posta médica. Los senderos la han hecho volar a dinamitazos... Ir más lejos es riesgoso. Todos los caminos están vigilados, si no es por los cachacos, por los senderos... Si me ven los cachacos así como estoy con esta herida, son capaces de decirme que seguro soy terruco, que he ido a realizar acciones en la noche y allí me han herido... con esa acusación hasta me pueden hacer desaparecer. Así proceden con cualquier sospechoso... De igual modo, si me ven los senderos también me rematan... Por todos lados estoy fregao... solo en este refugio me siento seguro... A doña Emilia le he suplicado que a nadie informe mi paradero... Ayer me contaba que algunas mujeres y niños de los caseríos cercanos estaban viniendo a buscarme para registrarse... Todas esas personas están permanentemente controladas, interrogadas. Si tratan de ocultarse o no comparecen, los cachacos van y las matan... Hay anexos donde los maridos de las mujeres están en las guerrillas. Ellas entonces tienen que decir que no los ven, que ya nada las ata a ellos... Si por una casualidad los cachacos se enteran de que regresó y no fue denunciado por su mujer, a punta de bayonetazos o culatazos la liquidan a esta por más que sus criaturas se

abracen a ella y se arrodillen, lloren y recen pidiendo clemencia... Ay, carajo, qué feo que mi cara arde y late... sigue hinchada... Ese emplasto de hierbas que me puso doña Emilia Achahuanco me la ha refrescado bien durante varios días. Pero otra vez siento el ardor y una comezón junto a la herida. No puedo ni rascarme siquiera porque me pica por dentro. Pudriéndome estaré quizá, pues a veces sale aguadiza con un olor pestilente...

Se acabó la noche. Aún brillaba en el cielo la estrella del amanecer, el cuchi pishtag. Clareó el día, y yo me hallaba sola y desamparada en medio de dos caminos que se cruzaban. Por las señas, este sería el lugar donde, según me dijeron las Almas de la Sentencia, encontraría a Taita Rumi, el Padre o Señor de las Piedras, quien me indicaría la ruta a seguir en mi viaje.

Abajo, erguido en medio de la ladera que rodaba hacia la quebrada, se veía el templo ceremonial de Chavín de Huántar, refaccionado por la mano de los cristianos, «Antes, mujer, el mismo dios Wari Wirakocha, en su figura de El Lanzón, era quien señalaba los caminos. Ahora es Taita Rumi debido a que los dioses se han trasladado hacia los nevados de más al norte».

Estaba sin duda, pues, en el lugar donde se unían los cielos y la tierra; mas no estaba Taita Rumi. ¿Qué hacer? Me arrodillé y me puse a rezar mirando los caminos. El de la izquierda era llano, ancho, con flores que crecían a los costados, desde el cual podía verse más allá un chorro de agua precipitándose torrencioso. El de en medio, que era la continuación de la senda por donde yo vine, era un camino regular, de los normales que unen los pueblos en todas partes. A la derecha, había uno delgadito, como camino de cabra. Subía entre matorrales y parecía que por ahí nomás se acababa.

Decidí tomar el camino grande, más que nada por el agua, pues la sed me atormentaba en ese instante. Avancé, avancé, y cuando llegué me di cuenta, con harta desilusión, que el chorro estaba al otro lado de un abismo.

Aunque desalentada, seguí avanzando. Hacía un calor sofocante y a la distancia se veía vibrar el aire tal si hirviera.

Esas flores parecidas a las rosas poco a poco fueron quedando atrás dejándome su aroma picante en las narices.

Ningún ave volaba en ese cielo con resplandores rojizos, metálicos, ni huishqus siquiera.

El camino iba de bajada. Más adelante, se abría a una explanada verde flanqueada por líneas de montañas. El olor húmedo de la hierba y un rumor de aguas corrientes que creí percibir después me animaron a continuar cuando ya pensaba volverme al punto inicial en espera de algún milagro.

Y como qué, ya más abajo, asomándome a un altito, pude ver un río de aguas negras, que corrían como alocadas.

Deseosa de tomar esa agua así sea turbia, eché a correr, alentada alentada.

La noche alumbrada solo por las estrellas que parpadean en un cielo negro. Los perros que ladran al otro lado del río, alborotados como cuando presienten algo. Y ustedes los nuevos avanzando avanzando hacia su primera experiencia de combate sintiendo que la sangre golpea sus sentidos.

Si tu madre supiera, Liborio, en lo que andas metido, piensas, ¿qué diría? A estas alturas ella debe estar ya extrañándote, nerviosa, preocupada por tu demora. Sus ojos le faltarán seguro mirando hacia el alto del Ayán, por donde baja entre eucaliptos el camino que viene de Ocros. Ya irías a verla pidiendo permiso al Partido si es que salías bien librado de la contienda. Entonces la abrazarías fuerte con tus largos brazos, besando su frente; pero no le confiarías nada todavía de tu compromiso con la guerra, ni sabría tampoco que ahora tenías otro nombre: Túpac, para tus compañeros.

Son más de sesenta —reforzados con combatientes de base de Rasuhuilca — y están aproximándose al pueblo de Quinua a atacar el puesto policial. No muy lejos de allí está la pampa con el obelisco que recuerda la derrota de los

españoles por el general Sucre. «Sin embargo, los más grandes derrotados, dijo el camarada Santos una noche, fueron los propios naturales, porque los criollos vencedores y sus herederos igual nos siguen explotando hasta hoy». Con la lucha de los compañeros ahora, piensas, ¿cambiarán las cosas?

Por indicaciones de los mandos, se han dividido en tres destacamentos: de ataque, de contención y de retirada. Tú estás, por decisión de Angicha, en el grupo de ataque comandado por ella y por Santos y que tomarán posiciones de tiro frente a la guarnición policial.

Estás algo nervioso. Tu cuerpo tiembla ligeramente. Sacas un cuartito de ron que llevas en el quipe y te lo tiras hasta la mitad. Ah, sientes que te abriga y te da calor. Empuñas con fuerza la vieja escopeta de cartuchos que te han dado y tratas de emparejarte con los demás de tu grupo.

Detrás de ti, alentándose entre ellos, marchan los más jóvenes e inexpertos del contingente, comandados por Carla. Van armados solo de hondas, cuchillos, machetes, picas y «quesos rusos». Tienen órdenes de atacar por la parte de atrás lanzando los «quesos».

Un tal Yoni, que había llegado ya oscureciendo con un grupo de ocho milicianos de San Miguel, fue el encargado de la contención.

Ya pasaron el primer bosque de eucaliptos, el viento está calmo y los perros han dejado de alborotar al otro lado del río.

Angicha avanza adelante, medio agachada, con la metralleta lista, eludiendo los colchones de hojarasca para no hacer ruido. Se vuelve hacia ustedes: Alerta, compañeros, se colocaran sus pasamontañas. Te cubrieras, Túpac, aunque fuera con tu pañuelo; no mostraras la cara, era peligroso. Ella también se sube el cuello de la chompa hasta cerca de los ojos. Esos ojos achinaditos que tanto a ti te alocan.

Las siluetas de las casas están ya delante de ustedes. Más allacito se extiende la calle llena de escalinatas de piedra. Hacia allí se arrastran buscando ubicarse en la mejor posición de tiro.

Los dos guardias que se encuentran de centinelas en la puerta caen abatidos por los francotiradores, mientras otro grupo bolea petardos encendidos al interior del puesto y las explosiones se suceden unas tras otras, entre el entrevero de los disparos y los gritos:

—¡Causachum la lucha armada!

—¡Causachum!

Los policías que dormían adentro, saliendo de su sueño a una pesadilla, no saben lo que ocurre. Piensan que es el fin del mundo: ven candela, oyen explosiones, golpes de latas y alaridos por todos lados. Y cuando corren gritando hacia la calle, son abatidos los primeros, en tanto que los demás recién caen en la cuenta de que son víctimas de un ataque. ¡Son los terrucos, carajo!, gritan. Y responden el fuego alocadamente.

El sargento Flores intenta encabezar una salida para tomar otra posición de fuego, pero no bien da unos cuantos pasos cuando es alcanzado por los disparos y cae con el pecho chorreando sangre. Uno de los policías se acuerda del radio. Corre a hacer una llamada a la comandancia de la Zona de Emergencia en Huamanga; mas, para su mala suerte, no funciona: la batería está descargada.

El cerco de ustedes se va apretando cada vez más. Santos, desde el campanario de la iglesia, grita, da órdenes dirigiendo el ataque. ¡Tranquilos, les dice a los de la contención, no prendan los cartuchos todavía si es que no los ven salir al escape; pueden matar a los nuestros! Y a los guardias también les grita pidiéndoles su rendición: ¡No hemos venido a matar, solo queremos que nos entreguen las armas!

Pero los guardias se siguen defendiendo, hasta que les llega la desgracia total: sus propias granadas acaban de estallar en el interior del puesto, haciéndolos volar en pedazos a varios de ellos.

Una esquirla te ha impactado en el brazo abriéndote una herida a la altura del codo. Cuando quieres seguir disparando la sangre invade el conjunto

móvil del fusil y obstruye el funcionamiento del arma. Echando maldiciones te repliegas hacia el grupo de contención, y buscas una venda para restañar la sangre. Los demás siguen atacando.

La explosión de las granadas causó desconcierto en los sitiados; sin embargo, el teniente Pereyra, aprovechando la humera que lo cubrió todo, logró huir con algunos de sus hombres.

La herida de tu brazo no es grave felizmente. Te hiciste un torniquete con un pedazo de trapo y la sangre dejó de manar.

Ya despunta el día y un helicóptero de apoyo de las fuerzas policiales pasa volando alto en dirección a Huamanga. Adentro, los guardias esperanzados en que los socorrerían hacen disparos y más disparos. Mas, para suerte de ustedes, que se han quedado pasmados, se va de largo, sin que sus ocupantes adviertan las llamaradas y detonaciones de allí abajo, ni de la nueva bandera que flamea sobre el mástil del puesto policial.

Una vez tomado el puesto y hechos prisioneros los guardias, ustedes se dedican a quemar colchones y documentos. Hacen decomiso, en nombre del pueblo, de todo lo que encuentran: uniformes, polainas, quepis, ponchos de lluvia, tiendas de campañas y armas (metralletas, fusiles, revólveres). Algunas muchachas y jovencitos inexpertos apuradamente sacan una caja metálica asegurada con candado y quieren abrirla a como dé lugar queriendo saber su contenido. Uno de ellos sugiere abrirla con una bomba. Entonces la hacen explotar, y vuelan las municiones que había dentro dejando solo los casquillos. Angicha ingresa, apurada, con el rostro tizado. ¡Ya vamos! ¡Más rápido!, les grita. Pero ellos han encontrado otra caja cerrada y la arrastran como sea para llevársela.

En el bolsillo de uno de los custodios muertos, han encontrado un papel manchado con sangre. Es el mensaje que el hombre herido alcanzó a escribir

antes de morir: «Querida Julia, siento que me desangro. Te quiero, te amo. Por favor cuida de mis hijos».

Ya para abandonar el pueblo, reparten entre los vecinos parte de los víveres que han saqueado de los comercios, después de haber encerrado a sus dueños en la oficina de correos: tarros de leche, botellas de gaseosas, jabones, paquetes de azúcar, café, bolsas de panes, enlatados... todo, todo, procurando afanosamente poner orden en el saqueo.

Divididos en dos grupos, después de haber obligado a dos camioneros a conducirlos, apresuradamente se alejan del poblado. Un grupo, el más numeroso, al mando de Santos, se dirige a Macachacra, en la ruta hacia Huanta, llevándose a tres guardias prisioneros a quienes luego de raparlos y quitarles los uniformes los soltarán en algún descampado.

El otro grupo, conformado por combatientes militantes en su mayoría, se dirige hacia el valle del Pongora, en la ruta a Huamanga, cargando con el muerto: Yoni, el mando del destacamento de contención, y la camarada Edith —importante cuadro del Partido que vino a dar apoyo— que se halla gravemente herida y requiere urgente atención médica. Este segundo grupo lo dirige Angicha y tú eres el único de los nuevos a quien ella ha ordenado acompañarlos.

El valle del Pongora, piensas; estaba a un pasito de la capital departamental. ¿No sería muy peligroso moverse por estos lugares?

Angicha parece adivinar tus pensamientos: te despreocuparas, compañero, allí hay gente que les protege, ¿no recuerdas, te dice, que les conté que ahí tengo hasta compadres? Tú sonrías, Ah, compañera, valientosa eras usted.

—¡Joop, señora! ¡No tome esa agua!

La voz vino de arriba, del camino.

El hombre que había gritado la advertencia, de regular estatura, de poncho y sombrero, bajó corriendo dejando sus fletes en la ladera.

Asustada, esperé que llegara a mi lado.

—¿Sabe? —me dijo—. Esa agua es agua del olvido. La toman solo las almas que están de retorno a la vida y van a encarnar de nuevo. Si usted la toma quedará convertida en una planta o en un animal cualquiera, sin memoria de nada. Continúe nomás su camino que ya la sed le va a pasar.

Después de agradecerle, le pregunté por Taita Rumi. «No sé nada —me dijo—, si no lo ha visto es porque le dejó escoger su destino. Tiene que seguir adelante; aquí nadie puede desandar los caminos».

Entonces me puse a llorar. El hombre se conmovió.

—Vamos, no llore. Yo la ayudaré a cruzar los ríos que faltan. Después, podrá continuar su viaje sola. Espéreme un ratito. Voy a amarrar mis animales.

Se fue de subida hacia esas mulas chúcaras que trataban de deshacerse de su carga frotándose contra la peña.

Cargándome con su poncho, me ayudó a cruzar el río.

—Y usted, ¿a dónde se está yendo? —le pregunté.

—A Auquimarca, señora —me respondió con un brillo de felicidad en sus ojos—. Ya cumplí con mi castigo en el Ukhu Pacha felizmente. Por fin, podré reunirme con los míos. Pero ¿sabe una cosa?, más felices que yo están las ánimas que estoy llevando en mis mulas.

—¿Ánimas? ¿No son bultos los que lleva?

—Es ceniza, señora. Llegando a la encrucijada de Taita Rumi, la echaré al viento, y entonces volarán palomas blancas rumbo al Janaq Pacha. Esas son también ánimas que ya cumplieron su castigo, pero cuyo destino es el cielo.

Poco después, viéndome preocupada, me dijo:

—No tema, señora, hay quienes yendo por acá mismo han llegado también al Janaq Pacha. La permisión del Gápaj es grande. No tema.

Sus palabras me dieron alivio y confié en que mi Liborio y Domingo estarían intercediendo por mí en la región celeste.

—¿Y cómo es el Ukhu Pacha, el mundo de adentro? —pregunté atemorizada.

—No es igual para todos, mamita, se abre distinto para cada quien. Yo estuve en un lugar donde había que sentarse sobre piedras calientes. Después pasé a la casa de las tinieblas. Otro tiempo permanecí entre cuchillos y objetos cortantes. También estuve en la casa del hielo. Siempre vigilado por los demonios de las enfermedades. Pero ya le dije, se presenta distinto según los pecados, y por lo que veo en su rostro, usted no debe tener muchos.

Se lo agradecí.

—¿Y queda lejos pasando los ríos?

—Sí, regularcito todavía. Antes pasará por el Tutayaq Ukhuman donde están los malpas, las almas de los que se murieron siendo guaguas.

Mi corazón se alborotó. Mi Shimuquito, pensé, ¿se hallaría acaso por ahí?

Deseosa de comprobarlo, apuré el paso rápido rápido a su lado.

El siguiente río bajaba de unos cerros, más acá de una línea de nevados. Sus aguas eran coloradas, sin árboles en sus orillas, ni siquiera hierbas. Solo piedras enormes, azulosas, en su canto.

—Este es el Yawar Mayu, señora. No es agua la que arrastra, sino sangre. Recorre todos los lugares de la tierra y desemboca en el Marañón, el mar de candela, en las entrañas mismas del Ukhu Pacha, al igual que el río anterior y el que sigue.

—¿Mar de candela? —me estremecí.

Las piedras al chocar dentro del agua, empujadas por la correntada, hacían, ¡tum! ¡tum! ¡tum!

Sangre de los hombres que se mataban entre ellos dizque era y también de las madres que derramándola nos dan la vida.

Más arribita, en esta misma banda, se hallaba agachado un hombre, con el sombrero que ocultaba su cara, afanado en hacer chisquetear la sangre de un

gato, recién pishtado, a las aguas del río. Ni cuenta se daba que nosotros, más abajito, lo observábamos.

—¿Y para qué hará eso?, ¿sabe?

—Para que en sus andanzas por la tierra, ahora que está volviendo a la vida, las almas malas no le hagan daño. Ese gato es de Taita Rumi. Lo vi hace poco llevándose prisionero con otro gato a un perrito negro, quien después sería rescatado por una jauría.

¿Sería Wayra?, dije entre mí. Y rogué al Gran Gápaj que lo tuviera en su lado a mi pobre animalito.

—Al hombre también lo conozco —me dijo—. Se condenó por un crimen que cometió. Para pagar su delito tuvo que recoger todas las piedras que su víctima arrojó a las quebradas, ríos, lagunas y, quién sabe, hasta el mismo mar.

Antes que nos viera, nos desviamos, buscando un lugar aparente para cruzar.

Más abajo, el río se angostaba. Por ahí, mediante su ayuda, pude pasar.

El camino seguía de bajada por una ladera llena de cascajo, bajo un cielo de llamaradas.

Al fondo de una encañada, espejeando al sol como una cinta brillante, corría el Wakay Mayu, el río del dolor.

Sus aguas, como las de los ríos anteriores, tampoco se podían beber.

—Lo que corre son lágrimas, señora, las que derraman las madres por sus hijos. En su recorrido pasa por el Tutayaq Ukhuman antes de desembocar en el Marañón.

En ese momento recordé lo que me aconsejaban en mi pueblo cuando murió mi guagua: «No llores por tu Simoncito, Rosa; pues en esas mismas aguas saladas y amargas que derramamos tienen que bañarse después los pobres angelitos».

Ayudándome a pasar ese río, que era encimita felizmente, lleno de pedrones blanco azulosos, me acompañó, salvando un mal paso, hasta buena parte.

Más allá empezaba una pampa desértica.

—Ahora sí, señora, tengo que volverme, antes de que mis mulas vayan a soltarse.

Doblando mis manos, le agradecí al hombre. Suspiré hondo viéndolo alejarse.

Qué bárbaro este sueño que me vence me vence nomás... mi espalda también está mojadita, llena de sudor frío... Voy a tener que cambiarme esta camisa. No me vaya a dar una pulmonía... Ay, destino, a dónde hemos llegado... Yo diría que los males de este pueblo los trajo Nieves Collanqui junto con el maestro y esos otros foráneos que por acá venían... aunque, eso sí, tarde o temprano, con ellos o sin ellos, los alzamientos tenían que darse por aquí también, como está ocurriendo en casi todo Ayacucho y en los otros departamentos. Hasta en la misma capital donde a diario mueren policías, políticos, empresarios, según oímos por radio. Aparte hay voladuras de torres de luz y cohebombas... Nieves Collanqui era de Andahuaylas. Si bien huérfano de padre, su madre pudo darle educación. Terminando la secundaria se fue a la costa en busca de ocupación... Llegó a Chimbote y entró a trabajar en la pesca... Se volvió dirigente sindical e impulsó paros, huelgas, protestas contra el gobierno militar de entonces, que ordenó encarcelamientos, persecuciones y matanzas de los revoltosos.

Así contaba él mismo... Huyendo de los militares sería que vino a dar por aquí, aunque él decía que no... que era por mejorar de los bronquios que se había venido a vivir a la sierra, según recomendación del médico... En el mismo Andahuaylas, vivió un tiempito. De un de repente empezó a frecuentar estos lugares... Corrió la noticia después que estaba interesado en

la Filucha, muchacha analfabeta, ignorante, mucho menor que él... Al poco tiempo, resultaron celebrando el rimaykuku, el casamiento a la usanza nuestra... Se fueron a vivir a Ukhu Mayo, en una chacra de propiedad de su suegro... Levantó una choza plantando unos cuantos palos y tapándola con paja de jalca... A los comuneros se nos hizo raro pensar que un hombre acostumbrado como él a las comodidades de la ciudad, pudiera ambientarse así tan fácilmente a la vida del campo, sobre todo al trabajo... Pero nos equivocamos: empezó a vestirse como nosotros: con poncho, sombrero de lana y llanques... No quería sentarse en una silla, prefería hacerlo en el suelo o sobre un adobe... y también chacchaba. Sus carrillos estaban inflados casi siempre con su bola de coca... Lo que más sorpresa nos causó a los comuneros fue que un amigo suyo, que de cuando en cuando venía a visitarlo desde Andahuaylas, un gringo llamado Mezziche, se volviera más campesino que él todavía... De este hombre decían que era doctor... En Lima tenía a su papá y hermanos que eran, como él, doctores... que una vez vinieron a Andahuaylas queriéndoselo llevar a Lima, mas él se opuso... Se casó, al igual que Nieves Collanqui, con una muchacha pobre, campesina... Su vestimenta también era de comunero; sin embargo, a pesar de sus ropas, resaltaba su traza de hombre preparado por más que él buscaba la humildad... Cuando en una casa se hospedaba, rechazaba el catre, las frazadas y las sábanas que algunos pudientes le ofrecían. Pedía dormir en el suelo... Si le daban un pellejo limpio, cuidadito, también lo rechazaba. Pedía que le dieran uno sucio, cualquiera... Estos hombres estarán locos decíamos nosotros... Pero ambos parecían comprenderse muy bien... Y así como Nieves Collanqui había movilizado a los pescadores en Chimbote contra el gobierno militar; Mezziche, de igual modo, les había tenido cabezones unos años atrás a los gamonales y a la policía dirigiendo las tomas de tierras por Cocharcas, Ongoy, Andarapa, Tiobamba y más lugares... Hoy dicen que es

el segundo o tercer hombre de Sendero, algo así... Pero Nieves Collanqui ya murió. Es finado...

Por ese tiempo que el tal Mezziche se asomaba de cuando en cuando por acá pretextando traer negocio o llegando de noche para que cualquiera no lo viera, ya la gente hablaba de la movida que más al sur estaban haciendo los levantiscos... Más acá, en la hacienda Ayzarca, estaba la novedad que habían matado al propietario, Benigno Medina del Carpio, y a su mayoral... Algunos del pueblo dijeron haberlos visto pasar en pequeños grupos, una o dos veces, por arriba, por la puna, empuñados sus armamentos y cargando sus quipes, moviéndose apenas, algo emparamados por el frío... Estuvimos temerosos de verlos aparecerse por Illaurocancha en cualquier momento... Ya para entonces Nieves Collanqui se ausentaba seguido seguido, demorándose a veces dos o tres semanas... Cuando preguntábamos por él, su mujercita nos decía que había viajado a la montaña a traer coca para negociarla en Ocros o en Pomabamba, o que estaba por Huancavelica trabajando en las minas... Pero yo sospechaba ya que andaba metido en otras ocupaciones desde aquella vez que lo vi por Cochapampa, cuando fui a dar sal a mi toro, reunido allí en esa puna solitaria donde terminan los terrenos comunales, en una chocita abandonada de pastores, con el Mezziche, Mario Buitrón, el maestro de nuestra escuela, y un cura con apariencia de extranjero que en realidad ya no era cura, sino profesor por varios años en la Universidad de Huamanga, según él mismo nos contaba, llamado Jaime... Este hombre, con pretexto de enseñarnos a leer a los comuneros analfabetos o acompañando a unos ingenieros que de vez en cuando se asomaban a hacer trazos por estos lugares, poco a poco se fue ganando la confianza de esta comunidad y de las otras, vecinas... A veces se ponía a jugar fútbol con los jóvenes o nos enseñaba novedades como esa de preparar alimentos en cocina solar, que lo hacía utilizando espejos y aprovechando el solazo... Nos ayudaba, asimismo,

en los trabajos comunales, como el señalamiento de nuestros animales o la limpia de la acequia, donde participaban también las otras comunidades... Todo eso le hizo ganarse la confianza de nosotros, de tal manera que hasta en las asambleas intervenía igual que cualquiera. A veces incluso era comisionado para alguna gestión en representación de la comunidad... En ocasiones, de acuerdo con el maestro Mario Buitrón, hacía venir universitarios de Ayacucho, quienes a su vez traían de regalo libros usados para la escuela y daban veladas con cualquier motivo: Día de la Madre, aniversario de la escuela u otros... Ahí era que después de la actuación, si es que la obra misma no era de política, empezaban a echar sus discursos haciendo ver nuestro atraso por culpa dizque del Gobierno y los latifundistas, dándonos ideas y ánimo para organizarnos los campesinos y luchar así por nuestros derechos... Esa vez que estuvieron reunidos en Cochabamba fue la última vez que lo vi al tal Jaime lo mismo que al Mezziche... Temeroso de que me descubrieran, no me moví de mi escondite hasta que se despidieron. Era bien tarde, ya casi anochecía. Nieves Collanqui y el maestro enrumbaron para Illaurocancha. Los dos restantes se fueron en dirección a Ayrabamba... Tiempo después supimos en el pueblo que Nieves Collanqui, con el nombre de camarada Santos, estaba dirigiendo una de las columnas de Sendero Luminoso por las alturas de Huanta. Tenían alborotada la región, ejecutando hacendados, asaltando puestos policiales, ajusticiando a autoridades del Gobierno... Por su parte, Mario Buitrón hacía funcionar en el pueblo una escuela popular donde captó a la mayoría de los jóvenes, entre ellos a algunos muy nobles como el Medardo, el Damián y la Mallga... Me acuerdo que estando borracho una vez llegué a una de sus reuniones y quise escuchar lo que hablaban... Me dijeron que me retirara, que viniera cuando estuviera sano... Yo me amargué y les amenacé con denunciarlos, Seguro algo contra la comunidad están tramando, les dije, por eso no quieren que escuche. Ustedes son subversivos... Entonces me amenazaron con un arma,

diciéndome que cuidadito abriera la boca porque ya vería lo que me iba a pasar... De esa vez le agarré antipatía al Mario Buitrón...

Un comando de cincuenta sinchis rodeó la casita ubicada en La Compañía, al fondo del valle, más allá de la repartición de La Laguna, donde se hallaban ustedes descansando, luego del entierro del camarada Yoni y de otros afanes como era el caso del cuidado de Edith. Un médico joven venido de la ciudad estuvo atendiéndola desde el día anterior.

En tanto ustedes descansaban, un alarmado campesino de los alrededores había llegado en taxi a la comandancia del puesto de la Guardia Civil de Huamanga a avisar que había visto un hombre armado junto al río, cerca de una huerta sembrada de repollos, coliflores y lechugas, Seguro son terrucos, diciendo, porque ese hombre es un desconocido. Inmediatamente el comandante impartió órdenes a sus subalternos. ¿Serían los atacantes al puesto de Quinua? ¿Serían tan temerarios?, caviló mientras se alistaba. ¿Cómo es que estaban por acá? Se rascó la cabeza, todavía dudoso. Acababa de enviar varias patrullas en su persecución, pero hacia otras direcciones, sobre todo por los alejados caseríos de Acobamba y también por la ruta de Mayochurcampa, hacia Huancayo.

Ahora los sinchis tenían rodeada la casa en un perímetro amplio. Rampando, se acercaban lentamente.

Los maizales estaban quietos. La luna blanqueaba como un queso y parecía salpicar cal sobre los campos.

Hacía solo unos momentos, cuando todos roncaban sumidos en profundo sueño; tú, sintiendo que se alborotaba tu barriga, saliste afuera de la casa a hacer tu necesidad. ¡Joop!, te dijo Mañuco, el vigía, calzado entre los brazos de un árbol viejo, de regular altura, bien envuelto en su poncho, con su metralleta al lado, fumando. Tú le hiciste seña dándole a entender que ibas a hacer tu necesidad. Y te internaste en el maizal, pensando en lo animada que

estuvo la conversación y los traguitos que se tomaron luego de la comida en honor de Angicha. Ella lamentó no poder asistir a la invitación de sus compadres por su cumpleaños al anexo de Chajo, no muy lejos de allí, debido a la cercanía de la casa a la carretera y, además, porque no se podía celebrar fiestas, compañeros, teniendo un muerto reciente y una camarada en mal estado.

Estabas fajándote, luego de hacer tu necesidad, cuando en eso viste que algo como una sombra se ocultaba detrás de un árbol. Te quedaste quieto esperando a ver qué ocurría. Y ocurrió que, a poco, empezó la tronadera. Una descarga de fusilería abatió a Mañuco haciéndolo huicapearse como un pollito del árbol en el que hacía vigilancia, cayendo al suelo, muerto. Tal si fuera un sueño, veías cómo esos uniformados, saltando de la acequia, de detrás de los matorrales o de los árboles, rodeaban en un ratito la casa lanzando granadas y bocanadas de balas por el cañón de sus metralas, gritando como condenados.

—¡Los sinchis! —exclamas recién reconociéndolos, viendo que acaban de volar la puerta y una parte de la casa. Y ves cómo en medio de la humera, el incendio y el polvo, unas siluetas corren lanzando gritos de dolor y cólera, algunas empuñadas sus armas. Reconoces al rubio Jaime que se para de pronto y les grita a los sinchis: ¡Asómense, cobardes! ¡Peleen de frente! Varios impactos de bala lo hacen soltar su arma y revolcarse. Dos o tres de los que corrían han sido también aniquilados. Unos pocos son tomados prisioneros.

No miras más. Volteas a un lado y otro buscando por dónde escapar. Al fin, te decides y corres entre el maizal. Mas el piar escandaloso de una perdiz, que vuela asustada a tu paso, te delata. Oyes disparos tras de ti y un tropel a la distancia. También voces.

—¡A cazarlo!

—¡Que no escape!

Mientras corres por las faldas de un cerrito salpicado de tunas y roquedales, después de dejar atrás las chacras orilladas de pacaes, piensas en el montal que hay al otro lado, con carrizales y aguazales de las filtraciones del río, donde difícilmente podrán hallarte tus perseguidores si logras allí refugiarte. Tratas de acelerar tus pasos, pero con tan mala suerte que resbalas de pronto y caes al suelo arcilloso bañado por la luna. Atontado te levantas y medio cojeando sigues corriendo oyendo de cuando en cuando disparos a tus espaldas. Por fin, dejas atrás el cerrito y entras en el montal en medio del croar incesante de los sapitos.

Escondido en el monte, con tu ropa humedecida por los chicotazos de las ramas cargadas de rocío, esperas quietito a ver si aparecen tus perseguidores. Como un sapo brincotea tu corazón. Tus sienes laten con fuerza. Ese rato te entra un sentimiento y quieres llorar pensando en tu Angicha. ¿Habría muerto? ¿Quiénes quiénes se habrían salvado? ¿Cómo se habrían enterado los sinchis? ... Dejas de pensar ahora que has oído rodar piedrecitas del cerro y la luz potente de un reflector de mano hurga el monte desde arriba. Oyes la voz de uno de los sinchis dando órdenes de peinarlo. Para tu mala suerte, ves que tres o cuatro enfilan en la dirección donde te hallas. ¿Y si los emboscaras?, piensas, empuñando firmemente el revólver viejito que siempre llevas metido a la cintura, matarías uno o dos, pero a la larga los otros acabarían contigo. Avanzas un poco más tratando de no hacer ruido. Con el apuro te metes a unos aguachales y descubres más allá que también la tierra retiembla. Es imposible volver atrás. Los hombres se están llamando entre ellos. Hacen disparos para amedrentarte. Que te rindieras grita uno, que sabían que ahí estabas, que salieras con los brazos en alto y no te pasaría nada. Te desplazas entre unos carrizales donde la tierra es más fofa todavía, hundiéndote por momentos hasta las rodillas. Dos, tres reflectores están ahora

que alumbran para todos lados, y los hombres sin dejar de gritar que te rindieras, haciendo disparos siempre.

Has cruzado el carrizal, mientras ellos aún no salen del monte, y entras a un lugar lleno de totoras. Pasando el total, piensas, hay campo libre para correr y esconderse entre los pliegues de las montañas o al fondo de alguna quebrada. Así pensando en que te hallas, das de pronto un paso en falso y te hundes hasta el cuello. ¡Huy!, todo ese lugar es un pantano. Los otros, al parecer, han encontrado tus huellas y ahora sí te rastrean. Oyes sus voces dirigiéndose hacia ti. Sientes pánico que te encuentren indefenso, chapoteando en ese cieno que intenta tragarte, sin hallar piso firme. Te balearán sin asco.

Taita wamani Pedro Orcco, rezas en tus adentros, ayuda pues, socorre a este tu hijo...

—¡Mierda, esto está jodido! —grita uno de los cachacos que ha quedado hundido hasta la cintura cuando después de salir del carrizal intentó avanzar por el lado de las totoras. Alumbrándolo con la linterna, dos de sus compañeros se apresuran a ayudarlo.

—No debe andar lejos el jijuna —dice uno de ellos enfocando justo a las totoras que te ocultan ligeramente. Aguantando la respiración hundes con el susto tu cabeza en el barro. El chorro de luz se desvía ligeramente. Tú emerges un instante, tomas aire y te vuelves a hundir. Un disparo te hace creer que ha hecho estallar tu cabeza. Pero no. Oyes más bien la voz rasposa de un sinchi:

—¡Esas totoras se movieron, mi teniente!

Felizmente para ti, que ya casi no resistes, las totoras que se movieron con una súbita ráfaga están para el otro lado. Ellos disparan como locos, hasta que se detienen.

—Si no se ha ahogado ya, fijo que le hemos dado. ¡Vamos!

La tortura acaba cuando sientes que se alejan.

—Gracias, taita wamani —suspiras—, ¿quién sino tú pudo haber movido esas ramas con sus manos de viento?

Poco después, ayudándote de las totoras, casi sin fuerzas ya, logras salir más allacito donde el terreno se va poniendo firme.

Oyes alejarse a los sinchis silbándose silbándose entre ellos.

Medio agachada, dando bandazos como borracha, avanzaba yo por un médano, entrecerrados mis ojos, bajo un solazo que aplastaba. Hacía mucho tiempo ya que llevaba caminando desde que me despidiera de ese arriero bondadoso.

Acababa de dejar atrás una pampa cascajenta donde unos cactus tamañazos que formaban como un bosque, tomando de pronto apariencia humana, me cortaron el paso cuando intenté regresarme, desesperada de no encontrar el Tutayaq Ukhuman y viendo que el desierto cada vez se ensanchaba hasta tocar los límites del horizonte.

Alargando sus brazos de púas erizadas, trataron de cogerme, ¡Agárrenla! ¡Agárrenla!, gritando. Asustada, eché a correr de nuevo hacia adelante, cayendo y levantándome, oyendo sus risas burlonas, ¡Cuidado con regresar! ¡Cuidado con regresar!

De ese modo, tuve que continuar nomás, convencida de lo que dijo ese arriero: «Aquí nadie puede desandar los caminos, señora».

Y ahora que avanzaba atollándome en estas arenas vírgenes, con este sol blanco ya de tanto arder, adentro de mis pupilas debía verse una brasa chiquitita amenazando con crecer e incendiarlo mi cuerpo. Más allá, el arenal continuaba interminable.

De pronto, al alzar la vista, vi, como en un sueño, asomarse en la lejanía la borrosa figura de un jinete, con su caballo que avanzaba como alocado.

No demoraron gran cosa en aproximarse y entonces ya pude distinguir bien: el hombre, tal si estuviera moribundo, se abrazaba penosamente al

cuello del animal.

Tascando los frenos, botando espuma, ya casi en mi delante, reventó la pobre bestia, botándolo al hombre.

Corrí a darle auxilio a este, pero estaba ya en las últimas.

Con la boca reseca, los ojos apagados, acezando, me preguntó si conocía el Yawar Mayu. Le dije que sí, que de por allí venía justamente.

—¿Está lejos todavía?

—No mucho —le respondí para darle valor.

Movió nomás su cabeza, resignado.

—Ya no —dijo—, ya no podré salvarme...

Con la fatiga, su barriga se inflaba y se comprimía, se inflaba y se comprimía... y había cerrado los párpados. A su lado, en cuclillas, mientras le echaba aire con su sombrero, mirando su rostro de barba espesa, acabé reconociéndolo.

—¿Usted no es don Jacinto Ricse, taita?

Abrió los ojos con gran esfuerzo y quiso medio incorporarse, mas el peso de su cabeza lo venció.

—Sí —murmuró apenas—, ¿y usted quién es?

Le dije mi nombre, y una sonrisa dulce iluminó su rostro. Volvió a cerrar los ojos y ahora hablaba como si estuviera con alguien en su sueño: para hallar su salvación dizque tenía que probar las aguas de todos los ríos de la tierra y que ya solo le faltaba el Yawar Mayu.

—Pero a las finales, vea, fallé, como fallé en la vida.

Pampino le decíamos porque era descendiente de los morochucos de Cangallo. Hermano menor de don Evaristo Ricse, a quien mataron los «cabitos» la primera vez que arrasaron Illaurocancha. Alto, blanco, buenmozo era cuando joven el Pampino. Se casó con la Emilia Achahuanco y tuvieron por hijo a Damián, quien integra ahora los destacamentos de los alzados en las selvas de Ayacucho.

—¿Y qué sabe de mi mujer, señora? ¿Vive?

—Sí, don Jacinto, viva está todavía.

—¿Y mi hijo? ¿Mi Damián?

—Él ya es un joven, don Jacinto, buenmozo.

Sonrió con satisfacción.

—Y usted, don Jacinto, ¿cómo murió? Desde que se fue a Huancavelica en busca de trabajo a las minas, nunca nadie más volvió a saber de su vida. Su mujer y su hijo padecieron mucho.

—Me rodé, mamay, en el camino... Un espíritu malo, en forma de remolino, me tumbó al abismo... y para más peor, al caer, mi cabeza chocó con una roca saliente y se desprendió de mi cuerpo, cayendo al río. Mucho tiempo pasé lamentándome en las orillas, viendo mi cuerpo decapitado y sin saber cómo recuperar mi cabeza de las aguas. Hasta que a un viajero que se quedó a dormir en una cueva por ahí cerca, apareciéndome en su sueño, le supliqué que recogiera mi cabeza del fondo del río, que con eso me salvaría. «Yo no puedo, le dije, porque soy espíritu; en cambio, un humano sí podría»... y como qué, el hombre se metió y la sacó... Pensé que mediante eso me salvaría, que ya podría encaminarme a Auquimarca o al Janaq Pacha, según la voluntad de los dioses. Pero no, otros pecados dizque tendría que pagar todavía, y para eso... debía de... ¡Agghh!...

Ahí nomás dio un estirón el hombre y se quedó rígido. Y, poco a poco, su cuerpo empezó a transparentarse y a disolverse, como en vibraciones de aire caliente, hasta terminar desapareciendo.

Igual ocurriría seguramente con el caballo, pues cuando me di cuenta ya no había ni rastro de él.

Pensando en que tal vez volvería a nacer en forma de zorro, de lobo, carnero o cualquier otro animal, reinicié mi viaje.

... Con una mala noticia ha venido doña Emilia Achahuanco hoy en la mañana trayéndome sopa cashqui para mi desayuno... Dice que sus animales de doña Corina se han metido en mi triguito del pie de La Colpa y han hecho daño... Ay, caracho, triste es llegar a la vejez y no tener en quién apoyarse... Peor todavía si uno se halla enfermo... Doña Antolina, la curandera, tampoco ya vive. Ella era la que antes a todos nos auxiliaba... Ay, taitito, mi vida siempre ha estado llena de sufrimientos. Era niño todavía cuando mi taita nos llevó a vivir a la hacienda Pomacocha... Allí él era colono... Por un pedacito de terreno que le dieron para su cultivo propio tenía que trabajar casi todos los días de la semana para la hacienda... Lo más grave era que si faltaba un día de trabajo le eran descontados todos los demás días trabajados durante la semana... De ese modo, se acumulaba tanto que ni trabajando sábados y domingos le alcanzaba tiempo para poder cumplir... Yo y mi mamita éramos los que al fin de cuentas trabajábamos en la chacrita designada para nuestra manutención... Pequeño todavía era yo en ese entonces, pero así tenía que trabajar. Ya sea arrancando hierbas, cambiando terrones o ayudándole a mi pobre vieja a conducir la yunta cuando sus fuerzas no le daban... Pero no solo mi padre tenía obligación de trabajar para la hacienda. También nosotros... Por turnos con los demás colonos hacíamos servicio de pongueaje... A mí me mandaban a pastorear ganado y a mi madre, a ocuparse en la vaquería... Viendo entonces mi padre que más eran los trabajos que pasábamos que beneficios obtenidos, decidió que apenas terminada la última cosechita de maíz nos volveríamos a nuestro pueblo a pasar la vida de cualquier manera, sembrando la poquita tierra que teníamos y criando nuestros animalitos... Sin embargo, el dueño de la hacienda se opuso a darnos libertad alegándole deudas de trabajo a mi padre... Si queríamos irnos, siquiera un año más debíamos permanecer, según él... y le ofreció en arrendamiento el huerto de frutales que tenía la hacienda en Tarapucro... Ese lugar

era un temple, un sitio muy caluroso, aunque bastante pródigo en naranjas y chirimoyas... La casa hacienda era bonita, y el dueño autorizó que ocupáramos algunos cuartos... Nos sentimos pagados de nuestra suerte... el trabajo no sería muy pesado. Solo había que limpiar la maleza que cubría las plantas por el abandono en que estaba, podar y mantener el riego constantemente... Entusiasmada, mi hermana que vivía en Llakores, se vino con su marido y sus criaturas a estar con nosotros... Lo que no entendíamos nomás era, por qué ese lugar estaba así, en abandono, estando las plantas fruteando... pronto supimos la verdad... ese hombre maldesao nos había mandado a un lugar que nadie quería ir... una zona infestada de un mosquito que producía paludismo... A la semana de nuestra llegada, cogimos la enfermedad... Primero lo agarró a mi padre... después se puso mal mi mamá... luego caímos el resto, con fiebre intensa... Entre todos, yo era el único que aunque sea arrastrándome podía traerles agua cuando deliraban devorados por la sed... En pocos días, uno a uno se fueron muriendo... Cuando se murieron todos, como borracho, con mi cuerpo que me vencía a uno y otro lado, yo empecé a alejarme de esa quebrada maldita... Arrastrándome como sea, me acuerdo que avanzaba... Con esa sed que me atormentaba... Si encontraba barro, ávido me lo llevaba a la boca para aprovechar la humedad... Con el hambre, comía desesperadamente hierbas o ramas que mis manos temblorosamente empuñaban... En algún momento, quedé no sé si dormido o desmayado... Cuando después de no sé qué tiempo mis ojos se abrieron, el sol rielaba en las cumbres... Volví a mi afán de seguir avanzando... Ya desfallecía... De pronto, como en un sueño, distinguí borrosamente una estancia de ovejeros... Seguí insistiendo en avanzar... Unos perros hicieron alboroto al descubrirme... Y cuando ya casi perdía de nuevo el conocimiento, vi que unas sombras corrían hacia mí... Eran los pastores viniendo a socorrerme...

... En mi pueblo, fui acogido por mi padrino... Allau, criatura huérfana, diciendo me recibió... A él le ayudaba en las labores del campo y a cuidar el poco ganadito que tenía. Ya era un jovencito, y me enamoré... me enamoré de una muchacha llamada Cristina, hija de una de las personas a quien iba interesadamente a trabajar de minka en su chacra... Ella me correspondía... En ocasiones, chancando mi espalda y riendo alegremente, me decía, ¿Vamos? ... ¿A dónde?, le preguntaba yo... Al río pues inútil, me contestaba... Así, jugando y conversando, uníamos nuestros deseos... Cuando fuimos con mi padrino a hablar con sus padres para formalizar, estos se negaron del todo diciendo que yo era un pobre calapacho y que su hija no me merecía... De cólera, me fui a vivir a la puna buen tiempo, de vaquero, contratado por el padre de don Jacinto Ricse. Varios años pasé allí acompañado solo de mis perros... Cuando bajé a vivir de nuevo en el pueblo, ya la Cristina tenía su marido... Me comprometí con una mujer viuda, Lorenza, quien me dio mal pago metiéndose con otro hombre... Desde entonces, estoy solo... y... ¡Ay, caracho, los perros de la otra banda están ladrando! ... Cuando ladran así, todo alborotados, es porque viene grupo de gente... a lo mejor son los morocos o, quién sabe, los terrucos... ¡Ay, taitito!, ojalá se pasen de largo... no quiero tener problemas nuevamente...

El Partido determinó que se tomara a sangre y fuego la cárcel de Ayacucho para dar libertad a sus militantes, recluidos algunos desde el inicio de la lucha armada y otros recientemente, como era el caso de Angicha, Edith y el médico que la atendía, hechos prisioneros por la policía en el valle del Pongora.

Esa disposición de los mandos superiores lo acababas de saber recién en la reunión secreta que tuviste en Cochapampa, luego de dos meses de licenciamiento otorgado por el Partido para ir a echar de menos a tu madre y a alistar algunas siembritas aprovechando la época de lluvias.

Abrazándote, lloró tu vieja aquella vez que llegaste, todo roto, hambriento, lleno de espinas, Terruco te has vuelto, hijo, diciendo. Secando sus lágrimas con tu pañuelo, le respondiste:

—Terruco no, mamita, guerrillero.

—¿Por qué pues, hijo? ¿Por qué?

—Por buscar justicia para los pobres, mamita; por eso.

—Te matarán, hijo; me moriré yo también.

—Más vale la muerte, mamita, que esta suerte miserable, ¿no te cansas de sufrir?

La sombra del cerro Pedro Orcco, tu padre, parecía alargarse hacia ti, como dándote la bienvenida. Taita, le hablaste en tu mente, ¿me ayudarás? En febrero, cuando su cabeza estaba metida entre las nubes, decían que hablaba con el dios Wari Wirakocha. Háblale al Gran Gápaj también, agregaste, para que me ilumine.

Un día, cuando pensativo en la suerte de Angicha, en los padecimientos que estaría pasando, arabas la tierra solo, de un de repente se asomaron por arriba, por la puna, cuatro hombres, cautelosos, a esa hora en que el cielo ya se oscurecía y se venía la tormenta.

Emponchados, agarrados sus fusiles, llegaron hasta ti. Eran Santos y tres compañeros nuevos que no conocías. Querían hablar contigo. Fueron a tu choza.

Allí te informarían después que estaban por Pujas, Buenavista, Chumbes, Umaru y otros lugares aledaños impulsando las escuelas populares. Pero que había una misión urgente que cumplir ahora, compañero, y era la toma de la cárcel de Ayacucho que el Partido acababa de ordenar. Para lo cual, confiaban en tu participación.

No pudiste evitar que un ligero escalofrío recorriera tu cuerpo.

Ayacucho. 7 y 30 de la noche. El cielo anuncia tempestad.

Abandonando el bosquecito de molles, eucaliptos y carrizos que se alza al pie de la iglesia de Quinuapata, el pelotón que integras, comandado por Santos, se dirige a una casa de apariencia humilde que se levanta sobre la ladera.

El que vigila en las inmediaciones, con la metralleta bajo el poncho, presto se aproxima al que dirige el grupo y le espeta:

—Puka.

—Picante —le responde el otro en voz baja.

Adentro, los ánimos están medio acalorados por la misma nerviosidad seguro. Un tal Lucho emplaza a un compañero de nombre Flavio: ¿Por qué buscaba pretextos para no entrar en acción? ¿No se daba cuenta, camarada, que si el plan fallaba, la reacción asesinaría fácilmente a los combatientes, masas y prisioneros que aplicarían el plan a la hora indicada dándose con la sorpresa de nuestra ausencia? Usted es un derechista, compañero, un miserable que no ha preparado nada, no ha previsto nada. Y si no quería dirigir las acciones, pues las dirigía él, camaradas.

El problema era porque no llegaban hasta esa hora las armas ni los camiones. Y el tal Lucho responsabilizaba a Flavio por eso. Aquel siguió hablando todavía,

mientras este, sin interrumpirle, lo miraba con un brillo de rencor en sus ojos: Usted quiere boicotear las acciones solo porque en la asamblea fue derrotada su tesis de que con el asalto al penal se estaba poniendo en peligro la vida de los compañeros prisioneros, cuando usted bien sabe que son ellos justamente quienes nos han cuestionado de no hacer nada por liberarlos. Yo lo que diría es que tienes miedo, compañero, miedo de morir en las acciones...

Ya casi eran las ocho de la noche, y seguía la acusadera. En eso, tocaron la puerta: eran los camaradas que hacían llegar las armas en sacos. Pidieron disculpas por haberse demorado, habían tenido muchas dificultades, pero ya estamos aquí. Entre ellos reconociste a Carla y su joven esposo: Jesús. En

seguida, empezaron a repartir las armas; pero para mal peor, estaban sucias, llenas de tierra, acabadas de desenterrar. Apuradamente, se pusieron a limpiarlas, en tanto se pasaba lista a los pelotones y destacamentos. Apenas veinte iban a participar en el operativo. Pero, eso sí, contarían con gente de apoyo de la misma ciudad, sobre todo estudiantes secundarios y universitarios, a quienes solo unas horas antes habían comunicado, a fin de evitar interferencias de los servicios de inteligencia policiales. También iban a apoyar la gente de los barrios pobres, «compañeros consecuentes y decididos que posteriormente serán incorporados a la lucha». Ellos harían sonar latas, reventarían cuetones, gritarían consignas y todo lo que fuera necesario, en puntos equidistantes de la ciudad, a fin de crear confusión y aparentar el ataque de muchos. Algunos destacamentos atacarían ese mismo momento el puesto de la Guardia Civil, a los de la policía de investigaciones y a los republicanos; para tenerlos atrincherados, sin dejarlos salir, mientras el comando hacía cumplimiento de su misión.

Después que llegaron los camiones y antes de partir al combate, Lucho lanzó una arenga: Compañeros, todos habían dado su compromiso ante el camarada Gonzalo y el Partido, reafirmados en la invencible ideología del marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento guía, conscientes de que nuestra integración a las guerrillas potenciará la lucha armada. La sangre derramada heroicamente abonaría la revolución. Ocupemos nuestros puestos de combate, cumplamos bien nuestro papel. El plan del Partido sería un brillante éxito, un grandioso hito de la guerra de guerrillas...

Al final, ya para partir, dijo: ¡Combatientes, démonos un abrazo de camaradas y partamos que ya estamos en la hora!

En seguida nomás, luego de abrazarse, traspusieron la puerta y salieron. Tú estabas con buen ánimo, como esa vez estaría taita Cáceres cuando desde el cerro Acuchimay se lanzó con sus montoneros al cuartel de Santa Catalina, de Huamanga, donde estuvo acantonado un destacamento chileno, al que hizo

huir para apoderarse después de sus armamentos. Así tú también saliste animoso, pensando que al fin le demostrarías a Angicha que la muerte no te importaba si había que arriesgarla por ella y por el Partido.

La noche estaba fresca. Arriba, en el cielo, en el espacio que dejaban ver las nubes cargadas, unas estrellas gordas alumbraban, como pulpas de luz, dándoles buen augurio. Mirándolas, le diste un beso al llullo torito, al illa de piedra que siempre llevas ollcao en tu cuello. A él le pides que ruegue a los dioses te ayuden ahora que harto los necesitabas.

Ya los torreones de la cárcel habían sido dinamitados y despedazados los cuerpos de los guardias republicanos que custodiaban la entrada, cuando ustedes, iniciando el operativo rescate, corrieron hacia las celdas, luego de apoderarse de las llaves, y entre el humo y la polvareda se afanaban ahora abriendo las rejas para que escaparan tanto los presos políticos como los comunes.

Exactamente a las 11 y 30 de la noche había empezado el ataque. El grupo de ustedes secundó al pelotón de irrupción, en donde Lucho protagonizó la parte más peligrosa: luego de prender un paquete de dinamita, en forma temeraria avanzó por la callecita que lleva a la puerta del penal. Llegando a la esquina, se dirigió a la carrera a poner el explosivo en la puerta. Al descubrirlo, los guardias intentaron detenerlo, mas él logró su objetivo. Entonces, disparando alocadamente, lograron herirlo. Pero a su vez fueron abatidos por ustedes. Caído y sangrante, Lucho intentó alejarse del lugar, arrastrándose como sea; en ese momento, se produjo la explosión que sacudió toda la ciudad y dejó un boquete en el muro del penal e hizo que se ladeara uno de los aleros.

—¡Viva la lucha armada! ¡Libertad a los compañeros!

De los tejados cercanos, los francotiradores, armados con fal, tiraron a matar sobre los policías que se hallaban en el interior de la cárcel, al mismo

tiempo que un tercer grupo, al mando de Carla, hacía volar en la parte de atrás el torreón número uno, junto con el policía que lo ocupaba.

Más de cincuenta detonaciones de dinamita y el tableteo incesante de las metralletas estremecieron Ayacucho.

En la cárcel, todo fue laberinto cuando ustedes ingresaron disparando a los guardias, que cayeron uno tras otro, revolcándose en el piso. Algunos atacantes ingresaban por atrás escalando las paredes. Al fondo, se veían relucir los fogonazos de los fusiles. Todo era gritos, órdenes, carreras, reventazón de balas, tableteo de metralhas, explosiones, denso olor a pólvora...

En tanto un grupo saquea el almacén de armas y municiones, tú acabas de abrir las rejas donde están las reclusas y ayudas a salir a Angicha y a Edith, entre otras, cuando ya medio se asfixiaban con el humo y la polvareda. A Angicha le alcanzas tu revólver. Ella musita algún agradecimiento y se lanza a la calle gritando, ¡Viva el camarada Gonzalo! ¡Viva la revolución! En seguida, te emplazas para cubrir la fuga de los que escapan, quienes salen atropelladamente, eufóricos, pisando los cadáveres de guardias, internos y atacantes ahí botados que riegan el piso con su sangre. Con pena reconoces el cuerpo muerto, bien empuñada una metralleta Star, de Eduardo, el médico que atendió a Edith en el valle del Pongora.

Viendo que casi todos han fugado, tú corres también detrás del último grupo, llevándote la metralleta de Eduardo; mas no te fijas que uno de los guardias, tirado en la vereda, acaba de verte borrosamente como en un sueño. Levantando con penoso esfuerzo la ensangrentada mano que empuña un revólver, haciendo un último esfuerzo antes de caer definitivamente muerto, aprieta el gatillo y, ¡pen!, sale el tiro y te pega.

Pero no caes.

Herido en la pierna, aguantando el dolor, sigues corriendo unas cuantas cuadras en medio de la oscuridad de la calle. Un dolor intenso, como una punzada, te hace encoger y llevarte la mano al lugar de la herida. Sientes la sangre caliente, pegajosa, bajando por tu pierna. El agua de lluvia que está mojando los tejados, empapa tus ropas y hace brillar la pista. Ese momento los de la contención que ya escapan, tropiezan contigo, ¿Estabas herido, compañero? Te ayudaban. Y cuando dos intentan cargarte, se oye la sirena de un carro policía, al tiempo que la luz de los faros ilumina el muro de la esquina. En seguida, el carro entra en la calle empedrada donde ustedes se hallan. ¡Huyan! ¡Corran, compañeros!, les dices. Y ellos de un salto se desparraman, dejándote. A las justas logras arrimarte al pilar saliente de un muro. Bien estirado tu cuerpo, sin respirar, la mirada fija, invocando a todos los dioses, ves pasar por tu delante, a toda velocidad, el carro policía, que unas cuadras más allá, es recibido de frente, con bombas y granadas, por los de la contención. Intentas avanzar, mas tu cuerpo se amontona. En eso, al alzar el rostro, ves de pronto a un hombre parado delante de ti, un desconocido vestido de extraña manera: con chamarra y pantalón de vicuña, larga barba y cabellera, sin armamento ni nada, quien te dice, ofreciéndote su espalda, ¡Vamos, cógete de mi cuello! Obedeces. Y en tanto avanza cargándote por una callecita oscura y desierta, la misma por donde unos días antes había abortado un intento de fuga de los guerrilleros presos, te parece que vas sobre un hombre que crece y crece y sus espaldas se ensanchan. El hombre sigue corriendo como si no llevara peso encima. Por fin, sale al lugar donde ya arranca el último de los camiones dispuestos para la fuga. En medio de las detonaciones que aún se escuchan, apuradamente los compañeros te ayudan a subir, entre ellos Angicha. Sientes un gran alivio cuando tu cuerpo rueda sobre el piso de la carrocería. Solo que el hombre que te trajo no ha subido. Se queda parado, con los brazos en jarras, viéndote alejarte. Tú te inclinas sobre la compuerta diciéndole que corra, que suba. Él hace un gesto

que no entiendes. Y ya cuando el carro empieza a tomar velocidad, le preguntas a gritos su nombre. «Pedro», te responde antes de darse la vuelta y alejarse a paso lento entre la oscuridad de una calle. ¿Pedro?, te quedas pensativo. Unas cuerdas más abajo el carro se detiene unos instantes. Trepa un grupo como de diez, entre los que reconoces a Santos y Edith.

El carro enrumba a toda velocidad en medio de la lluvia. Sale de la ciudad entre los disparos cada vez más aislados que se escuchan. Intrigado aún, tú le preguntas a Angicha, en tanto te vendar la herida, ¿por qué el compañero Pedro que me trajo no había subido? ¿Pedro?, frunce la nariz ella, sorprendida, no conocía a ningún Pedro entre los compañeros, y tú llegaste solo, casi arrastrándote, nadie te trajo. Entonces, algo como un temblor te sacude: ¿sería Pedro Orcco?, ¿el taita dios montaña? Los demás van entonando una canción revolucionaria.

Como piedra soleada tirada en el desierto estaba yo, sin poder moverme, con mi cuerpo amontonado

sobre esas arenas ardientes, sin fuerzas ni para arrastrarme. Todo el desierto parecía que iba a reventar con la fuerza de esas lanzas de fuego que bajaban de ese cielo de salmuera. Una quemazón sentía que entraba por mi nuca hacia mi cerebro, que ya lo sentía en llamas. Quizá me desapareceré como don Jacinto Ricse, pensé espantada. De pronto, no sé cómo, apareció en mi delante un puquialcito de aguas transparentes, cristalinas. Como sea, entonces, a gatas, traté de llegar. Sin embargo, conforme avanzaba, el puquialcito como que se retiraba se retiraba. Hice un mayor esfuerzo y, a poco, creí estar en sus bordes. Ávidamente entonces hundí mis labios resecaos, y, en vez de agua, me di cuenta con amargura, que acababa de enterrar mis dientes en la arena. Cuando me limpié la cara y miré con mis ojos empañados, vi de nuevo, allá lejos, el puquialcito. Ese rato apareció a la distancia una tropa de perros, ladrando, corriendo hacia mí. Pensando que

sería otra alucinación, abandonándome del todo, me quedé quieta, sintiendo que me desvanecía.

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡Despierta! —oí que me hablaban como ladrando—. Bebe de mi oreja, ¿oyes?

Como en un sueño creí reconocer la voz de Wayra. Mis párpados los sentía pesantes cuando abrí los ojos. Borrosamente lo vi a mi animalito, parado en mi delante. Detrás de él, una manada de perros me miraban en silencio.

Ladeando su cabecita, se echó a mi junto instándome a beber el agua que traía llena en la oreja.

Con qué avidez me la tomé esa agüita fresca, cristalina, sintiendo que me devolvía las fuerzas, que me reconfortaba.

—Gracias, Wayra mío, gracias, papay —diciendo lo abracé fuerte contra mi pecho, sentándome. Él también, alegre, movía la cola, lamía mis manos, mi cara, dando ladridos jubilosos.

Los otros perros, ladrando, hablándole a Wayra en su idioma, al parecer, empezaron a alejarse, poco a poco, trotando.

—Van en busca de sus dueños —me dijo Wayra—, para socorrerlos como yo a ti.

—Pero tú me abandonaste, Wayra, ¿lo has olvidado? —le dije con algo de resentimiento.

—Fue Taita Rumi —me dijo—, el Señor de las Piedras, quien me lo impidió, para que te extraviaras seguro. Así serán sus designios. Acaso tengas que padecer más todavía antes de llegar al Janaq Pacha.

—Yendo por aquí, ¿crees que llegaré?

—Llegarás, mujer, si otra vez no me lo impiden los dioses.

Alentada por sus palabras, yo me incorporé decidida a seguirlo por donde me llevara.

... Menos mal que no se han detenido... Solo han preguntado dizque por mí... La gente ha dicho que seguramente me he muerto, porque ya no me han visto desde que fui atacado por unos desconocidos. ¡Taita Dios!, como cincuenta terrucos dice que han sido... Primero estuvieron por Ocros donde han agarrado a dos guardias y los han llevado a la plaza. Allí solo los han rapado, no los han matado... Antes, el sargento, avisado por un chico, logró escapar... A esos policías que los han rapado dice que les han dicho, Si quieren vayan a avisar a sus compañeros, que aquí los esperamos... Después, poniéndose los uniformes que han encontrado en el puesto, se han dirigido a Ayrabamba... Antes, verdad, han preguntado a la población por tales y tales personas... Ellos ya los conocen, según dicen, hasta por sus apodos... Entonces han ido a traerlo a uno que siempre que se emborracha le pega a su mamá... Llevándolo a la plaza han consultado al pueblo, Qué dicen, ¿lo matamos?... La gente ha dicho, No, si vuelve a pegarle a su mamá, sí; pero por ahora que se le perdone... Bueno, han dicho los terroristas, por ahora que se le dé latigazos; pero si vuelves a faltar a tu mamá, ya sabes lo que te va a pasar. Nosotros estamos cerca, todo sabemos. No creas que cuando nos vayamos no vamos a volver, no; así que ten cuidado... Cuando han llegado a Ayrabamba dice que lo primerito que han hecho ha sido preguntar por el administrador... Pero él no se hallaba en la población, sino que ha estado más arriba, ocupado en vacunar una res... Al ir a avisarle que unos guardias lo buscaban urgente, ha dicho, Esos jodidos seguramente vienen a sacarnos algo y encima van a querer que los banqueteemos, díganles que no estoy... Entonces le han dicho que son bastantes y que más parecían terrucos que guardias y que habían advertido que no esperara a que fueran a buscarlo porque le iba a ir mal... Recién ahí el hombre se ha asustado y ha encargado decirles que en seguida bajaba... Ni bien llegó lo agarraron. En la plaza han preguntado a todos, cómo se comportaba ese hombre con ellos... Los cooperativistas, de pena que lo fueran a matar, han declarado que era buen

hombre, que se comportaba bien con ellos... Entonces le han dicho, Mira, la gente aquí dice que te portas bien, que no hay queja contra ti. Si es así, sigue nomás, trabaja honradamente en bien de todos y vas a tener nuestro respaldo... Después se han venido por acá y, según parece, se dirigen a Ccajamarcca o por ahí, yéndose por la parte de Ukhu Mayo, para evitar que los descubran los helicópteros artillados que los buscan para «fumigarlos», como fanfarronean los tropakuna... solo por aire dicen que los militares pueden causarles bajas, ya que por tierra parece que los combates son de igual a igual...

Por la vía de Los Libertadores huyen hasta la altura del kilómetro 23. Allí, abandonan el camión y deciden dar el «salto hacia atrás»; es decir, volver a Huamanga por otra ruta, a fin de confundir a sus perseguidores que seguirán de largo buscándolos por lugares más alejados. Han decidido dizque aplicar pues la táctica «del perro y la liebre», que aconsejaba Ho-Chi-Minh en su Manual del guerrillero, y que buenos resultados les diera a los luchadores vietnamitas contra los yanquis.

Pero hay dificultades en la huida que se hace cada vez más penosa: tú estás herido, con una bala en la pierna y una infección que te va aniquilando conforme pasan las horas. Ay, mierda, cómo te duele, ¡carajo! Tus compañeros te llevan en quirma, esa rústica camilla que conducen turnándose, bajando por empinadas cuestas y tortuosos caminos de herradura, avanzando de noche y escondiéndose en el día. Así, de esa manera, llegan a Laramate, en las estribaciones de la cordillera y al borde del río Cachi, donde anteriormente los compañeros habían reclutado mucha gente. La camarada Carla es de un pueblito cercano: Buenavista, a cuya casa se dirigen a refugiarse una parte de los compañeros. Angicha, que tenía un familiar en Pihuán, decidió llevarte allí para que te atendieran. Ella y Santos con un pequeño grupo se encargaron de trasladarte.

No sabes cómo, pero hasta ese lugar situado en plena puna, llegó tu madre. Los compañeros medio que se incomodaron; sin embargo, se hicieron de la vista gorda. Mamita, le dijiste viéndola, atacado por la fiebre, vuélvete, voy a sanarme, no llores; y si muero también has de alegrarte, porque así deben morir los runas: luchando por su pueblo. Ella derramó sus lágrimas, inconsolable. Ese día nomás, en la tarde, cerca del anochecer, llegó el propio, enviado por Angicha, acompañado de un hombre alto, delgado, blancón, de finos bigotes rubios, a quien solo una vez viste en Illaurocancha conversando con Santos, el mismo que hoy se presentaba como Anselmo. Era médico, y empezó a examinarte cuando sentías hallarte ya al borde de la inconsciencia.

Al día siguiente, cuando tu madre decidió llevarte como sea a Huamanga para que te atendieran, Anselmo se opuso, No, dijo, lo matarán, ahora mismo le extraeré la bala y sanará con las inyecciones y cápsulas que le voy a dar. Solo hay que llevarlo a un lugar más oculto para que repose tranquilo y se recupere.

De ese modo fue que te trasladaron a una chocita escondida que había al fondo de la quebrada, donde luego de la operación te dejaron al cuidado de tu madre y la dueña de la choza: una curandera. Antes de alejarse, Angicha se inclinó sobre ti. Te miró con una mezcla de tristeza y ternura, y luego de darte un beso en la mejilla, te dijo, Sana pronto, Liborio, que te espera tu puesto de combate. Y tú, con forzada sonrisa, lo único que se te vino a la mente fue el santo y seña en la toma de la cárcel de Huamanga, y le respondiste, ¡Puka picante, compañera!

A los dos días nomás felizmente la fiebre empezó a bajar. Aparte de los medicamentos que te aplicó Anselmo, muy bien te hicieron los remedios con hierbas que doña Antolina, la curandera, te dio a tomar. Anselmo, piensas ahora, en el silencio de la mediamañana neblinosa en ausencia de tu madre y la curandera que han salido por allí cerca a recoger choclos. Anselmo, sus manos finas se estaban poniendo duras, quizá más que por las herramientas

de su oficio, por el armamento y la dinamita que manipulaba. Pero ¿y Jaime?, ¿y el médico Eduardo? ¿Y aquellos que conociste en el ataque a la cárcel de Ayacucho? Había quienes usaban lentes, relojes o anillos. Y eran blancos, medio rubios algunos. No eran campesinos. Resentidos parecían más bien de los otros de su casta que estaban en el Gobierno. ¿Y Santos? ¿Y Angicha? Ellos también eran mistis, aunque se disfrazaran de campesinos o lo hubieran sido alguna vez. ¿Seguirían creyendo en los dioses montañas? ¿En la Pachamama, en Wirakocha? Más parecía que no. Ni en los dioses cristianos tal vez, porque en ocasiones les habías oído hablar mal de los curas y hasta del Papa, diciendo de este último que clamaba por la paz en tanto bendecía las armas de los genocidas. Ellos estaban dirigiendo ahora la revolución; pero ¿hasta qué grado la revolución sería para los naturales? ¿O era solo para tumbar a los blancos capitalistas como decían y luego ellos serían los nuevos gobernantes, sin que en la conducción de ese gobierno nada tengan que ver los runas? Lo deseable sería, piensas, un gobierno donde los naturales netos tengamos el poder de una vez por todas, sin ser solo apoyo de otros. Ahí sí, caracho, te entusiasmas, volveríamos a bailar sin vergüenza nuestras propias danzas, en vez de esos bailes del extranjero; hablaríamos de nuevo el runa simi, nuestro idioma propio; adoraríamos sin miedo de los curas a los dioses en los que tenemos creencia todavía. Solo si así era la condición, valía la pena luchar; si no, ¿para qué pues? ¿Para que otros blancos sigan haciéndonos vivir como a ellos les gusta? A ver, consultarías esto con Angicha. A lo mejor ella estaba de acuerdo contigo.

Ahora empezábamos a bajar con Wayra hacia un feo cañón encerrado entre dos montañas de purita roca viva. Camino estrecho y pedregoso, sembrado de riscos filosos que, como lanzas, apuntaban al cielo. Un viento súbito chicoteó fuerte contra las peñas.

—Ten cuidado —me dijo Wayra—. Camina pegándote bien a las paredes del abismo que ese viento, haciéndose remolino shucucuy, puede tumbarte al fondo, donde corren las aguas del Marañón metiéndose al interior de la tierra.

—¿El Marañón?

De veras, la tierra temblaba.

—Sí, que es la misma Yacumama, la tremenda serpiente amaru, cuyas aguas se vuelven llamaradas adentro. Ascende al cielo, y en las noches puedes verla como el río blanco y en los aguacerales como el rayo.

«Otra de las amarus es la Sachamama, agregó, que saliendo de adentro de la tierra camina parada, como un tronco, y luego asciende al cielo convirtiéndose en el arco iris. Ella con la Yacumama recorren los tres mundos: el de arriba, el de aquí y el de adentro».

Un boquerón abierto al sesgo del cerro apareció de pronto ante nosotros.

—Por aquí —me dijo Wayra—, por aquí se entra al Ukhu Pacha.

Y yo sentí que mi cuerpo temblaba.

Adentro estaba muy oscuro. Se escuchaba algo así como un viento que llorara prisionero, no pudiendo salir por las rajaduras de la tierra.

Toqué las paredes de esa amplia caverna por donde avanzábamos arrastrando los pies, tanteando el terreno, para no tropezar o caer a un vacío. Cuando una gotita de agua que se deshizo entre mis dedos la llevé a mi boca para probarla, percibí que era herrumbrosa, salada y ácida.

Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y ahora ya podía distinguir cuando menos las salientes de las paredes y el techo.

Más allá desembocamos en un lugar extraño: un paraje abierto, alumbrado como por resplandores de luna, con cerros, quebradas y árboles que parecían calcinados.

—Aquí empieza el valle de la condenación —dijo Wayra, en el momento en que se oyó, ¡parrh! ¡parrh!, un sonido de alas entre las piedras,

haciéndome voltear asustada.

—No te asustes —trató de serenarme—. Ese aleteo es de los malpas, las criaturas que andan gateando entre las piedras. Este es el Tutayaq Ukhuman, al que tanto querías venir. Más allá se encuentra el Supayhuasi y el mar de candela.

No sé qué laya se puso mi cuerpo por la nerviosidad.

—A mi Shimuquito ayúdame a buscarlo, Wayra. ¿Crees que lo encontraré?

—Muy difícil —respondió—. Sus caritas son casi iguales. Ahora verás.

Así diciendo se adelantó como para seguirlo. Hacía mucho frío en ese lugar, tal si estuviéramos en las inmediaciones de un nevado.

Yo lo seguí ligera ligera, viendo más abajo una laguna salpicada de altas totoras, donde se hallaban, ¡ishsh!, como hormigas, dentro del agua o en las orillas, qué cantidad de criaturitas.

Calapachos, con sus alitas desgastadas, ya casi sin plumas, esos angelitos que gateaban por las orillas llenas de pedrerío, mamaban los chungos, esas piedras redondeadas, como si fueran senos de mujer.

—Esos son los que no llegaron a mamar el pecho de sus madres —me indicó Wayra.

Cuando ansiosa de reconocerlo a mi hijito me aproximé al lado donde estaban los más grandecitos. Estos, al sentir mis pasos, echaron a gatear con desesperación, lastimándose en las piedras, hasta meterse en esas blancas aguas, espumosas, que venían del Wakay Mayu y se arremansaban aquí para seguir corriendo seguramente hacia el Marañón.

El agua debía estar muy helada, pues las criaturitas tiritaban, haciendo entrechocar algunos sus encías carnosas, sin dientes, mientras chapoteaban deses-
perados por mantenerse a flote, tratando de llegar a la otra orilla, donde se hallaban amontonaditos la mayoría al pie del cerro que rodeaba una parte de la laguna.

—¡Simóooooon!..., ¡hijitooooo!... ¡Soy tu madre! —grité con todas mis fuerzas, esperando en que me reconocería y vendría hacia mí.

Pero en vano, ninguno se movió.

Rodeando la laguna me dirigí entonces hacia la peñolería donde se hallaban, caminando despacio para no asustarlos. Y antes que de nuevo se tiraran al agua, pude acercarme lo suficiente como para mirarles la carita, comprobando con tristeza lo que de veras me dijera Wayra: todos eran igualitos, no había diferencia, salvo en el tamaño. De costado nomás me miraban, como los pajaritos, tal si no pensarán nada.

Después que se aventaron al agua, Wayra llegó a mi lado, silencioso, gachas las orejas, como no atreviéndose a decirme que me resignara.

Llorando empecé a alejarme del lugar, seguida de cerca por mi animalito.

No habíamos avanzado gran cosa, cuando en eso:

—¡Bunnn!

El sonido sordo de una campana en la dirección del cerro nos hizo volver. Y pudimos ver asombrados que filtrándose por entre esa atmósfera negro-azulosa que rodeaba el paraje, bajaba desde la hondura de ese cielo un rayo de luz dorada, por donde ahora subía, derechito, una hermosa paloma blanca, como jalada por esa luz. Instantes después, desapareció la paloma y se esfumó el rayo luminoso.

—Es una malpa que acaba de salvarse —me dijo Wayra—. Demos gracias al taytacha Dios que acaba de llevar un nuevo jardinero para su reino.

—¿Y cómo así se ha salvado esa almita, Wayra?

—Seguro ha encontrado entre el roquerío el huatu, la correíta del badajo de la campana del Janaq Pacha, y de suerte ha tirado de él logrando su salvación.

—¿Y los que no lo hallan, Wayra, se quedan para siempre a padecer aquí?

—A veces se convierten en duendes o ichic ollcos, y salen a la tierra a hacer travesuras y molestar a otros niños.

—¿Crees que mi Simoncito se haya salvado?

—Quizá. Acaso tengas suerte y en el Janaq Pacha lo encuentres.

Sabía que eran palabras de consuelo, pero entre mí se lo agradecí de todo corazón a Wayra.

Otra vez seguía la bajada, y en tanto avanzábamos, un wanchaco, esa laya de pájaros de pecho colorado y alas negras, pasó volando sobre nuestras cabezas hacia la laguna.

—Creí que por estos lugares no había aves —hice comentario.

—Es un nuevo malpa que acaba de llegar —dijo Wayra—. Así, de esa manera, llegan las almitas. Una vez que asientan en los alrededores de la laguna, el frío agarrota sus alas y quedan impedidos de volar. Es ahí cuando toman de nuevo su forma humana.

A lo lejos, sesgado al cerro por cuyo desfiladero caminábamos, una nueva caverna se abría. Otra boca negra que nos tragaría.

... ¡Alalau! qué frío, caramba, ni estas tres o cuatro frazadas con que estoy tapado me abrigan... primero la fiebre que no me dejaba y ahora los escalofríos ya también... Doña Emilia ha ido a la cocina a hacer hervir agua, para que dentro de una botella me ponga a los pies. A ver si así logro abrigarme un poco... Ella misma me ha traído la noticia de que hoy día ha sido su pichkay de doña Rosa Cuchillo... la poca gente que queda en el pueblo dice que han ido a la quebrada a lavar las ropas de la difunta y han preparado toda clase de comidas para ofrecérsela a la almita... Hoy en la noche va a ser la velación de su ropa... De pena de su hijo se murió la pobre... Resentida de mí paraba en estos últimos tiempos a causa de las denuncias que hice contra los terroristas ante las autoridades del Gobierno y por la participación que yo mismo tuve persiguiéndolos para matarlos... es que entre los sediciosos se hallaba su hijo, el Liborio, o Túpac, como le decían los senderos... Pobrecita, yo a ella siempre le tuve harta

consideración... fue mujer muy sufrida... huérfana desde muy joven. Ella sola tenía que trabajar para mantenerse, ya sea pastoreando sus animales o sembrando en su propio terrenito... y después que falleció su marido también, el Domingo Pariona, hartó sufrió criando a sus dos hijos, de los cuales uno de ellos murió tierno nomás, quedando solo el Liborio más para su perdición... Me acuerdo de aquella vez que le avisaron que su hijo había muerto en el ataque de los terrucos a la cárcel de Ayacucho... la pobre mujer, como alocada, alquiló una bestia y, sin atender nada, se dirigió por el camino de Chumbes... Me parece estar viéndola todavía, con los cabellos alborotados, su rebocito flameando, perderse por entre los eucaliptos de su casa de doña María Huachoca... Esos años fueron terribles... bueno, ahora más quizás, aunque ya casi estamos acostumbrados... Esos tiempos, cómo nos estremecían las noticias que de acá y de allá nos llegaban sobre voladuras de torres de tendido eléctrico, descarrilamientos de trenes, voladuras de puentes, dinamitazos y apagones generales en pleno toque de queda en las ciudades... iluminaciones con latas encendidas de los símbolos de la hoz y el martillo en las cumbres de los cerros... muertes de subprefectos, alcaldes, policías... ataques a locales políticos del Gobierno... los cientos de sinchis que el Gobierno destacaba a la zona de emergencia... Esa vez estaba de moda Edith Lagos. A veces por la radio decían que ya había caído o estaba a punto de caer... Lo mismo hablaban de Abimael Guzmán, el presidente Gonzalo que dicen... pero ella sí cayó de veras, meses después de su fuga de la cárcel de Ayacucho... eso me consta, porque yo mismo tuve oportunidad de ver su cadáver... Fue poco tiempo después de que estos lugares fueran declarados Zona Liberada por los senderos...

Alrededor de diez días estuviste curándote en esa casita al fondo de la quebrada en Pihuán, enterándote que por Laramate y Buenavista los sinchis habían hecho registro casa por casa, llevándose prisioneros a algunos

campesinos inocentes, acusados de sospechosos y más que nada por ser, uno que otro, pariente o conocido de Carla.

Como no veías las horas de reunirte con tus compañeros en las alturas de Rasuhuilca, convenciste a tu mamita que se regresara a Illaurocancha, haciéndole ver que en el campamento junto al nevado era lugar seguro, y muy difícilmente llegaría por allí la policía.

Puesto tu poncho y tu sombrero, cargando tu alforja con fiambre y la metralleta en bandolera, te despediste de tu viejita en el cruce de un camino. Llorando la viste alejarse, bien envuelta en su rebozo negro, montada sobre el caballo que alquilara para venir.

Con gran dolor en tu corazón, sintiéndote muy débil aún, paso a paso, empezaste a subir la cuesta neblinosa, mientras ibas encomendándote en tu dentro a tu taita, el dios Wamani, para que convertido en cóndor, halcón o águila, vigilara el camino de tu mamita.

Era de noche ya cuando tus compañeros te vieron llegar al campamento, temblando de frío, con ese viento helado, silbante, que se los quería arrancar de raíz los pajonales. Dentro de la cueva estaban como en sesión, alrededor de una fogata. Angicha fue la más sorprendida y la primera en abrazarte y darte la bienvenida. Fue Santos quien te dijo, Pero Túpac, debiste reposar un poco más todavía. No debías haber venido así, convaleciente, podrías agravarte. Tú le manifestaste que querías entrar en acción, que en Pihúan habías contado las horas por reunirte de nuevo con ellos. Dándote un campito para que te sientes, te felicitaron entonces por tu decisión, advirtiéndote que cuidarás todavía tu salud antes de participar en las acciones que estaban planificando en base a una directiva que recién había bajado de los altos mandos. Era necesario dizque trasladarse a los lugares colindantes con el Apurímac para continuar con los sabotajes y pasar a una nueva etapa de la lucha armada: inicio de la creación de las bases de apoyo y expulsión de las

autoridades reaccionarias. Para tal fin irían de mandos el camarada Santos, como conocedor de la zona, y Angicha. Carla se quedaría en la zona norte de Huamanga, en tanto Edith y Omar volverían a seguir dirigiendo las acciones de la Región Principal, que abarcaba Ayacucho, Huancavelica y Apurímac. Hubo uno que hizo su autocrítica y dijo que con perdón de todos los compañeros él pedía su expulsión del Partido, pues había decidido retirarse de la lucha armada, y que era franco al manifestar que últimamente le había agarrado un gran miedo a la muerte; que no lo podía evitar, compañeros, y que además extrañaba a su mujer y a sus hijas. Era de Chuschi, justamente del pueblo donde se dio inicio a la lucha armada el año ochenta, quemando las ánforas y todo el material que llegó para las elecciones presidenciales. Le decían Lucas, porque desde hacía tiempo hablaba que su esposa estaba medio loca desde que él se metió a las guerrillas, pero todos lo tomaban solo como un pretexto para abandonar la lucha, y por eso de broma empezaron a decirle «loco», luego «Lucas», y ya no Javier, como le llamaban en un comienzo. De mal talante, luego de debatir entre ellos, los mandos le dijeron, De ningún modo puedes abandonar el Partido, compañero, pues eso significa traición, y tú sabes que la traición se paga con la vida. Ningún miliciano puede negar su cuota de sangre a la revolución. Ni se puede permitir que alguien esté mariconeándose ni cuidando el pellejo ahora que era urgente atravesar ríos de sangre para conquistar la otra orilla. Y de la familia, ya sabían, aquí la familia era el Partido, pues estamos unidos por la misma causa, lo demás quedaba atrás... Sin embargo, al verlo muy deprimido y maliciando que en algún momento podía desertar, le dijeron, Tú mereces la muerte, Lucas, pero comprendemos que te hallas un poco mal. Te vamos a dar una oportunidad dándote licencia por un tiempo. Vuelve a tu pueblo y sirve de apoyo en algo hasta que puedas sentirte mejor. Está bien, dijo entusiasmado, podría dar apoyo logístico, compañeros, reuniendo alimentos, ropas, provisiones para las columnas guerrilleras que pasaran por el lugar. Que así sea, le dijeron,

mas no te olvides que te estaremos vigilando. Ya sabes: el Partido tiene mil ojos y mil oídos.

Esa noche, comentando lo de Lucas, luego que este se fue a dormir en la cueva de más arriba, Omar advirtió a los mandos zonales que era urgente penetrar más en el contingente la ideología del marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento Gonzalo; hacerles entender que su vida no les pertenecía, pertenecía al Partido. Que había que forjar en ellos a verdaderos revolucionarios para conseguir esas «legiones de hierro» que exige nuestro guía. Había que hacerles jurar su compromiso a la revolución mundial. La sangre nos fortalece, compañeros, no nos hace daño. Vieran, ahí estaba el ejemplo del compañero Túpac, que no habías esperado mejorarte bien todavía para venir corriendo a integrarte a la lucha. Que eso valía, que así debía de ser... Las palabras de Omar, ese enorme hombre de cabeza pequeña, te dio ánimo para entablar conversación sobre tantas interrogantes que te planteaste esos días que estabas enfermo, acerca del destino de los naturales en esta revolución, pues según estabas viendo, el mismo Omar era blanco, «huancaíno, hijo de mistis y ex profesor de la Universidad de Huamanga», según habías oído decir.

Después que terminó de hablar, pediste la palabra. Te la concedió, bostezando, pues era ya muy tarde. Las brasas del fogón que les había tenido algo abrigados, se estaban apagando.

—Y al término de esta guerra, compañero —dijiste—, ¿seríamos los comuneros campesinos, mejor dicho los naturales, los que gobernemos este país?

A esto, buscando mejor acomodo de su cuerpo arrecostado a la pared de la cueva, te respondió, No, camarada, la clase dirigente serían dizque los obreros, en alianza por supuesto con el campesinado, siguiendo la ideología del Partido Comunista. A eso se llama, aclaró, dictadura del proletariado y

tendía a la construcción del socialismo: un nuevo Estado sin explotados ni explotadores... ¿Y por qué, compañero, le preguntaste, notando que los ojos de los demás se atencionaban en ti, por qué el país debería ser dirigido por los obreros, si los campesinos pobres éramos mayoría en este país y los mismos obreros también que estaban en las ciudades eran casi todos runas nomás que habían emigrado? Eso tiene una explicación, dijo sacudiéndose del sueño que lo había estado venciendo, envolviéndose el cuello con una chalina, resultaba, Túpac, que la clase obrera o proletaria era la más desposeída, la que no disponía más que la fuerza de sus manos; mientras que el campesino, aun con un pedacito de tierra, era propietario o, si no la tenía, aspiraba a ello, convirtiéndose así en una fuerza burguesa, en una fuerza que tendía hacia la propiedad privada, que justamente ellos, los revolucionarios, pretendían desaparecer. Entonces, cuando todos pensaron que te quedarías calladito, tú le replicaste, Los naturales no aspiramos, compañero, a la posesión de un terreno propio, de cada uno, sino de todo lo que nos quitaron los blancos invasores, mejor dicho, los españoles. Bueno, compañero, te dijo Omar, pero hoy la lucha no era de indios, o de naturales como tú decías, contra blancos, porque dizque ni indios puros ni blancos puros ya había, o si los había era en pequeñísima escala. Ahora había mezcla de diferentes razas; es decir, aparte de blanco y de indio, también de negros y chinos. Y la única salida para este país, compañero, era un gobierno para mestizos, socialista por supuesto. Es cierto que la gran mayoría son mestizos dijiste, pero dentro de estos, más los hay con alma india, y estabas seguro que se hallarían gustosos de pertenecer a una nación de ayllus campesinos y obreros, donde se tienda al trabajo colectivista, como en tiempos de nuestros antepasados. Pero es imposible volver a una época tahuantinsuyana, compañero, intervino Santos, sentado junto a Edith, quien tenía los ojos fijos en el suelo como escuchando atentamente, vivimos una época moderna, distinta. No es volver al pasado, le replicaste, porque nuestras costumbres

comuneras no las hemos perdido nunca los naturales. Solo que hasta estos días estamos resistiendo las imposiciones de los blancos que quieren borrar todo lo nuestro... Pero, Liborio, te habló Angicha pronunciando tu propio nombre, interviniendo también en la conversadera, está bien que en el campo se pueda reactivar los ayllus como dices, o más propiamente las comunidades campesinas como se llaman en estos tiempos, pero en las ciudades, ¿cómo crees que sería? También, mamita, le dijiste, funcionarían ayllus obreros, como ya lo habías dicho, en los que podría haber de repente ayllus de zapateros, de carpinteros, de mecánicos o lo que sea, según sus gustos y habilidades. Y tal como en los ayllus campesinos, se ayudarían unos a otros, se socorrerían viviendo como en familia, repartiéndose las ganancias entre todos, ¿no les parecía?... Omar sonrió de buen grado. No estaría mal, compañero, no estaría mal, te dijo, pero tuvieras en cuenta que en estos tiempos no se producía solo para el consumo interno, sino que había que pensar también en producir para exportar a otros países. Eso también podría hacerse, dijiste. ¿Cómo?, te preguntaron. Ampliando la organización aylluruna, compañeros, a todas las regiones del país, haciendo, por ejemplo, que determinados ayllus produjeran una sola cosa en grandes cantidades. Por otro lado, agregaste, dentro del mismo país también, los productos de las ciudades podrían entrar en trueque con productos del campo... Edith, que había seguido callada, despegó por fin los labios, No está mal lo que piensas, Túpac, podría ser así, ¿por qué no?... Esto te alentó más. Una vez los naturales en el gobierno, rescataríamos también nuestras costumbres, nuestro idioma, nuestra religión. Volveríamos a adorar, sin miedo de los cristianos, a la Pachamama, a los jirkas, al dios Rayo y, quién sabe, si al dios Sol... Habría que reflexionar en esa especie de socialismo mágico que planteas, compañero, intervino de nuevo Omar con una ligera sonrisa irónica, pero tenemos que pensar primero en la toma del poder; pues sin él, muy bien lo

sabes, todo es ilusión. Y bueno, dijo dirigiéndose a todos, creo que dormimos compañeros, tenemos que madrugar.

Luego de atravesar el socavón, oscuro como el anterior, salimos con Wayra a un lugar amplio, penumbroso, donde había unos árboles arrugados, crecidos de fea manera. Ahí pudimos ver a unos monstruos con cabeza de mujer y cuerpo de mula que, arreados por unos hombres con chicote, bajaban cargados de leña, medio queriéndose sentar por el peso, sacando chispas de las piedras con sus cascos. Esos animales espantosos, dice que eran pues las ninamulas, espíritus de las mujeres que convivían con los curas.

—¿Y a dónde llevan esa leña, Wayra? —le pregunté.

—No es leña —me respondió—. Son culebras. Las utilizan como tal para avivar el fuego en el mar de candela.

No bien salí de mi asombro ante la respuesta de Wayra, cuando en eso:

—¡Waq! ¡Waq! ¡Waq!...

Pasó encima de nosotros una cabeza voladora, una waqwa. En los pueblos, esa cabeza perteneciente a una bruja o a una mujer adúltera, cruza los campos en el silencio de las noches, haciendo resplandecer bajo la luna su alborotado cabello, dirigiéndose a los cementerios o hacia las quebradas en busca de agua para calmar la sed que la atormenta.

Su grito repentino nos había estremecido. Cuando ya nos repusimos y nos disponíamos a seguir adelante, unos ratones ya también, saliendo no sé de dónde, empezaron a cruzarse por nuestro lado haciéndonos saltar sobre unas piedras.

—Son hutchkas —dijo Wayra observándolas bien—, espíritus de los que conviven entre hermanos. Corretean como alocados por encontrarse prisioneros dentro de ese cuerpo tan pequeño. Quisieran liberarse y no pueden. Su mismo olor les da asco.

Me acordé de Felipe Uchasara y su hermana Caracciola que vivían a la salida del pueblo yendo hacia la puna, donde tenían sus chacritas. «Váyanse, en esta casa vive la hutchka», les amonestaron las personas mayores del pueblo. Y ellos entendieron. Muy a su pesar, tuvieron que irse, no se sabe a qué pueblos, a qué lugares, cargando el peso de su conciencia.

También habían jarjachas por estos lugares. Dando mordiscos a sus cuerpos sarnosos y llagados, corrían alocadas, gritando como pavos, ¡Jall! ¡Jall! ¡Jall!... Esos animales eran, según ya sabía, los espíritus de los padres que convivieron con sus hijos, de los abuelos con sus nietos, tíos con sobrinos y hasta los que fueron compadres. Entre esas jarjachas estarían seguro doña Severina y su hijo, que vivían pasando el puentecito de Puyopampa, hace muchos años, allá en mi pueblo de Illaurocancha. Varias veces los habían sorprendido encamados a ambos. Doña Valentina Diestra contaba que cuando estaban así, apareados, el muchacho se veía a ratos tal como era, y por momentos se le veía transformado en una llama, con sus patas delanteras sobre la cama, botando fuego... Asustados, al saber que todo el pueblo estaba enterado de sus relaciones prohibidas, y sin valor para separarse, tomando veneno murieron. Nosotros tuvimos que hacer ofrendas a los wamanis para que aplacaran su ira y no nos mandaran castigos.

Mientras avanzábamos por unos riscos, vislumbrando a lo lejos unos montales, vimos pasar volando de espaldas una bandada de pájaros.

—Son biocochos —manifestó Wayra—, así vuelan los pájaros de estos lugares.

En un claro de ese pedrerío, nos topamos con harta gente degollada, con cuerpos y cabezas que mallmaban tratando de encontrarse unos a otros. Cuando una cabeza y un cuerpo se encontraban, la cabeza, haciendo una fea mueca y sacudiendo los pelos apelmazados de tierra y sudor, a veces gritaba:

—¡No, este no es mi cuerpo!, ¡dónde está mi cuerpo!

Temerosos, nosotros nos pasamos por un ladito, cuidando de no toparlos.

—Esos que hemos visto son los nákaq o degolladores —me dijo Wayra—, brujos y brujas que se alimentaban con carne o grasa humana.

Dejando atrás los riscos, nos aproximamos a ese montal, lleno de aguazales.

Ladridos de perros embravecidos se oía a lo lejos.

Casi en seguida, oímos un tropel como de gente que corría hacia nosotros entre el aguazal. Clarito se oía que, ¡chaplac, chaplac, chaplac!, hacían sonar el agua. Quietitos nos quedamos escondidos entre unas matas. Los ladridos se oían ahora más para el otro lado, con menos fuerza.

Aguantando la respiración, vimos pasar muy cerca a nosotros a dos hombres uniformados, todo rotos y maltrechos, con las botas llenas de barro. Parecían marinos de la zona de emergencia.

—Mira, subamos a uno de esos guarangos —dijo uno sobreparándose—, ahí estaremos a salvo.

A duras penas, quejándose de los hincos de las espinas, lograron como sea encaramarse en el árbol y quedar semiocultos entre el follaje. Nosotros ahí al lado nomás, entre el monte tupido, los observábamos, sin que ellos por nada se dieran cuenta, mirando a lo lejos, preocupados por los perros.

—Esos allkos no nos dejarán en paz nunca —les oímos al ratito conversar—. Terminarán alguna vez despedazándonos.

—Y lo peor es que están guiados por los ollkaiwas, que buscan meterse en nuestro cuerpo para salvarse de su condena y dejarnos adentro su melancolía y sentimiento de culpa.

—Sentimiento de culpa que ya lo tenemos —comentó el otro— desde que matamos, allá en nuestra base naval de Ancón, a los perros que hoy nos persiguen.

—Quién iba a pensar que los mataríamos —se afligió su compañero—, si eran nuestras mascotas, nuestros animalitos queridos, que reemplazaban al hermano menor, a la madre o a la novia que estaban lejos.

—Cierto, nos daban calor de familia, ternura, sentimiento.

—El mío era lanosito, gordito, gemía como perrita y no como perrito, que hasta me ponía en duda si era machito o no; pero cuando le revisaba los huevitos, ahí estaban, bien puestos.

—Yo lo tenía siempre bien bañado, bien cuidado y hasta talqueado y perfumadito.

—Y yo hasta sacrificaba mi «rancho» para tenerlo gordito, papeadito.

—Ah, sí, había competencia entre los números para tenerlo cada quien más presentable a su animalito.

«—Cuídenlos —nos recomendó el oficial ‘Camión’ esa vez que nos repartieron a cada uno—, ya verán cómo les son útiles cuando crezcan en los operativos contra la insurgencia».

—Después que nos sacaban la chochoca en las campañas, aguantando varios días sin comer, avanzando por interminables cerros de arena, muriéndonos de sed, mi mayor consuelo era llegar a la base y abrazar a mi perrito.

—Igual yo, hom, sobre todo después de esas pruebas que a mí me jodían bastante, como la de atravesar pequeños abismos en los acantilados caminando sobre una cuerda, con otras a los costados para agarrarse, habiendo abajo peñolería donde las olas reventaban; o esperar echados las granadas que nos aventaban y escapar antes que explotaran, o cuando agarrando un cuchillo, teníamos que brincar sobre la candela, cruzar haciendo equilibrio sobre una cuerda tendida sobre una poza con excremento (¡ajjj! ¡qué asco!) y llegar hasta unos gatos ubicados al borde de la poza y matarlos con las manos, teniendo el cuchillo entre los dientes, y aún más, había que avanzar, ¿recuerdas?, hasta esa otra poza llenita de sangre de perro y bañarse en ella, luego mirarse en un espejo y dar gritos de coraje como si tu propia imagen fuera el enemigo.

—Todas esas pruebas, en realidad, eran soportables; pero la última, la que nos iba a dejar aptos para la guerra, sí que nos chocó de a de veras.

—Sí, tienes razón. «¡Todos a formar con sus perros! —me acuerdo que ordenó el oficial—. ¡Tienen cinco minutos, pumas! ¡Vamos, un último!».

Todos volamos a la perrera, y en seguida estuvimos formados ya esperando a ver cuál sería la orden.

—Y la orden desgraciada fue que había que colocar nuestros perros a cincuenta pasos al frente, volver a su emplazamiento, recibir el puñal que te

alcanzaban, avanzar hacia tu animal, destriparlo y regresar trayendo entre tus dientes su corazón vivito.

—Ni cómo incumplir la orden. Toda la oficialidad estaba ahí observándonos.

—Yo llorando por dentro, hom, le arreé nomás la cuchillada a mi animalito, con todas mis fuerzas, para que no sufriera. No me olvido sus ojos sorprendidos y rencorosos cuando agonizaba.

—Pucha, a mí también me atacó una desesperación como si hubiera acabado de matar a mi padre o a mi madre.

—Y lo peor fue que ahí no quedó todo. ¿Te acuerdas que después pusieron música y pobre de aquel que no bailara y no aparentara estar alegre?

—Claro. Por eso será que después, en Accomarca, luego de encerrarles en tres chozas, meterles fuego cruzado con las metralletas y arrojar granadas a los cadáveres de los sesentitantos comuneros que arrestamos, entre hombres, mujeres y niños, acusándolos de terrucos, prendimos fuego sin ningún reparo a las chozas y, tranquilamente, nos pusimos a hacer pachamanca con sus animales y empezamos a beber y bailar con música a todo volumen del tocacinta.

—Y también en la quebrada Balcón, ¿recuerdas? Aunque ahí sí fueron terrucos auténticos los que aniquilamos.

—Sí, lástima que a nuestro regreso nomás hacia nuestra base, cayéramos en Erusco, en la emboscada dirigida por el propio Abimael Guzmán, en donde con apoyo de no menos de cien comuneros de Cayara, Huancaraylla y Llusita, volaron el camión donde viajábamos.

—Sí, hom, pero... escucha, escucha, Peña, ¿no son ladridos los que trae el viento?... Parece que los perros han cogido de nuevo nuestro rastro.

—Sí, clarito reconozco los ladridos de Capitán y Montonero, nuestros perros, entreverados en esa jauría maldesada, encabezados por esos ollkaiwas. Mejor huyamos. Creo que de veras por acá se vienen.

Por temor a que nos descubrieran los ollkaiwas, Wayra y yo nos metimos ciegamente por lugares donde había espinas de tankar kishka, sabiendo que esos demonios les temen.

Lejitos les vimos pasar al poco rato, delante de una manada de allkos, oliendo el rastro de los fugitivos. Dos eran los ollkaiwas. Recién los conocía. Cierto, así como decían eran: mitad perro, de su cintura para arriba, y mitad gente de su cintura para abajo.

—Estos son los que hacen llover por las regiones donde habitan —dijo Wayra—, pues cada vez que miran el cielo con sus ojos lacrimosos se desatan lluvias torrenciales.

Calculando que ya no nos sentirían, reemprendimos el viaje observando que más allá el monte se hacía más tupido todavía.

... ¿La plaza de Vilcashuamán? ¿Ese lugar donde antes fue el centro del poder y residencia del inca Pachacútec?... ¡Vaya!, había estado soñando. Los terroristas la atacaban y los guardias caían huicapeándose como pollitos heridos por picotazos de águila... Así sería seguro esa vez que los terrucos la atacaron saliendo de su escondite de entre las ruinas... Yo alcancé a ver algunos rastros de aquella sangrienta batalla cuando pasé por ahí en carro dirigiéndome a Andahuaylas, llevando a vender varios sacos de habas... Tamañazas manchas de sangre y restos humanos por todas partes... La comisaría estaba destruida totalmente, aún humeaban los escombros... Tres guardias habían quedado destrozados por impactos de bazukas, según dijeron... En helicópteros habían transportado en estado muy grave a varios policías, así como tres cadáveres, entre ellos el del alférez Molero, jefe del puesto policial... Los terroristas, según contaba la gente allí reunida, habían fugado en un camión llevándose a sus heridos y algunos cadáveres... Era época de lluvias intensas y yo volvía de Andahuaylas... en el radio del ómnibus nos enteramos los pasajeros que los facciosos habían atacado

Huanta ya también, que habían dejado a la ciudad sin luz eléctrica y hablaban de muertes en intensos combates de tres o más horas... Que había otro grupo que rodeó Huamanga pretendiendo dizque «cercar las ciudades desde el campo»..., pero que fueron rechazados por los sinchis y los llapanaticos, cuerpos especializados de la policía... Harto hablaban de la camarada Edith, así como de otra, llamada Carla, y de Omar, quienes habían dirigido el ataque... Ahí se supo también que los que dirigieron el ataque a Vilcashuamán fueron Angicha y Santos... El ómnibus en el que yo viajaba era uno de la Cooperativa de Transportes Carmen Alto y me acuerdo que cuando estábamos ya cerca de Toccto nos interceptaron un grupo de encapuchados, armados de metralletas... Feo nos asustamos la gente... Pidieron al chofer la relación de los pasajeros y a nosotros que nos identificáramos con nuestros documentos personales... Esa vez yo me había olvidado de llevarlos y no tenía qué mostrar... me puse nervioso... Me he olvidado, señores, les dije nomás... Me miraron de mala forma... ¡Y por qué tiemblas, carajo!, me gritaron... rebuscaron mis costalillos... Después se consultaron entre ellos... Hasta que acercándose uno, me dijo, Por esta vez perdonamos, ten cuidado para la próxima... Este que me había hablado así, llevaba pasamontañas rojo y yo pude reconocerlo por su traza y por su voz, que aunque fingida, a mí no me engañaba. El Liborio era, su hijo de doña Rosa Cuchillo... O sea pues que estaba reconociéndome y por eso me perdonó... No sucedió lo mismo con una señora que tenían en su lista, a quien bajaron inmediatamente... Después sacaron unos folletos y pidieron colaboración voluntaria. Es para la lucha armada, decían mientras los repartían... A esa señora que la bajaron, familia de un sinchi, luego de hacerla arrodillar, le pegaron un balazo. Eso ocurrió apenas reiniciamos el viaje...

Por un camino orillado de yerbasantas y puylloshas, asustando a las cuculas que merodeaban los trigales, ustedes entraron aquella mañana de buen sol a Illaurocancha, algunas horas después de dinamitar dos puentes: el de Toccto, que comunicaba con Ayacucho, y el del río Pampas, en la ruta a Andahuaylas.

Eran alrededor de cien, entre masas y combatientes —hombres, mujeres y niños—, los que hicieron su ingreso en la población. La mayoría, gente de lugares cercanos como Pujas, Umaru, Buenavista, Llakores, Cceraorko, Pajonal, Ayrabamba. Vivando y agitando sus machetes, hachas, rejonos, cuchillos, garrotes, lazos de cocobolo, carabinas, fusiles y hasta metralletas, fueron aproximándose a la plaza, algunos cubiertos con pasamontañas, bufandas o pañuelos y otros, los extraños, con el rostro descubierto.

Angicha y Santos se encargaron de distribuir los grupos. Unos se iban a hacer pintas en las paredes, otros a colocar la bandera comunista en el mástil de la escuela, dos a subir a la torre de la iglesia a tocar la campana y la mayoría a recorrer el pueblo, casa, por casa, a convocarlos para una asamblea popular.

Mientras tú te dirigías con un compañero a la torre de la iglesia, creías aún percibir en tus oídos el estruendo de la caída de los puentes, haciéndolo temblar la tierra, con el agua saltando por los aires.

Parada sobre un pequeño muro de la plaza, con su metralleta en bandolera, Angicha se dirigió a la multitud de ponchos, llicllas y sombreros:

—Queridos compañeros, hermanos de Illaurocancha, la voladura de dos puentes que hemos hecho antes de venir acá, significa la destrucción de la vieja sociedad, de la sociedad caduca, donde solo hasta ahora nomás han estado gobernando los ricos, los poderosos, los que al pobre campesino y al pobre obrero lo han estado matando de hambre, sumiéndolo en la mayor pobreza y analfabetismo. Nosotros vamos a destruir, compañeros, esa vieja sociedad para construir otra donde no haya hambre ni miseria y todos seamos

iguales: la sociedad socialista, compañeros, la República Popular de Nueva Democracia, que lidera nuestro guía, el camarada Gonzalo, faro de la revolución mundial...

Interrumpiéndola, arrancaron las palmas de ustedes, sus acompañantes, mientras el resto del pueblo se había quedado callado, mudo, sin acción.

—¡Viva el camarada Gonzalo!

—¡Vivaaa!

—¡Muera Belaúnde!

—¡Mueraaaa!

Y mientras continuaban los aplausos y se voceaban otras consignas, ustedes, los senderos, brazo en alto, agitaban sus armas. En el palo mayor de la escuela, flameaba ligeramente la bandera roja con la hoz y el martillo. Lejos, sobre los tejados, volaban bandadas de palomas.

—Las carreteras y los puentes, además, compañeros —elevó la voz nuevamente Angicha—, solo sirven para que pasen los carros de los ricos, para los camiones de los comerciantes, los ómnibus de las empresas; o sea, pues, para los que amasan sus riquezas exprimiéndolo al pobre campesino. A nosotros, compañeros, que no tenemos riquezas, no nos hacen falta. En la nueva sociedad que a partir de hoy vamos a construir, los productos no van a tener fines de lucro. No van a ser para que se enriquezcan solo unos cuantos, sino que van a estar al servicio de todos. Aquí vamos a aprender a compartirlo todo. No vamos a producir para vender, solo para nuestro consumo. A las ciudades las vamos a dejar aisladas, compañeros, vamos a fregar a los capitalistas.

Nuevamente los aplausos de ustedes y ahora sí los del resto de la gente también, despacito, medio con miedo con miedo.

Una nube que pasa empieza a taparlo al sol y el día se oscurece levemente.

Después que terminó de hablar Angicha entre vivas y hurras de todos, subió al murito uno de los encapuchados que dejaba ver como algunos otros

solo los ojos y la puntita de la nariz.

—A partir de ahora, compañeros —habló sin que nadie lo presentara—, tal como lo ha expresado la compañera Angicha, por la voluntad de sus hijos predilectos y de todo el pueblo peruano alzado en armas, Illaurocancha tiene el privilegio, antes que muchas otras comunidades, de formar parte del Nuevo Estado, siendo declarada a partir de este instante por su Ejército Guerrillero Popular: ¡Zona liberada!, bajo el gobierno directo del presidente Gonzalo.

Y todos los senderos vivando, agitando sus armas:

—¡Causachum el presidente Gonzalo!

—¡Causachum!

Y como para hacer fiesta, un dinamitazo reventó a un costado de la plaza, donde no había gente, haciéndolos asustar a muchos, que quisieron desparramarse.

No, no corrieran, compañeros, ese dinamitazo era de alegría y no por otra cosa.

La gente recuperó la calma, y el hombre volvió a su discurso: A partir de hoy, continuó, oyeran bien, esto era importante: los que habían estado desempeñando cargos del Gobierno quedaban destituidos, la revolución nombraría a sus propios representantes, compañeros. Y, a propósito, ¿el teniente gobernador se encontraba allí? Sí, ahí estaba: don Aurelio Huilcahuari era, quien levantando la mano dijo con voz temblorosa, Él, aunque de Acción Popular, el partido de Gobierno, no estaba en contra de ustedes, señores, y si querían que renuncie, yo renuncio, no haría problemas.

Respondiendo a eso, el encapuchado dijo que estaba bien, que renunciara así, voluntariamente; pero que tuviera mucho cuidado de estar instigando o poniéndose del lado de los sinchis cuando estos vinieran. Si alguno no estaba de acuerdo con la política que iban a imponer, se le respetaba; aunque eso sí, tendrían que irse, sin llevarse nada.

Después preguntó por el agente municipal, don Edilberto Huarhua, que era aprista. No se hallaba presente. Volviendo entonces a retomar su discurso, el encapuchado hizo una invocación a los jóvenes illaurocanchinos que no estaban todavía dentro del ejército guerrillero popular a que se incorporaran lo más pronto posible, pues la revolución necesitaba urgente, compañeros, el concurso de sus hijos más valerosos en las trincheras luminosas del pueblo levantado en armas...

Nuevas vivas y aplausos lo interrumpieron:

—¡Viva la revolución, compañeros! ¡Viva la juventud illaurocanchina!

—¡Vivaaaaa!

Don David Janampa, presidente de la comunidad, pidió la palabra y dijo que él iba a dar a sus dos hijos, Diómedes y Micaela, para que integraran los destacamentos. Los compañeros aplaudieron.

Finalmente, Mario Buitrón, el maestro, hizo alabanza de los alzados. Felicitó al presidente de la comunidad y pidió al pueblo de Illaurocancha hacer celebración de ese acontecimiento con una verbena popular, porque había que recibir con alegría, aun en medio de la guerra, la dictadura del proletariado, que en este día histórico se iniciaba en nuestro querido Illaurocancha, compoblanos.

Otra vez los aplausos y vivas. Y ante la sorpresa de todos, el encapuchado se quita la máscara de lana y la gente al reconocerlo al Nieves Collanqui, saliendo de su asombro, aplauden alborotadamente en tanto él agita su fal en actitud de triunfo.

—Tenemos que pasar este montal —me dijo Wayra cuando nos internábamos en un lugar de enmarañada vegetación desde donde se observaba a lo lejos, sobre la espesura, un vivo resplandor en medio de esa luz como de luna que nos alumbraba.

—¿Y esa luminosidad? —le pregunté.

—Es del Marañón —me dijo—, del mar de candela. No temas, no va a ocurrirte nada estando conmigo.

—Eso dijo. Sin embargo, yo no dejé de estremecerme.

A nuestra derecha se alzaba una alta y larga cadena montañosa que blanqueaba tal si estuviera hecha con el mismo material de la luna.

—¿Y esa montaña, Wayra?

—En esa montaña se hallan rodando, lastimándose sobre las piedras, las qoljalias, las vísceras de los glotones, que se desplazan solas como cuerpos vivos. También están ahí, metidas de cabeza en un hoyo, las mujeres que voluntariamente abortaron a sus criaturas. Otros penantes son aquellos que cargan pesadas rocas a la espalda trepando hacia la cumbre. Rocas que nunca acaban de acarrear.

«Hay quienes trabajan abriendo túneles, socavando la tierra, para ampliar las galerías y compartimientos del Supayhuasi».

—¿Y es cierto que a esas almas les dan unas sandalias de fierro para que trabajen hasta acabarlas?

—Cierto, aunque a algunas les dan de oro y a otras de bronce. Al otro lado de esa montaña pasa el Marañón, sin fuego aún. En las horas de descanso, los condenados van a lavar su ropa a sus orillas. Allí hormiguea la gente. Lloran su suerte y recuerdan a su familia y a su tierra. Mientras lavan su ropa, aprovechan a veces algún descuido de sus guardianes para raspar apresuradamente y a escondidas, con unas piedras ásperas, sus sandalias, a fin de desgastarlas cuanto antes. Cuando ello ocurre, ya son salvas.

En la penumbra de ese monte espeso, veíamos, en tanto nos abríamos paso con dificultad, reptiles que se arrastraban sobre tierra cenagosa. Un sordo batir de alas de enormes murciélagos se levantó entre las ramas crujientes. Hombres, que habían dejado de ser humanos y estaban tomando aspecto de fieras, como sombras cruzaban esos terrenos pantanosos. Más allá, un

entrevero de gruñidos, jadeos, chapoteos, entre una gritería de sapitos nos hizo detener.

—¿Por qué chillan tanto esos animalitos? ¿Qué padecimientos tienen?

—No son sapitos, como debes estar pensando —respondió Wayra—, son voces de personas que padecen el hielo de las aguas que inundan esos carrizales. Afina tu oído y escucha.

Haciéndole caso, me puse a orejear. De veras. Voces de gente era, que hablaban en un gran entrevero. Aunque también debían gritar sapitos porque a ratos tapaban la conversación de las personas.

—Nos decían cachacos robagallinas, rateros, abusivos...

—... por una calle de Ayacucho, claro...

—... tenía guardada en su casa la calavera del mando...

—... la matanza de los comuneros de Runguyocc...

—... habló del cretinismo parlamentario de la izquierda...

—... duró el ataque. Luego caminamos siempre de noche...

—... se llenó de rabia: ahí mismo organizó una patrulla...

—... en el día nos tenían escondidos en cuevas...

—... dispara, compañera, dispara, le grité...

—... trece efectivos bien armados y con pasamontañas...

—... era hoxhista aunque lo negara...

—... dimos muerte a los tres ingenieros y al chofer...

—... campo el teatro principal de las acciones...

—... todos en fila y con las manos...

—... la lucha de las dos líneas, compañero...

—... su responsabilidad en la matanza de los penales...

—... pero la muchacha se tocó de nervios y...

—... nosotros los yana umas con nuestro comandante Huayhuaco...

—... primero contra Belaúnde, después contra García...

—... después fuimos a emboscar a los soldados... a mí me...
—... en Uchuraccay luego de la masacre de los periodistas...
—... le cortó ambas orejas, seccionándole...
—... ¡basta de sentimentalismos! dijo la camarada...
—... aprista Melgar con lentes ahumados... Pércovich y Mantilla...
—... la línea oportunista de derecha...
—... fosas comunes en Pucayacu, en Pomatambo, Accomarca, Cayara...
—... tú te llamas Ruth, es tu nombre de guerra...
—... y aunque la felicitábamos, ella lloraba...
—... prendí la mecha con mucho miedo pero lo...
—... el general Noel, jefe de la zona de emergencia...
—... pedían dinero en nombre de los terrucos...
—... el Comité Central lo respaldó por entero...
—... ¡bajen ese trapo rojo!, dijo el teniente... nosotros...
—... ¿narco Huayhuaco? ... yo no...
—... violamos a las terrucas, después lanzamos granadas...
—... los mandos regionales, dijo el presidente Gonzalo...
—... la sagrada familia en Ayacucho...
—... por soplón, sí, por soplón lo matamos...
—... Vargas Llosa alentó a Huayhuaco y...
—... nos rocketearon desde los helicópteros...
—... García Pérez le dio su pistola...
—... él era de apoyo, no era combatiente...
—... no te rosquetees, decía el teniente, dispara...
—... comités populares, o sea dictaduras conjuntas...
—... fueron aniquilados más de ochenta, eso fue lo real...
—... las etapas de la guerra de guerrillas...
—... con lo de Lucanamarca, les dimos la lección, dijo...
—... ¿de las rondas? Sí, yo, Edilberto Huarhua...

¿Edilberto Huarhua había dicho? ¿Edilberto Huarhua? De Illaurocancha era. Sin saber ni por qué, lo llamé emocionada:

—¡Don Edilberto! ¡Don Edilberto!

Y, como por encanto, toda esa bulla se silenció de un de repente. En seguida, se escuchó, ¡ploc! ¡ploc! ¡ploc!, un ruido como de sapitos que se aventaran al agua.

—Vamos —dijo Wayra—, así sea la misma persona que conociste, ya no podrás reconocerla. Avancemos.

De ese modo fue que reemprendimos la marcha sobre ese suelo con altibajos, donde el agua en ciertas partes me llegaba a las rodillas y a Wayra medio lo quería tapar y en otras apenas había solo un poco de humedad. El lugar era salitroso y, según mi acompañante, no muy lejos había un pantano. Pasando ese pantano recién dizque se acababa el monte, Que pusiera buen ánimo, paciencia, ya saldríamos.

Sorteando sorteando los lugares anegados, llegamos a una parte donde, de veras, la tierra retemblaba a nuestros pasos. Era tierra negra, fangosa. Wayra avanzaba delante de mí, tanteando tanteando los lugares más o menos firmes por donde yo debía pasar.

Salvando unos totorales fue que apareció el pantano, grande, enorme, como una laguna. ¡Ishshsh!, se levantaban burbujas, tal si abajo se hallaran respirando. Paraditos, nos quedamos mirando, maliciando que algo iba a salir de allí. Y como qué, al ratito, quejándose y suspirando, emergieron cabezas chorreantes de barro, por acá y por allá. Una de ellas empezó a hablar con voz ronca, estropajosa, en medio de un viento que hacía crujir el monte:

—Yo, Mañuco Julca, de Uchuraccay, más conocido como Iquichano, no me arrepiento de haber matado terrucos como cancha, a hachazos y machetazos, cuando estos, después de haber llegado a la hacienda San Antonio y haber victimado a golpes a los patrones, nos obligaban a los campesinos a formar todos los días para hacer ejercicios, y solo porque uno

de nosotros dijo, Yo haciendo ejercicios no gano nada, tengo mujer e hijos, necesito trabajar; solo por eso, y porque se salió de la formación para irse a su chacra, fue que lo agarraron los terrucos, No trates de levantar a los demás diciendo; y para escarmiento dizque, amarrándolo a una piedra, cerca a la casa comunal, le colgaron en el pecho varias cargas de dinamita y lo hicieron volar. Por eso, esa misma noche, llamándonos con aullidos de perro, enrabiados, nos reunimos los comuneros y acordamos vengar la muerte de nuestro compañero. Toditos rodeamos la casa-hacienda donde descansaban los senderos y les dimos muerte.

Después que ese hombre habló así, otra sombra alzó su cabeza chorreando ceno:

—¡Eres un cabeza negra, Iquichano, un traidor y un mentiroso! Fueron los militares y tus patronos quienes te metieron a sus mesnadas para combatirnos. El escarmiento que dimos a tu paisano solo fue un pretexto tuyo para incitar al resto y dar cumplimiento a tus negros fines de servir a tus amos...

—¡Basta! ¡Son calumnias! ¿Quién eres? —resopló el primero tratando de sacarse el barro de los ojos.

Otras cabezas, roncando como atoradas, empezaron a emerger.

—Justamente —respondió el otro— uno de los que hizo granizar balas sobre tu cuerpo en la quebrada de Aranjuy cuando ibas de guía de los sinchis.

—¿Tú? ¿Tú me mataste?

—Sí, yo, Toribio Nina, combatiente de apoyo en la columna que dirigía la camarada Carla...

—¡Anda, maldesao, ahora verás!

—¡Sí, acércate! ¿Ves esos que se levantan a tu alrededor?..., Son comuneros de Chaca, a quienes por tu culpa los sinchis los barrieron...

Y mientras nos alejábamos asustados, oíamos que chapoteaban en el barro, jadeaban, maldecían, luchaban...

Después de declarar zona liberada a Illaurocancha, me acuerdo que los senderos se fueron diciendo que volverían pronto a establecerse definitivamente... El agente municipal, don Edilberto Huarhua, al regresar de Ocos en donde había estado y al enterarse de lo ocurrido, inmediatamente se volvió a ese pueblo, que es la capital del distrito, a denunciar los hechos ante las autoridades y a solicitarles garantías urgente... Mas cuando llegó, encontró que en Ocos el puesto policial había sido dinamitado, la oficina de correos incendiada y ajusticiados el alcalde y un comerciante... Don Edilberto al volver dijo que a pesar que todo eso había ocurrido, la gente de Ocos se había resistido a ser sometida... Las principales familias habían huido hacia Andahuaylas o Huamanga... y el control de los hombres de Abimael Guzmán no se había producido... Aquí nosotros también debemos resistirnos, dijo, no hay derecho a que ideologías extrañas vengan a imponernos. Como los pokras y los chancas, nuestros antepasados, que lucharon hasta el último antes de ser sometidos por los incas, así nosotros también debemos luchar, y terminó dando vivas al Apra... Sin embargo, fueron muy pocos los que le dieron la razón. La mayoría estábamos confundidos o atemorizados... Cuando los senderos regresaron como a la semana, ya estaban informados de lo que había hablado don Edilberto... Inmediatamente, lo capturaron y arrastrando lo llevaron a la plaza entre varios. Lo rociaron con gasolina porque lo iban a quemar, según dijeron... Hubo alboroto en el pueblo, lloradera de las mujeres y niños... ¡Aquí no hay sentimentalismos,

camaradas!, rugió uno que le decían Omar, alto y cuadrado, de cabeza pequeña, el Partido es drástico con los soplones y traidores. No perdona nada. ¡Basta de lloriqueos!... Don Edilberto Huarhua, que al comienzo había hecho resistencia forcejeando con sus captores, bajó un poco su agresividad y todo pálido y tembloroso negó haber viajado a Ocos a hacer denuncia alguna, que él solo había ido a ver la posibilidad de que sus hijos estudien allí, que todo

era calumnia de sus enemigos seguro, porque no había ninguna prueba que él había ido a denunciarlos... Eso los puso en duda a los senderos... Cuando Santos hizo consulta al pueblo si debía ajusticiársele o no, todos gritamos que no, que se le diera otra oportunidad, que nadie tenía pruebas en su contra... Medio de mala gana lo dejaron, aunque no se salvó de que lo raparan y le dieran diez latigazos bien dados por la espalda... Después advirtieron a todos que tuviéramos mucho cuidado, porque el Partido tenía mil ojos y mil oídos... y ahora que los sinchis iban asomarse seguramente, tuviéramos muy en cuenta estas tres reglas de oro: primero, ante lo que viéramos fuésemos ciegos; segundo, si algo oíamos, éramos sordos; y después, éramos mudos... ¡Vaya!, empezó la lluvia... afuera las pichuchankas estarán que se esconden en el follaje de los eucaliptos y los otros pajaritos chicos buscando abrigo entre las matas de puyó y yerbasanta... Un viento fuerte sopla queriendo levantar las tejas... ¿y esa gotera?... ¡ufff!, no la había visto... está mojando la pared... Apenas me sane debo taparla, antes que estropee la casa...

... Asustado de lo ocurrido con don Edilberto Huarhua, el ex teniente gobernador, don Aurelio Huilcahuari, abandonó Illaurocancha a los pocos días nomás, dejando encargadas sus cosas por acá y por allá, abandonando sus terrenitos... Cuando los senderos volvieron, luego de crear nuevas bases de apoyo en las poblaciones vecinas, se instalaron en la casa comunal... Santos organizó el gobierno del pueblo bajo un comité popular... y Angicha se encargó de formar la milicia... La primera decisión de aquel fue que los comuneros debíamos sembrar solo una yugada de terreno por familia... esto es quinientos metros... Vamos a sembrar solo para comer, dijo, que no salga nada para la ciudad... a esto le llamaban la «táctica del levantamiento de cosechas»... Tampoco podíamos vender nuestros animales... Coman ustedes decían, para qué vender; aliméntense en vez de estar vendiendo... Prohibieron también que compráramos alimentos de las ciudades, a no ser sal

y azúcar... Acá hay huevos, hay leche, carne, queso; todo hay, nos decían y ordenaron que construyéramos silos para almacenar la comida... Para que cuando los cachacos vengan no encuentren nada... Hasta ropa prohibieron que entrara de la ciudad... dijeron que pondrían tejedores para que produjeran telas y nos pudiéramos vestir... Entre nosotros tampoco debía haber comercio... los comerciantes son rateros, decían... Don David Janampa fue elegido responsable de la milicia... Al comienzo empezamos a trabajar en minkas con las demás comunidades... Unos días trabajábamos aquí en Illaurocancha y otros en Cceraorko, Umaro, Llakores, Pujas, Buenavista y en lugares más retirados, Ayrabamba, Pajonal, por ahí... Era mucha gente la que se movilizaba... Comenzamos a limpiar los desmontes, preparar terreno para las siembras, arreglar los corrales... Muchos trabajábamos con desgano, un poco por temor, solo para que no nos llamaran la atención... y como no podíamos sembrar más de quinientos metros, el resto de las chacras se estaban quedando secas... Había gente que quería irse, otras se habían unido... Se vivía en zozobra, pensando que cualquier rato asomarían los cachacos... Algunos días los de la milicia, formada especialmente por jóvenes, se iban a los pueblos altos de Andahuaylas: Ongoy, Chicmu, Pacucha, Chiara, Acosvinchos y a la selva del río Apurímac a hacer conquistas pacíficas... Cuando volvían, a veces acompañados de Edith, que más paraba por esos lugares, llamaban al cabildo y ahí informaban... todos nos reuníamos... Una vez llegaron trayendo una punta de reses... dijeron haber confiscado la granja comunal de uno de los pueblos y que habían hecho reparto entre todas las comunidades, y cuando nosotros cosecháramos también, de igual modo retribuiríamos a esos pueblos que nos daban lo que tenían... Algunas noches llegaban, de paso, jefes de grupos armados que operaban en zonas alejadas, armados con fusiles grandes, metralletas, bombas, carabinas y revólveres... Hablaban de sus avances, de cómo iban a administrar las cosas, concientizaban a la gente... A veces

mencionaban a un tal Marx, Lenin, pero no entendíamos bien quiénes quiénes nomás eran esos señores... Más hablaban de un chino llamado Mao y del presidente Gonzalo, de quienes nos mostraban sus fotos en unos papeles grandes... Los niños llevaban un cuaderno donde les hacían anotar la historia de la revolución china y hasta los veintiún saludos que todo revolucionario dizque debía aprender de memoria y sin equivocarse... En las asambleas advertían que la gente tuviera mucho cuidado en su comportamiento... que se juzgarían a los violadores, adúlteros, abigeos, ladrones y soplones... Como en de veras ocurrió después cuando se formaron los comités populares en las bases de apoyo...

La primera muerte que vimos en estos lugares en aplicación a la justicia popular que decían fue la de José Villantoy, que había robado un radio y plata en un anexo de Chiara haciéndose pasar por senderista... Faltó a una de las reglas que decía: «No tocar ni una hebra de hilo ni una aguja del pueblo en provecho propio»... Lo agarraron y lo llevaron a la plaza... Varios lo acusaron de haber sido víctimas también de sus robos... Los mandos, instalados junto a una mesa donde habían colocado el trapo rojo con la hoz y el martillo, hartos hablaron que era urgente hacer escarmiento para librar de las costumbres negras dizque del capitalismo a la nueva sociedad...

Después de pedir votación, dictaron sentencia: debía ser ejecutado... Entonces lo amarraron a un poste... Micaela, la hija de don David Janampa, que junto con su hermano Diómedes ya andaba con la columna de los subversivos, fue designada para hacer cumplir la sentencia... La muchacha quedó desconcertada, pálida y nerviosa, cuando le alcanzaron el revólver, No, yo no puedo, compañeros, dijo, el José es como mi familia, hemos estudiado juntos en la escuela... Vamos, camarada, le dijo Angicha, tienes que hacerlo; es necesario temprar el espíritu para la guerra. ¿No ves que es un traidor, que ha faltado a las reglas de nuestro Partido?... Sí, pero no puedo, balbuceó

ella... Omar se acercó rabioso, ¡Ejecútalo!, le dijo, es una orden, y las órdenes del Partido se cumplen... Micaela, con el arma en la mano, se puso a llorar... Entonces, el José Villantoy, alzando su rostro cenizo de moribundo, ¡Dispara, Mica, le dijo, cierra los ojos y dispara, olvídate que fuimos amigos!... No puedo, no puedo, decía ella... Angicha, a empujones, la colocó muy cerca del muchacho... ¡Vamos, dispara!, le ordenó... Algunos del pueblo también la alentaron, ¡Dispara, Micaela, dispara!... Ella entonces alzó el arma y disparó... Santos pidió aplausos... Varios aplaudimos solo por seguir a los demás... En ese momento, Micaela cayó desmayada... Cargándola, don David Janampa se la llevó.

... En otra oportunidad, trajeron a dos hombres acusados de abigeato y a uno de soplón... Calatitos y con las manos amarradas los hicieron llegar... A campanazos llamaron a asamblea popular... A los abigeos, por no poderles probar los cargos, solo los azotaron con cincuenta rebencazos y los dejaron libres... Al otro sí lo acorralaron para matarlo, porque era dizque un perro que no merecía vivir... Le introdujeron de golpe el cuchillo en la garganta, de punta... La sangre chispeó arqueándose... El hombre, con la desesperación de la muerte, agarró el mango y de un tirón se lo sacó... y lanzó un tajo al aire nomás, salvándose por una nadita la barriga del senderista Omar, quien le había clavado el cuchillo... El hombre se lanzó a la carrera seguido de los milicianos, los que de una pedrada lo hicieron caer, cerca del puente; luego, a garrotazos lo mataron...

... Pero lo que le ocurrió a Vilma Huarhua fue diferente... esto sucedió cuando cierto día le llegó a Petronilo Ccorise un papelito donde le daban plazo de setentidós horas para que abandone el pueblo sin llevarse nada y antes que regresaran los firmantes que eran los de Sendero Luminoso... Esos días no estaban los jefes ni los responsables del comité popular. Se hallaban

ausentes realizando acciones de sabotaje y aniquilamiento, según dijeron... Al enterarse de aquello, a su mujer le sobrevino un ataque de nervios... Ella quería irse lo más antes posible, tenía mucho miedo... Entonces, Petronilo le dijo, Pero si nosotros no hemos hecho nada, si nos vamos vayan a pensar que tenemos alguna culpa... tengo que saber primero por qué nos botan... Mira, le dijo, tenemos setentidós horas. Dame la mitad de ese tiempo para solucionar este problema. Si en ese lapso no he hecho nada, nos vamos inmediatamente... Agarró su caballito y se marchó inmediatamente a buscarlos por la ruta de Ayrabamba... Preguntando preguntando se aproximó al campamento donde se hallaban... Los vigías al verlo lo detuvieron, qué quería, qué hacía por allí... Él les manifestó que tenía un asunto urgente, personal, que deseaba hablar con los mandos... Fue así como pudo conversar con Santos y Angicha... Mostrándoles la nota, les dijo que quería saber cuál era la causa por la que ellos le daban ese plazo, si yo nada he hecho contra ustedes, no comprendo... ¿Ah, sí?, le dijeron sorprendidos, ¿esto te ha llegado?... Consultaron entre ellos, después Santos le dijo, Vuelve tranquilo, danos ese plazo de setentidós horas para ver este asunto, luego te diremos lo que tienes que hacer... y verdad, antes del plazo previsto, un pelotón bajó de las alturas e inmediatamente apresaron a Vilma Huarhua, su prima, y a Justino Vilca... Lo que había sucedido era, y esto no se sabe cómo lo supieron los senderos, que el Justino Vilca le había ofrecido pagar con un toro a Vilma si esta dejaba la nota y se comprometía cederle, después que Petronilo y su familia se hubieran ido, el terrenito que colindaba con su chacra, toda vez que por ser Vilma su única familia a ella se lo dejarían... y pensando seguro que Sendero no iba a durar mucho, porque ya se voceaba que ante el fracaso de las fuerzas policiales y de sus unidades antisubversivas —los sinchis y los llapan atics— las fuerzas armadas iban a tomar a su cargo la lucha contrainsurgente... De veras, Sendero tenía mil ojos y mil oídos. Petronilo no sabía cómo, pero la prima ya estaba ahí en su delante,

declarando... Vilma Huarhua, que era viuda, media hora antes dormía profundamente en su choza con sus tres hijitos menores, quienes despertaron gritando con el estrépito de la puerta y el alboroto de los perros cuando ingresaron los terroristas... Vilma fue arrastrada de los pelos hasta la plaza... el llanto de sus criaturas acompañó sus gemidos... Después del juicio que le abrieron, fue ultimada de siete puñaladas, sin tomar en cuenta los ruegos de Petronilo, que la perdonasen, que no había sabido que se trataba de ella... Ese mismo rato, otro grupo lo trajo arrastrando al Justino Vilca... Amarrado a un pilar lo dejaron toda la noche... Al día siguiente, después que Angicha leyó de un cuaderno las confesiones del acusado, se pidió a la gente reunida en la plaza votar a favor o en contra de su muerte; por probar nomás seguramente, porque ya se sabía que lo iban a matar... Todos teníamos en mente que por su culpa habían victimado a Vilma Huarhua y quedaban tres huérfanos... y creímos que era justo que debía pagar sus culpas... La mayoría levantamos la mano. Entonces desataron a Justino, lo pusieron boca abajo y Omar se colocó en su encima con un puñal en la mano. Damián y Diómedes lo ayudaron a inmovilizar al sentenciado... y vimos cómo le clavó el cuchillo por la nuca... y cómo salpicó la sangre... Una niña gritó malamente, haciéndolo amargarse a Omar... ¡Silencio, carajo!, dijo, ¡Aquí nadie llora!... El Justino Vilca clamaba, ¡Mátenme con bala, taitas, no me hagan padecer de esta manera!... y como la gritería se contagió, Santos se vio obligado a sacar su pistola y dispararle en la cabeza. El otro pataleó un poco, después se quedó tieso...

Justamente para avanzar en la consigna «abrir zonas guerrilleras en función de las bases de apoyo» es que ustedes se ausentaban seguido seguido de Illaurocancha. Esta vez estaban retornando luego de una semana de alejamiento. Se hallaban por las alturas de la provincia de Víctor Fajardo, muy lejos todavía de la ansiada querencia. Antes pasarían por Accomarca,

Llocllapampa y Cayara a fin de entregar a los compañeros comisarios parte de los explosivos que cargaban.

Ayer nomás atacaron el asentamiento de Minas Canaria, en donde luego de reducir y apoderarse del armamento de los guardias, confiscaron para la revolución, según palabras de Santos, sesenta mil cartuchos de dinamita del polvorín de la mina. Por primera vez en mucho tiempo, no hubo crueldad con el enemigo. A los guardias solamente les raparon la cabeza, advirtiéndoles, eso sí, que si no renunciaban a seguir perteneciendo a las fuerzas reaccionarias otra vez no se salvarían. Al único que quedó herido durante el asalto, Angicha se acomidió en curarlo. Después de restañarle la sangre, le aplicó unas vendas. Ojalá así fuera siempre, pensaste, cuando aún estaban frescas en tu cabeza las ejecuciones hechas en las bases de apoyo y en otras comunidades y que por nada aprobabas por considerarlas muy crueles e inhumanas. Habías visto cortarles la lengua a los soplones, sacarles los ojos a los traidores y matar a algunos delante de sus padres o sus criaturas. «Es la masa la que se desborda, compañero», se había justificado Santos cuando le hiciste ver que bastaba con meterles un balazo a los culpables y no hacerles padecer tanto. «No se la puede detener si está en su gusto desquitarse», añadió. Mas de ningún modo logró convencerte.

Alrededor de cincuenta combatientes de la fuerza principal, militantes todos, ninguno de apoyo, fueron esta vez los atacantes. Culminada la acción, luego de repartirse los pertrechos, se dividieron en cuatro pelotones para huir en diferentes direcciones de las patrullas de sinchis que por aire y tierra los estaban buscando. Un grupo, al mando de Carla, se dirigió hacia las márgenes del río Cachi, entre Ayacucho y Huancavelica. Otro, en dirección al norte de Apurímac y el Cusco, comandados por Edith. Un tercero, dirigido por Omar, hacia la zona de Huamanga, y ustedes, alrededor de trece, con Angicha y Santos de mandos, todo arañados y shilpirrotosos, muertos de cansancio,

hambre y sed, hacia las márgenes del río Pampas, entre Ayacucho y Andahuaylas.

Trepaban ahora por una peñolería tratando de ganar la pequeña altipampa de más arriba, donde se hallaba la laguna de Wachwacasa. Hacía poco que se habían reagrupado, luego que desde un helicóptero artillado les lanzaron granadas y ráfagas de metralla cuando ustedes avanzaban escondidos entre los breñales de la quebrada, sin producirles bajas felizmente.

Cuando creían conjurado el peligro y se hallaban ya a punto de ganar la cumbre, la voz alarmada de un miembro de la contención los puso alerta: ¡Vieran! ¡Vieran! ¡Los sinchis, compañeros! Ustedes miraron hacia el hondón del abra que les señalaba, sin ver nada. Sin embargo, ya los mandos estaban ordenando alistar armas y explosivos y posesionarse pronto tras los riscos.

Olfateando el aire helado que sube por las laderas haciendo temblar las hierbecitas quemadas por el frío, aparecieron tres perros policías, sujetos con correas por la vanguardia de los sinchis y su guía.

Los animales movían sus cabezas mirando con fiereza hacia uno y otro lado. A ratos, se detenían y oliscaban el suelo.

Ustedes los dejaron avanzar buen trecho esperando tenerlos a tiro, aun cuando la visibilidad no era muy buena. Tú, de panza tras un parapeto de piedras, siguiendo las indicaciones de Angicha, apuntabas al primer perro esperando el momento oportuno para efectuar el disparo.

Poco después aparecieron los primeros hombres del cuerpo de la patrulla. A una orden de Angicha, ustedes soltaron la primera descarga, que retumbó en los cerros, haciendo saltar a las vizcachas y zorrillos de sus madrigueras.

Un perro y dos policías cayeron pataleando entre las zarzas, para quedar luego tiesos como muñecos. Santiago y Santos habían matado a los dos sinchis, en tanto los demás, que dispararon al grueso de la patrulla, atajados

por un roquerío, solo lograron hacer saltar pedazos de roca, hiriendo a uno en el hombro.

Parapetados, los toches respondieron el fuego. Ustedes seguían disparando a los muertos, llenándoles de más plomo, a fin de que los contrarios no pudieran acercarse a recuperar el armamento de sus compañeros. Pero uno de ellos, al parecer azuzado por sus jefes, se arriesgó. Y cuando dio un salto para empuñar el arma, después de haberse aproximado oculto rampando, un balazo de Angicha le perforó la pierna. Sin soltar el fusil, que logró coger finalmente, aullando de dolor se arrastró como pudo hasta su refugio en las rocas cercanas, en donde le auxiliaron sus compañeros.

Las dos explosiones que sobrevinieron después —dinamita lanzada con honda por ustedes—, los hizo huir cuesta abajo por el lecho de la quebrada.

—¡Viva la guerra de guerrillas, carajo! —gritaron ustedes llenos de triunfo, en tanto Samuel, ganancioso, corría a apoderarse del fusil que todavía empuñaba el otro muerto, desoyendo la orden de Angicha que no bajara.

Ya había recogido el arma y se aprestaba a retornar, cuando unos disparos provenientes del otro lado de la quebrada lo alcanzaron. Se inclinó agarrándose el pecho con desesperación, giró sobre sus talones y cayó de costado sobre la tierra polvorienta que, sedentosa, empezó a beberse su sangre.

Dos de la retaguardia de los sinchis habían sido los autores de los disparos, quienes emprendieron la huida a todo correr, entre los cactus. Miguel y Julio, cubiertos por el fuego de ustedes, se lanzaron quebrada abajo en su persecución, sin dejar de dispararles.

Todos lamentaron la muerte del joven combatiente, «gran militante del Partido», según dijo Santos. Se había distinguido en la toma de la cárcel de Ayacucho organizando a la gente de los barrios pobres, de los que era dirigente, para que hicieran distracción a las fuerzas del orden en los

momentos en que los comandos atacaban. Últimamente, incorporado a la lucha, la mala suerte se había ensañado con él. Haría cosa de un mes, su compañera, la camarada Zulma, responsable político-militar en la provincia ayacuchana de La Mar

—donde se rumoreaba se hallaba también el presidente Gonzalo combatiendo—, había sido detenida en la ruta a Macachacra, provincia de Huanta, con su bebita de ocho meses, la cual fue entregada a la fuerza a unos campesinos para que la criaran. A ella, luego de abusarla, la arrojaron de un yip al abismo junto a otros dos compañeros. Encima les lanzaron granadas destrozándolos totalmente. Ahora, Samuel, dijo Santos en su discurso, descansa en paz, compañero, bajo el cielo que tú vestiste de anhelos y esperanzas, y que nosotros, los que quedamos en el fragor retumbante de la revolución, haremos cumplir tus sueños.

Después de enterrar al compañero caído, al pie de una puya inmensa, erguida como un monumento, se alistaron para alejarse. En eso, Miguel y Julio, que se quedaron vigilando el posible retorno de los sinchis, asomaron trayéndolo prisionero al guía, al que habían hallado, según dijeron, escondido en una grieta de la quebrada, y que se trataba de un campesino de Ocros, como él mismo y algunos que lo conocían manifestaron.

—Los sinchis me obligaron, papacitos —dijo arrodillándose, suplicando—. Me amenazaron con matar a mi mujer y a mis dos hijos si no les llevaba a donde me pidieran. Por eso, para librarme de ellos, me escondí en la quebrada pensando huir después.

Entonces Angicha le dijo, que bueno, le perdonarían la vida; pero ahora tendría que luchar como combatiente. Y le alcanzó una escopeta vieja, para que se defendiera. Su nombre era Antolino Páucar y pronto nomás se haría tu amigo.

Seguros ya que los sinchis no los seguían, con el hambre y la sed puyándoles las entrañas, ustedes se aproximaban por fin a la laguna de Wachwacasa, donde pensaban encontrar algunas challwas y bagres con qué alimentarse.

A tu delante avanzaba Angicha, amoratada por el frío, medio resbalándose sus botas en la tierra cascajenta salpicada de ichu. Tú admirabas con disimulo su trasero formidable, bien embutido en su pantalón vaquero, cuando se inclinaba sobre todo para ayudarse en las subidas empinadas, agarrándose de la paja brava o de los arbustitos secos, puro palo, que por esa cuesta abundaban.

Medio doblado por el peso del fusil y los pertrechos que cargabas en el quipe, ibas masticando con fruición la última hoja de coca que te quedaba.

Detrás de ti iba Urpay, la pasña de quince años, que fue reclutada en Cceraorko. «Compañera, danos a tu hija para la revolución», le habían dicho a la madre, una mujer humilde. «Todavía, compañeros, está muy tierna; tiene apenas quince años». «Pero, compañera, mira a esos dos maqtillos, solo tienen trece años y ya están con nosotros». Finalmente, había sido Paulina la que logró convencerla, prometiéndole que siempre la tendría a su lado, como en de veras así ocurrió. Bonita era la muchacha, a quien algunos compañeros le habían echado el ojo ya, especialmente Medardo y el Pampino. Pero tú no tenías más ojos que para tu buenamoza comandante, quien acababa de asentar la culata de su fusil en tierra, apoyándose un poco en el arma para hacer un breve descanso. Empieza a bromearse contigo, como siempre lo hace cuando está de buen humor, ¡Huy, Liborio, no jalabas! ¡Qué flojo eras! Te alegra escuchar tu nombre en sus labios frescos, como fruta jugosa, que quisieras morderlos. Pero no siempre te llama Liborio. Casi siempre te dice Túpac, sobre todo cuando están en el cumplimiento de una acción.

Más adelante, llevándoles una ligera ventaja, marchan los demás, conversando de rato en rato, anhelosos de llegar a la laguna. Sobre sus cabezas acaba de pasar graznando una veladora, ave punera del tamaño de

una paloma de castilla, blanca, de patas amarillas, cabeza y cuello negros. Miras el cielo: ligeras nubes que no amenazan lluvia se desplazan perezosas.

De pronto, la quietud de la puna se rompe al oírse dos disparos que revientan como truenos agrandados por el eco de las montañas nevadas. Ustedes se lanzan cuerpo a tierra a camuflarse entre la paja brava, que es alta y ondea al viento, pensando que desde lo alto, de algún helicóptero, los están atacando. En eso, carcajeándose todo nervioso, se levanta el Pampino, Vaya susto, hom, no eran toches, sino disparos de los compañeros cazadores nomás.

Ahí recuerdan que de veras tres del grupo, Julio, Medardo y Paulina, bajaron a la encañada en busca de unas vicuñas que Mallga aseguró haberlas visto yéndose de bajada. Ojalá haya habido suerte, comentan. De ser así muy pronto tendrían algo que echar al estómago. Alegrosos, se asoman todos a mirar la hondonada.

En vez de los cazadores, vieron muy lejos, sobre una loma que se estribaba en la montaña del frente, la figura esbelta y delgada de una hermosa vicuña que para acá y para allá, alarmada por los disparos, movía su cabeza pequeña y redondeada emitiendo silbos.

—Es el macho de la manada —comentó Antolino Páucar, arrecostándose con su quipe a una peña.

Otro silbo, y ahora sí la tropa apareció saliendo de la hoyada, en hilera, trotando, para perderse en seguida tras la arruga de un cerro. Los disparos habían cesado.

Sudorosos, acezando, asomaron los compañeros, arrastrando una vicuña muerta. Paulina cargaba en su manta una vicuñita tierna, recién nacida, cría de la anterior.

Cuando la puso en el suelo, apenas podía mantenerse en pie la wakchita, sus débiles piernas temblaban queriendo amontonarse. Entonces fue que te

enojaste, ante la sorpresa de los que se hallaban contentos celebrando que por fin comerían carne de tan hambrientos que estaban.

—No debieron cogerlo —dijiste—. Ahora por culpa de este animalito, los dioses de la montaña, los Apus, nos castigarán. Las vicuñas, al igual que los venados y las vizcachas, son hijas queridas de los cerros, de la pachamama, de las cochas. Ellos permiten que las cacemos; que aprovechemos su carne, su lana, su sebo; mas no que las agarremos vivas ni las criemos. Los dioses se encolerizan. Castigan con sequías, con terremotos...

Angicha y algunos senderistas mistis se quedaron asombrados por tu enojo. Santos intervino. No te alteres, compañero, te dijo, tal vez lo que decías era cierto. No estaba en contra de tus creencias, pero acaso exagerabas un poco. En estos tiempos, ya los dioses no hacían milagros. Ahora solo había que creer en las masas, nuestro único y verdadero dios, a las que había que entregarse con harta fe y devoción. Ya lo comprenderías mejor cuando hayan penetrado en ti los sagrados principios de la revolución.

Sin embargo, tú no habías terminado de desfogarte y, olvidándote de la estima que le tenías, por primera vez te atreviste a contradecirlo:

—¿Y las masas harán llover también, compañero?

Antolino Páucar y Mallga se huajayllaron con ganas. Eso lo hizo colorearse un poco a Santos, quien acabó encogiéndose de hombros.

Urpay cargaba en esos momentos a la vicuña. Tú te le acercaste.

—Y ahora —le dijiste molesto—, ¿qué leche le vas a dar?

Ya vería. De alguna vaca o cabra que encontrara tal vez.

Con temor miraste hacia los cerros y te encomendaste en tu dentro que no les pasara nada ni a ti ni a tus compañeros.

Pero la cólera de los wamanis debió ser grande.

No habían llegado todavía a los bordes de la laguna, donde tomarían descanso y asarían la vicuña, cuando las pequeñas nubosidades que vieron en

un comienzo empezaron a cargarse más y más oscureciendo el sol, en tanto soplaba un viento helado que silbaba entre la paja brava haciéndoles tiritar; por lo que tuvieron que envolverse con varias vueltas en sus ponchos o rebozos, agarrándose en seguida el sombrero para evitar que se les volara.

—¡Toc! ¡toc! ¡toc! —bailoteando sobre los sombreros, empezó a caer una granizada, cubriendo en un ratito de nieve los campos. El arco iris, con su cuerpo de culebra de siete colores, se tendió en el cielo de extremo a extremo.

—¿No dije? —murmuraste.

En un ratito, la tormenta se desató con toda fuerza llenando el suelo de llocllas que discurrían por todas partes, convertidas en una agua colorada y espesa que inundaba el ichu; mientras ustedes corrían, ¡chaplac! ¡chaplac! ¡chaplac!, hacia un tambo en ruinas, a un costado de la laguna, buscando proteger las armas y explosivos.

Santos, que iba delante de ti junto con Medardo y Angicha, se volvió a mirarte, diciendo:

—Cosas de la naturaleza, compañero. No hay que alarmarse. Ya pasará.

Pero Antolino Páucar y Mallga estaban de acuerdo contigo en que los dioses estaban furiosos.

Los rayos y truenos amenazaban con llevárselo abajo el cielo, que se puso negro negro oscureciendo la tierra. Arrinconados en una esquina, bajo un techito de paja que algún viajero habría puesto en los rajados muros del tambo, ustedes veían con susto cada vez más creciente cómo los rayos caían cerca chamuscando el pajonal. En una de esas, clarito vieron en un resplandor que duró unos instantes, alzarse sobre un nevado, difuminándose hacia el cielo, el espantoso rostro del tamaño de una montaña, de un hombre terrible, siniestro, que alargó sus tentáculos hacia el techo bajo el que se refugiaban, dejándolo convertido en un montón de cenizas, humeante.

—¡Taita Dios! —saltaron ustedes, buscando nuevo refugio algunos, otros arrodillándose a rezar. Entonces tú, arrancando de las manos a Urpay la

vicuñita, corríste con desesperación, medio resbalándote en el barro, hasta la laguna, donde mirando el nevado hiciste la ofrenda:

—¡Padre jirka! ¡Taita! Hijo de Pedro Orcco soy pues. Mira el illa que llevo olcao en mi cuello. Perdona, taitay, aquí está tu animalito.

Así diciendo, depositaste en el suelo a la vicuñacha que se quedó temblando, y corríste de nuevo donde los compañeros.

Al ratito nomás, empezó a calmar poco a poco la tempestad, a despejarse el cielo y a asomar una punta de sol que hizo resplandecer el nevado. La wakchita ya no estaba. Había desaparecido.

Asustados se alejaron del lugar, olvidándose hasta de la vicuña cazada. En lo alto del nevado, revolaba muy señorial un halcón blanco.

A pesar de todo lo ocurrido, oíste a Santos manifestarle sus dudas a Angicha. Y más te dolió cuando esta le respondió:

—Yo también pienso que esa aparición fue un fenómeno visual. El resplandor del relámpago quizá, o acaso las nubes.

Caracho, también el pensamiento de ella era de misti.

Nos acercábamos al Supayhuasi avanzando por una oscura galería, luego de dejar atrás los aguazales y el monte.

A la entrada, resguardándola, nos habíamos encontrado con la Sachamama, la gigantesca amaru de siete colores, a quien Wayra le habló con ladridos, sin que yo nada pudiese entender. Sus ojos relumbraban como piedras preciosas mientras lo escuchaba. En seguida, se estiró hacia arriba y, ¡suap!, se impulsó con fuerza, perdiéndose rapidito en ese cielo negro, sin estrellas, dejándonos así el paso libre.

Al final del pasadizo, se abrieron ante nuestros ojos extensos compartimientos, escalinatas, columnas, alumbrados con lámparas, cristales y espejos. Unos hombrecitos cabezudos, de largas orejas puntiagudas, ventrudos, piernas torcidas como alicates, nos observaban desde las

graderías, apoyados en larguísimos palos de puntas ramificadas terminadas en garfios.

—Son anchanchos —habló mi fiel acompañante—, en la superficie gustan de transformarse en animales para asustar a la gente y buscar su muerte.

Bastaron algunos ladridos furiosos de Wayra para que se espantaran y corrieran.

Nos aproximábamos al recinto donde se hallaba El Lanzón.

En medio de ese antro se alzaban árboles de troncos lisos y flores rojas, parecidos a los pisonayes, por donde pululaban espíritus diferentes, como el del paludismo, que era un enano de nariz deformada. Algo lejos se paseaba la fiera llamada huanay ccahuari que con su mirada petrifica a los vivos, como lo hizo dizque antiguamente con dos de los hermanos Ayar. También se hallaba el sacharuna, hombre de las selvas, que ataca en los sitios solitarios y devora a los hombres. El camacari, demonio que produce la locura, estaba rígido sentado sobre la rama de uno de los árboles.

Merodeaba, asimismo, el puñuy, demonio del sueño, a quien en la tierra se le invoca cuando no se puede dormir o para pedirle que no nos muramos durmiendo. El piñacuy o demonio de la ira también por allí se paseaba. El dolor o soncco nanay, parado nos observaba con lánguida mirada. El dios de las sepulturas o tanccaray, que reunía a las almas cuando se les hacía celebraciones, hablaba con otros espíritus que se hallaban de espaldas a nosotros.

Después, pasando, nos vimos frente a las macizas paredes de piedra de un palacio que refulgía con un resplandor de llamaradas, las que se veían a través de los huecos de las ventanas y de la gran portada.

Unos hombres gigantes, los huaris, vigilaban la entrada.

Wayra se acercó ladrando a hablarles. Nuevamente nada entendí como ocurrió con la Sachamama.

El allko y yo ingresamos derecho por una galería, desde cuyo fondo parecía venir esa luz intensa.

Desembocamos en un gran recinto donde las galerías se entrecruzaban. Al centro se veía un patio circular atestado de ánimas que oraban postradas. Al centro de ese círculo, a donde se bajaba por graderías, se alzaba un altar de plata. Las vigas de la bóveda eran de oro, y de bronce las altas columnas circulares de los corredores.

—Esas ánimas esperan al Lanzón —me dijo Wayra—. Nada temas. Todos los seres de la tierra aspirarían a ser devorados por Él. Porque solo entrando en Él, se encuentra la verdadera paz y la vida infinita; la alegría de ser semilla, luz, música, color.

De veras, esas ánimas tenían el semblante iluminado como en éxtasis de felicidad anticipada.

—¿También nosotros entraremos en Él? —dije sin dejar de estremecerme.

—No. Ante Él se presentan solo las ánimas que antes se han purificado en el mar de candela.

—¿Yo también purgaré en el mar de candela, Wayra?

—Eso solo Él lo sabe.

—¿Quién es de veras El Lanzón?, ¿sabes?

—El mismo Wari Wirakocha. En él se unen el presente, el pasado y el futuro. Las tres pachas del Universo...

En eso que estaba hablando Wayra, de pronto la luz se apagó y dejó de oírse todo ruido, como si se hubiese apagado el murmullo del mundo. Un rayo atravesó el recinto acompañado de la reventazón de un trueno, que hizo estremecer los cimientos del palacio. Relampaguearon los ojos del dios en la oscuridad, y los súbditos después de dar chillidos de alegría, elevaron oraciones en quechua llenos de euforia. Se aprestaban a entrar en la felicidad infinita.

De los ojos del dios salía ahora un resplandor que iluminaba los alrededores del altar. Y en un relampagueo de luces que se produjo ese momento, vimos cómo se lanzaban al abismo de su boca, ávidas, las almas eufóricas. El enorme rostro cambiaba de humano a puma, a cóndor, a serpiente amaru.

Cuando de nuevo se encendieron las luces, el recinto quedó vacío y en silencio.

Nosotros, recobrando el estupor y llenos de ánimo, abandonamos ese patio hundido para dirigirnos por una galería hacia el mar de candela.

... ¡Moscas! ¡Ay, caracho!... mientras dormía, tres moscas habían asentado en la herida... ¡Taita Dios! que no sean moscas de pudridero... Está aumentando el mal olor, me dijo en días pasados doña Emilia... y lamentó que no hubiera creso. Eso es bueno, dijo... Lavó bien la herida y, como otras veces, le echó jugo de hojas de sampablo... después me puso paños tibios de llantén... Ojalá esta fiebre sea solo por efectos de la bala alojada allí y no por estar avanzando la podredumbre... Si me muero, quién me enterrará, taita Dios. En este pueblo que ni gente queda ya... Feliz la camarada Edith que fue acompañada en su entierro por cerca de diez mil personas en Ayacucho, según oí en el radio... Vi su cadáver en Andahuaylas, arrecostado en el asiento de adelante de esa camioneta del ejército... Estaba tapado con una sábana, lleno de sangre... Hubo muchas versiones sobre su muerte... Una de ellas decía que había caído en combate con la policía y que sus compañeros, en su huida, dejaron su cuerpo apenas cubierto con paja y que los cachacos lo encontraron... Otras afirmaban que había sido capturada herida y que los policías la torturaron antes de atravesarla con una bayoneta... Ocurrió en ese tiempo de la puspá, en que las primeras lluvias ya se veían venir... Y acá, en Illaurocancha, ya vivíamos el socialismo, según lo afirmaban los compañeros, reconfortados más aún por el apoyo masivo del pueblo

ayacuchano a la comandante guerrillera caída en combate... solo entonces supe que se apellidaba Lagos y que Edith era su verdadero nombre y no su seudónimo... Y mientras las columnas combatientes avanzaban en su táctica de «batir el campo», según nos explicaban; esto es, limpiarlo de cualquier elemento que no fuera Sendero Luminoso y el campesinado, los responsables de los comités populares nos convocaban a los centenares de campesinos de las diferentes bases de apoyo a trabajar en Allpachaca —que fue la hacienda de la Universidad y que Sendero la había tomado poco antes— para cultivar colectivamente las tierras... También fuimos a otros fundos abandonados en el bajo Pampas, a cuyos dueños Sendero los hizo huir... lo mismo que a muchos funcionarios y empleados del Estado...

Varios ingenieros fueron muertos a fin de cortar las obras que estaban ejecutando.

Aparte del camarada Santos, que representaba la autoridad del Presidente Gonzalo en la zona, habían comisarios de seguridad y de producción... El equipo de adoctrinamiento y de justicia, como lo llamaban, estaba formado por Angicha, Medardo y Paulina... Esta última era la encargada de dar solución a los diferentes problemas que se producían en la Zona Liberada. Tenía carácter fuerte y conseguía que la gente acate sus disposiciones... Ella hacía casar a la población... La ceremonia matrimonial la realizaba en las asambleas. Las parejas manifestaban ahí su compromiso de servir mejor a la revolución... Quienes querían separarse acudían a solicitarle su autorización... Prohibió el «vida michiq» o encuentro de los jóvenes para cantar, bailar y buscar pareja, alegando que esas costumbres eran antiguas y solo un pretexto para que mozos y mozas celebraran orgías... Dijeron que a varios adúlteros reincidentes los había hecho ejecutar... En otros asuntos también intervenía, como cuando le dijo a Nicolás Poma que dejara de

preocuparse por el cargo que tenía en la celebración de la fiesta de la Virgen de la Candelaria que ya se aproximaba y pusiera mayor empeño en dar su contribución a la revolución... Pero Nicolás se sobresaltó: ¿y los del pueblo qué íbamos a decir? Nunca se había faltado a la tradición... Cosas así empezaron cada vez más a incomodarnos... Supimos que los de Huancasancos estaban desganados desde que los compañeros les anunciaron que iban a paralizar la construcción de la carretera hacia Lucanas y la costa. Eso significaba que ya no podrían comerciar con lana y ganado... Por el lado de Huanta también contaban que los iquichanos estaban descontentos por la prohibición que les habían hecho de vender sus productos en la feria de Lirio... Una vez cuando, bandera roja por delante, los illaurocanchinos fuimos a Ayrabamba a pedir una parte del ganado que los jefes guerrilleros habían designado para nosotros, casi se arma una rebelión de los ayrabambinos negándose a entregárnoslo, alegando que la crianza les costó trabajo... casi nos linchan a los comisionados... Tuvo que ir todavía el mismo Santos a hablarles y hacerles comprender que muy pronto los illaurocanchinos también les estaríamos haciendo llegar parte de nuestras cosechitas de maíz, y que teníamos que aprender a compartirlo todo. Que así era el socialismo... Yo lo veía peligroso. La gente se estaba desencantando...

En la cordillera de Pumakahuanca, a medio camino entre Canaria e Illaurocancha, cerca del abra de Tocctocasa, alrededor de veinte combatientes, entre hombres, mujeres y niños, están entrenándose, corriendo con las armas en la mano. Los wambrachas —muchachitos entre diez y trece años que acaban de reclutar de las comunidades cercanas—, no queriendo quedarse atrás, están que corren, sudaos sudaos, tras de Angicha. A veces ella te mira con disimulo y hasta te sonríe. Parece que algo le simpatizas. Siempre se bromea contigo. Sin embargo, no sabes cómo nomás hablarle lo que sientes, cómo manifestarle tus sentimientos. Ella, muchacha educada; tú,

ignorante, ¿qué palabras serían las más convenientes? De noche piensas y piensas revolviéndote, no pudiendo dormir. En fin, ya verías, ya verías... Meditas también en la guerra, en la revolución. Omar no volvió a hurgar tus planteamientos. Parecía no interesarle. Angicha y Santos tampoco dijeron nada y, peor aún, acababan de demostrarte que no creían en los espíritus de las montañas, ni en otros dioses seguro, aun siendo lugareños. ¿Qué podrías esperar de los demás entonces? ¿De los nacidos en las ciudades grandes y en la capital, como el médico Anselmo, por ejemplo? Estaba visto que para ellos su religión era la política. No tenían más dioses que sus líderes y las masas. La naturaleza solo era naturaleza para sus mentes. Nunca podrían aceptar que las cochas, los cerros, los ríos, tuvieran vida. Que en las piedras mismas se alojaran espíritus. No, no, eso no lo entenderían. Como tampoco tendrían creencia en la vuelta de ese inca-dios cuya cabeza, según los abuelos, se hallaba enterrada en el Cusco y que se estaba recomponiendo hacia los pies. Y que una vez completo, iba a voltear el mundo poniéndolo al revés. Entonces la noche se haría día y los que ahora sufren, gozarían; los que hoy gozan, padecerían. Esos tiempos ya se estaban viviendo con el Pachacuti: el gran cambio, la revolución. Solo que esta revolución era de mistis y no de los naturales. Era urgente hacerla de estos entonces. Tal vez los dioses permitirían que tú pudieras conducirla, derivándola de este enfrentamiento de mistis pobres contra mistis ricos. Al parecer, los dioses estaban tomando parte ya en la guerra. ¿Acaso no fue Pedro Orcco, el dios montaña, quien te ayudó a escapar durante el ataque a la cárcel de Ayacucho? Seguirías pues luchando junto a los compañeros, para seguir adquiriendo experiencia y orientar después la revolución para el lado de los runas, para que al final, en la victoria, fueran los propios naturales los únicos dueños del poder... A ver, comunicarías estos pensamientos a todos los compañeros que te parecieran permeables a tus planteamientos y con creencias como vos. Y pensabas en Mallga, en Diómedes y su hermana Micaela, en Damián, en Antolino Páucar

y en esos wambrachas que estaban aprendiendo a ser peleadores y a quienes tú mismo reclutaste hace unos días. Por lo pronto, había que seguir a órdenes de los mandos, quienes habían dispuesto suspender temporalmente el retorno a Illaurocancha hasta estudiar bien los pasos que se iban a dar en adelante, pues se habían informado, por intermedio de la radio, que Belaúnde Terry acababa de autorizar la intervención del ejército en la lucha contra la subversión, con el propósito dizque de barrerla de una vez por todas. Mientras tanto, ustedes se pondrían a trabajar en estos lugares en la construcción de un campamento, ampliando cuevas y grietas.

Por otro lado, se habían informado también que la camarada Carla, tomada prisionera por los sinchis unas semanas atrás en Huanta, fue declarada desaparecida. Recién sabías que su apellido había sido Cutti, o sea, pues, «el que cambia, el que gira, da vuelta». ¿No había ahí otra señal de los dioses de que el Pachacuti había empezado para los naturales?

... Ha venido doña Emilia trayéndome alimento. Ha matado su pollito la pobre... Alegrosa ha estado de encontrarme un poco mejor... Se va usted a sanar, don Mariano, me ha dicho; no hay que perder las esperanzas... mi ofrendita también he puesto al taita cerro y he prendido mi velita a la Virgen de la Candelaria. Aunque los santos cristianos son aparte, también hacen milagros... Ah, doña Emilia, mal que bien ya me socorre, si no qué sería de mí... Agradecida quedó desde esa vez que lo salvé a Damián, su hijo, cuando lo iban a fusilar los soldados... Llegaron a Illaurocancha a acabar como sea con todos los senderos... Un contingente de cincuenta morocos a pie, apoyados por cuatro helicópteros artillados de la aviación del ejército, inició un operativo tipo comando... De frente, pensando seguro que aquí estaban todos los integrantes de la columna que dirigían Santos y Angicha, lanzaron bombas desde los helicópteros y ametrallaron la plaza antes de descender... Otras patrullas, lanzándose en paracaídas, rodearon los principales caminos

de acceso al pueblo... Don David Janampa, como responsable de la milicia, y Mario Buitrón fueron de la idea de hacer resistencia; mas con el susto, nadie les hizo caso y ellos también tuvieron que escapar, junto a otros delegados del comité popular... apuradamente los vi perderse por la quebrada... De las mujeres, solo doña Rosa Cuchillo pudo escapar... Se salvó, pues el nombre de su hijo estaba en la lista negra de los morocos...

Desde el alto de Arraypata, a medio camino hacia la cima de Pedro Orcco, Rosa Cuchillo pudo ver cómo los soldados se desparramaban por el pueblo, mientras se escuchaban ráfagas de ametralladora. Vio a algunas patrullas capturar a los que tardíamente pretendían fugar. Las campanas de la pequeña iglesia empezaron a sonar llamando a asamblea a toda la población. Las puertas de las casas que permanecían cerradas eran rotas a patadas y culatazos. Así vio cómo entraban en la suya, después de echar el portón abajo. Las campanas dejaron de sonar, pero los rafagazos arreciaban. Le entró miedo, mucho miedo. Ese día era domingo y por eso casi toda la gente estaba en su casa. Otros días, a esa hora, hubieran encontrado a muy pocos, pues habrían estado en sus chacras o tras sus animales. «Ay, mi hijo, ay mi Liborio, ojalá no se le ocurra asomarse por acá. Taita Pedro Orcco, protéjelo pues».

Unos llegaron a la plaza por propia voluntad y otros fueron llevados a la fuerza, a punta de empujones y patadas.

Sería cerca del mediodía, y la mañana seguía friolenta y ligeramente nublada.

Al poco rato, luego que todos fueron metidos al local comunal, empezaron a escucharse gritos.

... De terroristas nos acusaban a todos... ¡Quiénes son los jefes! ¡Habla, terruco de mierda!... así diciendo nos ponían hachas, machetes, cuchillos, en

nuestras gargantas... Un gringo de bigotes y otro medio azambado, bien altos ambos, eran los que mandaban... Si declarábamos, si contábamos quiénes eran los cabecillas, dizque de repente nos librábamos, si no todos moriríamos... A mi lado estaban Eleuterio Tomayconza con su mujer, y en vista que ella lloraba él le dijo, No llores, mamá, nada les hemos hecho, nada nos van a hacer... Ahí fue que le golpearon con machete en la cabeza y en la espalda... Sí, carajo, más caricias te vamos a dar, diciéndole se rieron... Sangrando, el hombre seguía hablándole a su mujer, despacito, No llores, mamita, vamos a aclarar ante los señores... A todas las mujeres y los niños, que agarrados de sus madres bramaban, les hicieron formar contra la pared... A los hombres nos arrojaron al suelo. Éramos como sesenta... Nos pateaban por las costillas, por la cara, con sus botas... algunos quedaron bañados en sangre... Las mujeres se desmayaban... Pencas de tuna erizadas de espinas nos pusieron en la espalda, amenazando que iban a bailar sobre nosotros... Yo ya no aguanté... Yo voy a hablar, señores, les dije, yo no soy comunista. A la fuerza me han metido en esto... Senderistas son tales y tales, diciendo los señalé, los jefes no están... solo a su hijo de doña Emilia no lo acusé... Sería tal vez porque con sus ojos la vi a doña Emicha que me suplicaba, paradita junto a la Leonida Ricse... Después de mí, don Edilberto Huarhua también empezó a declarar, apoyándome en la acusación contra ocho o diez de la milicia... Los demás solo hemos sido apoyo, dijimos, porque obligadamente nos han hecho participar... Don Edilberto Huarhua terminó acusándolo por último hasta a su sobrino carnal, Diómedes, hijo de su hermana y de don David Janampa, que no había marchado con los demás por hallarse delicado de salud... Pero el Diómedes, llamado Ollantay por los compañeros, logró escapar después, de milagro, y fue quien avisó a los terrucos de lo que acá ocurrió, poniéndoles al tanto que don Edilberto y yo les habíamos denunciado...

Pasado el mediodía, Rosa vio cómo los militares sacaban a las mujeres, a las más jóvenes, entre ellas a Clara Tincopa y a Leonida Ricse. También a Anita Chapilliquén, que estaba embarazada, y a Rosalía Janampa, una niña de doce años. Arrastrando las llevaron hasta unos matorrales, y allí las violaron. Ella, llorando, oía sus gritos en el viento que subía del río.

Poco después, a empujones y a culatazos, vio que sacaban a varios hombres, entre ellos a don Evacho Ricse, padre de Leonida Ricse, a don Feliciano Tomayconza, a don Felipe Huamán y a varios jóvenes.

Llegando a los bordes de un pequeño precipicio, al término de un maizal, los fusilaron. Con los tiros, los tordos volaron a la otra banda del río, alborotados, relumbrando sus plumajes negros contra el sol. Ella ya no tuvo valor para mirar, ahora que les arrojaban granadas haciendo saltar rocas en pedazos, elevando del suelo enormes hongos de polvo.

Las casas de David Janampa y Mario Buitrón fueron quemadas. Todavía se alzaban altas las llamaradas cuando ella los vio irse llevándose gallinas y pavos de los corrales.

Ocupados en diferentes actividades se hallaban esa mañana en las cuevas de Pumakahuanca: los hombres barreteando y tirando pico, ampliando las cuevas. Las mujeres pelando con ceniza, para hacer mote, el poco trigo —y único alimento— que tenían para comer. Los wambras, buscando leña o chamiza por los alrededores.

En esas ocupaciones estaban, cuando de un de repente vieron asomarse a los vigías, dando voces, entre los breñales que disimulaban el campamento. Traían a un hombre que debía estar herido o muerto, pues lo cargaban entre dos.

Cuando Julio y Miguel lo depositaron en el suelo, lo reconocieron. Era Ollantay, con el rostro magullado, casi irreconocible; el cuello de su camisa y el poncho, bañados en sangre.

¿Qué nomás había tenido? ¿Quiénes le hicieron eso, compañero? Ante la pregunta, levantó un poco el rostro, entonces le vencieron sus lágrimas.

No, no dizque lloraba por él, sino por los muertos de nuestro pueblo, compañeros.

Allí contó todo lo que ocurrió en Illaurocancha. A culatazos le habían quebrado la cabeza los morocos cuando lo llevaban a fusilar, y al pie del maizal, en el momento de los disparos, antes que le tocara a él, se lanzó a la quebrada y me creerían muerto al fondo seguramente, compañeros; pero él, levantándose, huyó antes que explotaran las granadas.

Se sentía mal, muy mal, a lo mejor aquí nomás acabaría todo para él, compañeros.

Y de veras, hartó se había desangrado, y por más que intentaron curarlo con lo que hubiera, como a la media hora murió cuando empezaban a pasarle plasma. Entre sayllas y quenwales enterraron a Diómedes Janampa, bajo un cielo azulito, salpicado de ligeros cendales de nubes blanquísimas. Micaela, su hermana, reclinada sobre el hombro de Angicha, lloraba en silencio, oyendo el discurso del camarada Santos que, entre sentido y coleroso, juraba en nombre de la revolución que esa sangre derramada de un hijo del pueblo les costaría muy caro a los traidores y asesinos...

Aquí arriba había buen sol; pero, abajo, cubriendo las abras, la neblina semejava un lago inmenso o un plomizo mar.

—¡El Marañón!

Por fin pude ver ese río, erizado en llamas, corriendo furioso, haciendo retemblar la tierra.

De veras, parecía un mar de candela. No se veía la otra orilla. Humo y fuego por todas partes.

Paraditos al borde del precipicio, nosotros con-templábamos, como en un sueño, a esa gente que gritaba en medio de esas llamas y más allá, parados

sobre ese mar, sin que las aguas les arrastrara, envueltos en la humera, habían otras personas con la mirada fija en los que se quemaban. «Esos son la frialdad», me dijo Wayra. Mas yo no supe qué quiso decirme con eso.

—Bajemos —me indicó, yéndose medio de costado por la pendiente, buscando un lugar para descender, esperando seguro que yo lo siguiera. Pero como, temerosa, yo no di un paso más, se volvió a decirme:

—No temas. Ya te he dicho que el Marañón no es más que la Yacu Mama, la gran sierpe que recorre los espacios infinitos del océano, el cielo y la tierra. Por ella se llega también al Janaq Pacha. Ven, apúrate, tenemos que bajar. El fuego quema según los pecados y tú no debes tener muchos.

Diciendo así, tanteando tanteando el terreno, empezó a descender. Resignada, confiando en sus palabras, lo imité, agarrándome agarrándome de unas tayanquitas, cuidando de no resbalarme en ese terreno gredoso. Alarmada de que Wayra me estuviera dejando muy atrás, apuré el paso ayudándome siempre de esos pequeños arbustos. Abajo, en el fondo, pegada a la pendiente, también había candela y esa gente trataba de librarse del fuego intentando cogerse de las piedras para salir a este lado; pero eran vanos sus esfuerzos, porque las olas, furiosas, encrespadas, terminaban estrellándolas contra la peña y volviéndolas, desmayadas, al centro de las aguas, donde de nuevo comenzaban a gritar y a dar manotazos, desesperados.

Yo estaba todavía a mitad de la pendiente y a Wayra lo vi ya en la orilla, parado sobre las rocas, aullando hacia las aguas chisporroteantes.

De pronto, sentí mareos en esa fea parte donde me hallaba. Asustada, traté de sostenerme con las dos manos de una tayanca; pero esta cedió y empecé a resbalarme y resbalarme. Solté un tremendo grito cuando advertí que la plantita se rompía y yo me iba al abismo.

—¡Wayraaaaaa!

... No solo en Illaurocancha los morocos hicieron matanzas. También en Ocros, Chumbes, Cceraorko, Pajonal... Toda la familia Ñaupa, de Ocros, acusada de senderista, fue ametrallada... Los mistis pidieron al ejército que nombraran nuevas autoridades, pues las anteriores estaban huidas desde que empezó la movida... Así se hizo, y los nuevos representantes del Gobierno hicieron juramento de fidelidad a la democracia ante la bandera peruana prometiendo creer solo en ella y no en símbolos extranjeros, y hubo desfile de los estudiantes, ante el contento de los militares... En Illaurocancha, mientras tanto, al día siguiente nomás que se fueron los soldados, vimos llegar a un destacamento de sinchis, quienes manifestaron que venían a hacerse cargo de la población... Yo me sentí aliviado con su llegada, pues la noche anterior no había podido dormir temiendo el retorno de los compañeros, que podrían hacerme juicio popular por mis delaciones... Había planeado escaparme, pero antes me fui a verlo a don Edilberto Huarhua, quien me tranquilizó un poco diciéndome que lo que teníamos que hacer en vez de huir era organizar la resistencia... De matar nos matarán a algunos, don Mariano, me dijo, pero no a todos; además, yo sé manejar armas como movilizable que fui de muchacho... Y de veras, eso le sirvió para que los sinchis, que felizmente ese mismo día llegaron, lo nombraran después jefe de las rondas campesinas o Frente de Defensa Civil de toda la zona... Nos organizaron, pues, para enfrentar a los terrucos dándonos un mes de instrucción, en la que participaron seiscientos campesinos de siete comunidades del alto Pampas, que se concentraron aquí, ocupando las viviendas abandonadas y el local comunal... Por grupos, todos teníamos que salir a patrullar, preferentemente en las noches, armados de machetes, huarakas y con coca y cigarro para aguantar el frío y el sueño... el que no patrullaba iba preso... A cualquier senderista que reconozcan o desconocidos que vean por acá hay que agarrarlo y llevarlo al puesto policial de Ocros, nos decía el teniente, y agregaba, los

terrucos son ladrones, abigeos, asesinos; quieren apropiarse de su chacritas, de sus ganaditos; quieren además implantar el comunismo y eso significa que ya no habrá libertad; les harán trabajar como a esclavos y hasta a sus hijos les quitarán... y por eso era necesario dizque rechazarlos, combatirlos...

De Santos y su grupo no sabíamos nada. Parecía que la tierra se los había tragado... Más bien siete senderistas del contingente que fue de Edith, únicos sobrevivientes de un ataque en Vischongo —donde helicópteros artillados barrieron a casi toda la columna—, habían llegado arriba nomás a la entrada del pueblo, en el sitio llamado Hualgayoc, a la casa de Nemesio Carhuapoma, todo hambrientos y con sus ropas llenas de espinas de cadillo... El Nemesio Carhuapoma, compadecido como era, les había invitado queso, cancha y leche tibia, proporcionándoles después unos pellejitos y ponchos para que en un rincón descansaran... Mas alguien los habría visto seguro y vendría a dar aviso a los sinchis, quienes inmediatamente nos pusieron al tanto a los ronderos, ordenándonos que actuáramos, enfatizando que ahora se convencerían por fin si sabíamos o no defender a nuestro pueblo... Cañazo con pólvora nos dieron a beber, me acuerdo, para valor diciendo... Después, cuando allanamos la casa, a Nemesio Carhuapoma lo sacamos a puntapiés, ¿Por qué no hiciste caso a los señores sinchis?, diciéndole, ¿por qué diste alimento y posada a los terrucos?... Mas él alegaba que no había sabido tales órdenes, que había estado ausente varias semanas... Bueno, a él lo perdonamos por ser la primera vez, pero a los senderos —muchachos de quince a dieciséis años en su mayoría—, antes que reaccionaran, los atrapamos y los amarramos a unos árboles grandes, donde luego de hacerles juicio culpándoles nuestros padecimientos, a patadas, puñetes, piedra y palo los matamos, encolerizados peor porque nos amenazaron y nos llamaron traidores... Después entregamos los cadáveres a los sinchis, luego que salieron de sus escondites, desde donde presenciaron la masacre...

Acercándose, metralleta en bandolera, nos dijeron, alegres y sonrientes, Así está bien que maten a estos perros... Nos felicitaron y de premio nos dieron en el puesto toda laya de alimentos: soya, azúcar rubia, aceite, harina, repitiendo lo que solían decir otras veces cuando hacían repartimiento, que el presidente Belaúnde nos estaba dando esas cositas para que comamos... A mí ya me estaba pasando la borrachera y un poco que me venía el arrepentimiento, recordando sobre todo que entre los senderistas había dos muchachas bonitas y valientosas que murieron insultándonos... Nemesio Carhuapoma quedó detenido en el puesto... a los dos días su cadáver apareció botado en una quebrada donde revoloteaban los huishqus... Justo al mes, dejándonos bien instruidos, luego de formar una base civil y de nombrar a los responsables de las rondas para cada una de las siete comunidades presentes, los señores sinchis se despidieron, diciendo que confiaban en que sabríamos defendernos de los senderistas y aconsejándonos que siguiéramos unidos, con hombres armados vigilando permanentemente, en tanto los demás trabajábamos las chacras... Dijeron que se ausentarían solo por unos días, pues tenían que cumplir una misión en la provincia de La Mar, donde los requerían urgentemente... Si surgía algún problema, debíamos tener presente que patrullas del ejército y la infantería de marina estaban recorriendo permanentemente las zonas rojas y especialmente esta... Cuando se marcharon, vimos en las paredes del puesto la inscripción que habían hecho con letras grandes:

*Los sinchis regresaremos
una noche de helada,
a ti terruco mataremos
en el aire, en el mar, en la tierra.*

—¿Qué lugar será este? —dije todo tonteada volviendo en mí después de mi desmayo, viendo que me hallaba sola en el cruce de un camino, a pleno sol,

en medio de un gran silencio.

—Estás en el cruce de los caminos por donde se baja al Ukhu Pacha o se sube a los cielos —oí una voz a mi lado, como si la peña hubiese hablado—. Este es el Pachapa Sapin, la raíz del mundo.

Asustada me incorporé y comprobé que de veras la peña me estaba hablando. Era enorme, de lomo blanco, más grande que una casa.

—Taita Rumi —dije identificándolo por fin—. Padre, señor de las piedras, ¿cómo nomás pues he vuelto a llegar aquí?

Desde lo alto, donde apenas se distinguía como una cara labrada, habló soplando las palabras, tal si pesaran, saliendo humo azulado de esa grieta que sería su boca.

—La Pachamama te trajo.

—¿La Pachamama?

Entonces me acordé de las ofrendas que le hacíamos en mi pueblo enterrando el corazón vivito y derramando la sangre de una llama. «Ella también sabe comer, sabe beber, decía el wamanero don Felipe Uchasara, su pelo es el pasto, la lana de los animales; leche también tiene y pare papas, ocas, todas las semillas que le damos pare».

—¿Y qué apariencia tiene la Pachamama, padre?

—¿Acaso no la has visto hilando en la luna durante las noches? Ella misma es.

Sin responderle, asentí con la cabeza. Después, con tono suplicante, dije:

—Taita Rumi, ¿podrías decirme por dónde se va al Janaq Pacha?

—No debía decirte —me dijo—. Nunca fuiste a Chuyas a la fiesta del Yachacuy, a conocer el camino que después de muerta debías emprender. Pero, ven, voy a indicarte: sigue a la derecha, por ese caminito que se pierde entre aquellos montes. ¿Ves?

—Sí, taita.

—Por esa ruta, asomando al alto, se distingue un cerro en forma de ushno y más allá un nevado. Sigue por ahí.

—Gracias, taita.

Ese ratito me acordé que las Almas de la Sentencia me habían hablado también de ese cerrito en forma de altar.

Antes de alejarme, se me ocurrió preguntarle por el camino de en medio, el que no conducía ni al Ukhu ni al Janaq Pacha. A dónde iba, Padre Rumi?

—No lo sé —respondió—. Por ahí se encaminan los que tienen creencia en los dioses cristianos.

Diciendo así empezó a moverse esa tremenda mole que era, a irse por la pampa haciendo crujir el suelo, llenándolo de oscuridad con su sombra.

«Illaurocancha y sus aliados serán polvo. Vengaremos la muerte de nuestros compañeros caídos», habían dicho los del Comité Central del Partido Comunista del Perú, Sendero Luminoso.

Rosa Cuchillo escuchó el primer dinamitazo que reventó en los cerros cercanos como un calambuco. Antes, los vigías habían caído atacados sorpresivamente: en el lado norte, Miguel Saune; en el lado oeste, Abel Huacre Alanya, y Pedro Malaspina en el lado sur.

Llovió en la madrugada y los caminos estaban llenos de atolladeros. Apenas amanecía y ella se hallaba ya en el terrado sacando granos almacenados en los cántaros. Por una hendidura vio a los ronderos que pasaban corriendo por la calle, atropellándose, haciendo sonar sus llanques, ¡chaplac! ¡chaplac! ¡chaplac! En un ratito se armó un alboroto en el pueblo. La gente gritaba:

—¡Vienen los terrucos! ¡Nos atacan!

Asustada, bajó del terrado y salió a ver. Llamándose nerviosamente, los ronderos se preparaban para la defensa. Las mujeres, niños y ancianos se dispersaron, yéndose algunos tras los peleadores; otros, a esconderse o

huyendo quebrada abajo. Solo unos pocos, como ella, se quedaron dudando, sin saber qué hacer.

Finalmente, pensando que su hijo vendría entre los atacantes, corrió por el puentecito de la quebrada hacia el bosque de eucaliptos que crecían en la loma, cerca del cementerio, a donde habían corrido los ronderos a verlos asomarse.

Pero lejos estuvieron los de Defensa Civil de suponer que los atacantes tenían rodeada la población, y la columna que se aproximaba por un desfiladero, formando dos hileras, al otro lado del cementerio, eran solo una parte de los sitiadores. Cerca de cien campesinos de las bases de apoyo de Víctor Fajardo acompañaban a los pelotones de alrededor de cuarenta combatientes.

Edilberto Huarhua comisionó a Mariano Ochante a dirigirse a pedir ayuda a los militares, sea a Ocos, Vilcashuamán o a las patrullas itinerantes que andaban cerca, lo más rápido que pudiera. Sin perder ni un instante, Mariano Ochante corrió quebrada abajo.

En el cerro, pudo ver ella cómo Edilberto Huarhua organizaba a la gente. Alto, medio huesudo, su sacón marrón de cordellate parecía incendiarse con el sol rosado del amanecer. «Tienen poco armamento, le oyó decir, hay que enfrentarlos con honda nomás primero para que gasten sus balas, luego atacaremos con las escopetas».

—¡Viva la guerra popular! ¡Mueran los yana umas!

Encarrerados, levantando polvo, después de haber traspuesto el cementerio, los senderos se dirigían de frente, esgrimiendo sus armas, hacia el cerrito ocupado por los ronderos.

Ella vio cómo la Defensa Civil iniciaba el ataque lanzando piedra y piedra con sus huaracas, aprovechando la ventaja de hallarse en terreno elevado. Los senderos respondieron lanzando «quesos rusos» y disparando con sus armas de largo y corto alcance.

Los ronderos, al ver que caían sus hombres bañados en sangre, no tuvieron más remedio que atacar también con armas de fuego.

Las balas silbaban rebotando en las rocas, clavándose en los árboles, desprendiendo hojas, en medio de la polvareda y el humo de las bombas caseras.

Ella corrió a refugiarse lejos, entre unas peñas. De allí vio cómo los alzados y ronderos chocaban fierros ahora, embistiéndose a lanzazos y machetazos. Muertos y heridos iban quedando regados sobre la loma, con sus cabellos alborotándose por el ligero viento que subía de las huertas de chirimoyas y naranjas de abajo de Maraybamba.

Vio cómo los ronderos heridos eran rematados con hachas o rejonos, algunos arrojados a la quebrada. Vio también cómo de las partes altas de la población, bajaban pelotones de senderistas cerrándoles el paso a los que intentaban huir. De igual modo, los que corrían de bajada eran interceptados por miembros de base, que arrojando la piel de carnero o las ramas que les camuflaban, les salían al paso apuñalándolos contra las peñas, sin hacer caso de las súplicas de sus víctimas que arrodillándose, dobladas las manos, les pedían clemencia.

—No me mates, Rosendo —oyó cerca de su refugio entre los riscos—, yo soy tu padre, no lo has sabido nunca, es cierto, hoy te lo digo; taita Dios está viendo arriba, él es testigo.

—Peor si fuiste mi padre —escuchó una voz ronca, dificultosa y acezante—, ahora comprendo por qué fui tan desdichado toda mi vida.

Percibió un ruido como de un cántaro que se rajara y un grito estremeció la quebrada; luego vio a un hombre, lanza en mano, corriendo hacia el poblado.

Apuraos apuraos suben ese ratito hacia Illaurocancha, al frente de doscientos ocrosinos, los integrantes de una patrulla de la infantería de marina capitaneados por el oficial de mar «Camión». Un campesino de nombre

Mariano Ochante, en forma enteramente casual, interceptó la camioneta *Land Rover* donde viajábamos, para decirnos que más de cien terrucos estaban atacando su pueblo y necesitaban ayuda urgente.

Después de comprometer a la Defensa Civil de Ocros a acompañarnos, en tanto los del puesto policial reunían más refuerzos en los pagos cercanos, nosotros nos pusimos en marcha. Desde hacía varios días ya nos hallábamos recorriendo diversos parajes de la zona roja con ganas de entrar en acción, y ve pues quién te dice que por acá cerca estaba la fiesta, con las ganas que tenían de matar terrucos, carajo.

No contento con los refuerzos que traería la policía, el oficial se comunica por radio con los «cabitos» de Huamanga: ¡Papá Charly! ¡Papá Charly! ¡Papá Charly!, llama entre el ruido ronco y silbante del aparato... ¡Adelante! ¡Identifíquese! ¡Cambio!, se oye que contestan... ¡Cuacuac, pato, cuacuac! ¡Aquí, Camión, Papá Charly! ¡Cambio!... Después del santo y seña y la identificación, se oye que contestan, ¡Perfecto, te escucho, Camión! ¡Cambio!... y después de comunicarle las urgencias y darle datos exactos del lugar donde nos hallamos, el oficial corta, y ahora sí, frotándose las manos, sonriente, nos dice a los infantes, Estamos bien, pumas, ya vienen, y sale humo de su boca por el frío que está haciendo.

A media cuesta hacia la cumbre, ven arriba en una hendidura de la montaña, la silueta de un hombre armado, como esperándonos sin miedo el puta. ¡Alto todos!, ¿veíamos?, el oficial señalando con el dedo, ¿era un vigía? Y el jefe de los ronderos de Ocros, todo serio él, no jefecito, espantajo solamente; así dejaban siempre los senderos para confundir, miraran bien, ese fusil no era fusil, solo un palo nomás. Y el oficial, luego de mirar con sus binoculares, coloreándose, Ah, carajo, terrucos de mierda, querían engañarles, ¿eh? Al otro lado del cerro se oyen en esos momentos detonaciones y estampidos de fusilería, Esos sí eran ellos, patrón, habla con la cara de susto Mariano Ochante, si habían vencido estarían haciendo

escarmiento, quién sabe. El oficial se vuelve de pronto. Observa los rostros belicosos y ansiosos de los ronderos, enarbolando machetes, hachas, lanzas, cuchillos, cocobolos y retrocargas. Les hace tomar alto y en seguida da instrucciones. Los pumas alistamos nuestro armamento.

Ella vería más tarde, cuando la conducían a la plaza tres hombres encapuchados, cómo algunos ronderos —los últimos en rendirse después de una persecución feroz por entre casas, huertas, chacras, entre el ladrido de los perros y el alboroto de las gallinas, cuyes, chanchos— eran arrastrados hacia el atrio de la iglesia donde se encontraban los demás prisioneros, echados, con las manos en la nuca.

Luego de cotejar con la lista de nombres que llevaban, los prisioneros recién traídos fueron masacrados a machetazos y cuchilladas, mientras sus casas eran incendiadas y dinamitadas.

A don Edilberto Huarhua lo torturaron antes de matarlo. Primero poniéndole un filudo cuchillo en la garganta, ¿Conque tú eres el cabecilla de estos cabezas negras, no? ¡Traidor yana uma, carajo, como un perro vas a morir!... Después con un lazo en su cuello lo empezaron a ahorcar, hasta que perdió el conocimiento. Despertó cuando le cortaban el cuello. Pero en vez de gritar, lanzó un escupitajo al rostro de uno de sus ejecutantes. Este lo cosió a puñaladas.

En seguida mataron a catorce personas, sacándolas de entre el grupo en el que ella se encontraba. Algunas de esas personas fueron: Leonor Barrientos, una muchacha a quien vieron pasear alguna vez de la mano con un sinchi. También Juan Alayza, quien había participado en Ocos en operativos contrasubversivos como licenciado del ejército que era. Cirilo Domínguez, suegro de un policía que estaba destacado en Acosvinchos. También mataron a Dionisia Achahuanco, comerciante y criandera; a Mañuco Ricse, dueño de la única tiendita de abarrotes antes que Illaurocancha fuese zona liberada, por

haber dado alimentos a una patrulla que pasó últimamente por la altura. A los esposos Pedro Huacre y Virginia Huaroto, que habían sido notificados por Sendero por haber intentado apropiarse de una manada de carneros de Simón Ticona.

Después de esa matanza, dirigiéndose a los que se hallaban tendidos con las manos en la nuca y a los que se encontraban de pie también — ordenándoles a estos últimos tirarse de barriga—, Santos dio la orden a los niños de once a trece años, hacerse responsables de la ejecución. Con el revólver temblándoles en la mano hicieron los disparos. Dos balazos a cada uno en la nuca acabaron con la vida de los prisioneros y el temor de los wambras.

Luego de esa acción, Santos ordenó a los presentes que aplaudieran, amenazando que correrían la misma suerte si no lo hacían. La población, que veía todo como en una pesadilla, como sin juicio que estuvieran, aplaudieron. Angicha, subiéndose a un altito, habló fuerte: «Pueblos de Illaurocancha, Chumbes, Pujas, Buenavista y demás aliados, vuelvan a sus chacras, no sigan amontonados, el Partido ya cobró su venganza por la sangre derramada de sus compañeros...». Banderas rojas y pintas con la hoz y el martillo dejaron después por todas partes.

Luego ella vio cómo se concentraban en el canchoncito detrás de la escuela y después de vocear sus números se alistaban para retirarse del pueblo.

Al poco rato subían la cuesta de los Alayza cantando. La mayoría de los que cantaban con más fervor eran los niños. La letra cambiada de «Adiós pueblo de Ayacucho» era coreada por los adultos:

*Adiós cerros de Illaurocancha
si estamos vivos
volviendo estaremos
como ahora.*

Después se alzó la música de algunos instrumentos: quenás, zampoñas, flautas.

Las casas incendiadas seguían consumiéndose entre el llanto y la desolación.

Ella no pudo reconocer a su hijo. Se quedó en la duda si habría venido o no. En todo caso, estaba visto que él no quería encontrarse con ella. La última vez que llegó, le dijo, Mamita, haz de cuenta que he muerto, olvídate de mí, yo pertenezco por entero a la revolución.

¿Veían, veían, compañeros?, grita Santos acabando de descubrir a los marinos al frente de doscientos ronderos, avanzando a cerrarles el paso cuando ya iban a ganar la cumbre.

Tú, empuñado bien tu fal, quitándote el pasamontañas de lana que te sofoca por el calor acumulado en la subida, corres a tomar tu puesto, según las indicaciones que hacen los mandos, Tomaran posiciones, compañeros, ya verían los miserables perros del Gobierno y las mesnadas negras lo caro que cuesta derramar la sangre de los revolucionarios. El sol está que se esconde tras los cerros, chorreando su luz pálida sobre los falderíos. Angicha se mueve de un lado a otro dando órdenes, Omar, Julio, Miguel, listos al frente de sus pelotones, ¡vamos combatientes!, ¡ánimo milicianos!, ahora verían los miserables yana umas...

Nazario Huayta, de Cayara, armado de una honda, fue el que rompió el ataque lanzando pedruscos más grandes que la cabeza de un cristiano, antes de que se escuche el primer disparo. Dos piedras lanzadas por Nazario Huayta, una tras otra, dieron en el blanco descalabrando cabezas. Sonó la descarga de fusilería de ambos lados y estallaron bombas caseras y granadas arrojadas con hondas de aquí y de allá.

Las detonaciones, el polvo, la humera, lo invadían todo. Los combatientes se restregaban los ojos, tosían, avanzando a acometerse como dos tropas de

leones. Tú disparabas con tu revólver, y acabas de acertar en medio de los ojos de un marino que, huicapeándose como una gallina cuando le tuercen el pescuezo, cae al suelo. El primer «base» que hundió su rejón en la garganta de un rondero fue Mariano Alanya, de Accomarca. ¡Huajeee!, gritó con júbilo como cuando borracho en las fiestas de su pueblo triunfaba en las trompeaderas. Después, sacando su arma entre la sangre que chisgueteaba del cuello del moribundo, chocó fierros con el hijo de este, que acudió en su defensa tardíamente. Las mujeres senderistas también, como hombres peleaban, de igual a igual con el enemigo, atacando con machetes y metiendo puñaladas, gritando en todo momento, dando vivas con sus voces chillonas a la República Popular de Nueva Democracia. Los niños senderistas se prendían de las piernas de los ronderos, haciéndolos caer, mientras otros los atacaban con lanzas, machete o cuchillo. Un marino suelta su metralleta humeante impactado por una pedrada, y cuando logra sacar su revólver es cercado por varias mujeres. Se queda dudando con el arma en la mano, sin saber si disparar o entregarse; pero un hachazo le parte el rostro. Uno de sus compañeros que ha querido auxiliarle llega tarde y siente que una pica acaba de clavarse en su espalda, haciéndolo saltar con un grito espantoso. Corre un trecho con la lanza colgando de su espalda y cae a tierra.

Tú avanzas disparando, pisando cuerpos agónicos que intentan agarrarte de las piernas y gritan cuando brincas sobre ellos.

El oficial de los marinos, uno medio colorado, ha sido herido. Se agarra el hombro haciendo una mueca de dolor. Un grupo de senderistas corre a rematarlo. Reaccionando a tiempo, con los ojos echando chispas, los barre con su ametralladora, en tanto acuden en su ayuda tres infantes.

Un rondero se lanza sobre ti a darte un machetazo. A las justas haces un quite, pero tropiezas y caes. Es ahí cuando el hombre alza nuevamente su arma y suelta el golpe, solo que al vacío nomás porque con agilidad de gato has dado una rápida vuelta en el suelo y, antes que pueda acometer otra vez,

Urpay acaba de dispararle con su revólver por la espalda. Te incorporas, agradeces a la muchacha con un gesto y corres hacia donde varios «bases» acaban de cercarlo a un marino. Arrodillándose, el hombre llora que no lo mataran: era el único hijo de padres ancianos. ¿Ah, sí?, los milicianos se burlan de él, ¿y ellos no los tenían acaso? Atatau, hom, ¡aj!, ¿tan musculoso y buen mozo y llorando como mujer? Seis hachazos lo convierten en una masa sanguinolenta.

Ya los infantes de marina y los ronderos huían a la desbandada malamente asustados, cuando en eso, para mala suerte de ustedes, se siente la aproximación de varios helicópteros, al mismo tiempo que por los cerros cercanos aparecen los policías del puesto de Ocros con más civiles reclutados para enfrentarlos. Esto los desconcierta. Los mandos, advirtiendo el peligro, ordenan a gritos, Huyeran compañeros en distintas direcciones para evitar el cerco. La mayoría se lanza quebrada abajo, hacia el río, por donde al parecer se abre la mayor brecha de escape. Los de la contención se ven obligados a quedarse en lo alto para cubrirles la retirada. Los infantes de marina y los ronderos que huían, alentados por la llegada de los refuerzos, vuelven sobre sus pasos y se lanzan también a la carga.

Firmes en su puesto de la contención, Santos y un grupo de combatientes —entre los que te hallas— los reciben con ráfagas de metralla, apretando el gatillo hasta recalentar el cañón, teniendo que cambiar las cacerinas rápidamente.

El tableteo es terrible, incesante, y ustedes siguen ahí, dando vivas a la lucha armada. Tú no eras del grupo de contención, pero cogiendo la metralleta de Mario Buitrón, que cayó muerto en tu delante antes que aparecieran los helicópteros, te habías propuesto reemplazarlo.

Ahora solo cinco de ustedes han logrado atrincherarse tras una loma, luego que viste caer a Paulina, Micaela, Julio, Miguel y el Pampino. Omar y Santos

se hallan heridos a tu lado. El primero con varias balas en el vientre y el segundo con la pierna destrozada. Como nunca lo ves pálido a Omar, no por miedo, sino por la sangre que está perdiendo. Dice tener sed, mucha sed. Los helicópteros, después de haber hecho descender en paracaídas a los «cabitos», que se unen a los demás atacantes, desde el alto están ametrallando y lanzando granadas a los que huyen por la quebrada.

Santos y Omar te piden a ti, a Mallga y a Medardo que huyan cuando intentan ayudarlos a escapar cargándolos. Ambos tienen el rostro lleno de sudor. Omar le pide a Mallga que le ayude a sacarse la camisa. Después, cogiendo su fusil, dice enérgico:

—Ahora sí, váyanse, ¿quieren?, antes que sea demasiado tarde...

—Sí —lo apoya Santos, tomando el fusil de Medardo y entregándole su metralleta—, huyan, compañeros, la revolución los necesita. Más valen tres vivos que cinco muertos. ¡Huyan! ¡Es una orden! —se desespera.

Entonces ustedes, dando un salto, bien empuñadas sus armas, ocultándose entre los accidentes de la colina y las cabuyas, huyen ladera abajo, agachándose agachándose para no ser vistos por los atacantes de tierra.

Ya no alcanzas a oír la conversación de Santos y Omar.

—Trata de no desmayarte, compañero —dice Santos—. Estamos vivos y hay que seguir peleando hasta el último.

—Sí —dice Omar con voz débil, en tanto taponea con su camisa la sangre que mana abundante de su cuerpo, la que se mezcla con la tierra haciéndose barro—, aunque el aire me falta, fuerzas también...

—¡Mística, Omar! ¡Levanta! ¡Piensa en el Partido! —dice Santos tratando de impulsarse con los brazos y la pierna sana, mientras la otra sigue desangrándose.

Omar jadea, siente que su vista se nubla. Santos se desespera:

—¡Háblame algo, carajo! ¡No sucumbas!

Y la voz débil como un susurro:

—¿De qué te puedo hablar?

—De lo que sea, ¡levanta ese ánimo! ¡Levanta!

—Me hubiera... gustado despedirme —dice Omar con la voz entrecortada haciendo una mueca que intenta ser una sonrisa—... de mi novia huamanguina... a quien... a quien dejé por seguir... este otro destino...

—Y yo —dice Santos, sintiendo que sus pocas fuerzas le abandonan— hubiera querido abrazar por última vez a mi hijita Natalí... quien debe estar aguardándome allá en mi casita de...

Interrumpió sus palabras cuando los soldados de un helicóptero, que acababan de descubrirlos, se aprestaban a bombardear el lugar.

Omar aún pudo alargar la mano para empuñar su fal, pero se le derrumbó cuando intentaba dirigirlo hacia arriba. Santos, echándose de espaldas, apuntó al aparato, que volaba muy bajo.

—Mis balas ya no les llegará —dijo Omar entre estertores—. Las tuyas quizás, compañero...

Santos ya no le oyó, pues acababa de hacer el disparo. En eso, sintió que una explosión lo elevaba por los aires en medio de una nube de polvo y que de pronto todo desaparecía.

A lo lejos vislumbré el cerro en forma de ushno, después de larga caminata siguiendo ese sendero que me indicara Taita Rumi y del que temí en un comienzo que se perdería cerca, acaso pasando los montecitos de zarza.

Al fondo, casi tocando con su cresta altísima el cielo, podía distinguirse el pico de una montaña de nieve. Ahora sí estaba segura de encontrarme cerca de Chuyas.

En el trayecto, primero tuve que bajar a un valle poblado de trinos de toda laya deavecillas que alegres saltaban entre las frondas. Entre esos bosques discurrían bullangueros arroyitos de aguas limpias, chuyas, cristalinas, reverberando a la luz rojiza del atardecer. Bajaban de esas cumbres de nieves

perpetuas en las que, según me habían dicho las Almas de la Sentencia, se hallaba la figura esculpida del Gran Gápaj.

—¡Khuya yacu! ¡Agua de amor! —diciendo bebí de esas agüitas diáfanas, hasta hartarme; sintiendo que me fortificaban, que me llenaban de ánimo.

Después avancé subida subida nomás hasta llegar a un lugar donde había espinas regadas por el suelo a todo lo ancho del angosto sendero que culebreaba entre unas peñas y la ladera. «Esas espinas son de corona casha, mujer, me habían dicho las Almas de la Sentencia, hay que pasar descalzándose, sin miedo, para limpiar los pecados». Entonces, para que mi penitencia fuese más completa, me hiqué, y empecé a caminar así, de rodillas, sintiendo los hincos que no eran muy fuertes felizmente. Se podían soportar. «El dolor es según los pecados, hay quienes ni lo sienten».

Continuaba el camino de subida, con hierbas verdecitas que alfombraban el suelo. Toda esa travesía estaba salpicada de flores de garamatish que aromaban el aire y que yo iba recogiendo.

Ya en la cumbre del ushno, vi tres piedras plomas, grandes, plantadas como estatuas, bajo un cielo armo. Al frente, relumbraba la montaña de nieve, donde, de veras, entre el raro matiz de azulinas sombras y de los rayos del atardecer, se podía observar perfilada con toda nitidez, en la falda de la eminencia mayor de la cima, la figura de un puma con las fauces abiertas, paradas las orejas puntiagudas de gato, desplegadas sus enormes alas de cóndor y, amenazantes, sus zarpas como cabezas de culebras. «Sus ojos, mujer, son el relámpago; su voz, el trueno; sus orines, la lluvia».

Conmovida ante tal visión, me prosterné besando la tierra, rezando:

Dios Puma, dios Cóndor, dios Culebra

que unidos forman Wirakocha

quien reina en todos los espacios:

arriba, abajo, acá;

que tu eterna voluntad

*sea siempre, Padre,
la única que florezca
en el infinito Wiñaypacha.*

Después de rezar me dirigí a las piedras sacando mi rebozo. «Tienes que hacer simulación de cargar esas piedras, mujer, encomendándote».

Envolviendo a la primera, me tendí en el suelo e hice como que la alzaba, diciendo: «Alzo esta piedra por el dios Wari Wirakocha en su forma de cóndor». Y deposité un ramo de flores. En seguida, descalzándome, di tres vueltas alrededor de la piedra, pidiéndole me ayudara a subir al Janaq Pacha. Luego me dirigí a la otra piedra. La envolví con mi rebozo como a la anterior, y dije: «Alzo esta piedra por el dios Puma, el cuerpo del Padre aquí en la tierra». Dejé un ramo de flores de garamatish y di también tres vueltas a su alrededor. Finalmente hice lo propio con el dios Culebra, rezándole la oración que yo sabía.

Emocionada me encaminé después hacia el nevado.

Luego de larga caminata, sin tropiezos felizmente, ascendía ya por fin por las faldas de aquel. Más arriba, se veía una cascada, de donde venía el agüita por un cauce de culebra.

Inclinándome, bebí. Y continué ascendiendo hasta que me topé con una peña por la que había que trepar dificultosamente si es que se quería seguir subiendo. El lugar era resbaladizo debido a la humedad y a los hongos. Me decidí y lo hice, aunque quedé agotada.

A pesar de haber llegado a la parte donde empezaba la nieve, no sentía frío. En eso, apareció de pronto, medio oculto entre las capas nevadas, un escalón de piedra labrada. Sentí alegría por ese descubrimiento. Ojalá pueda llevarme hasta la cima, pensando. Ciertamente, más arriba la escalinata continuaba interminable y, al parecer, libre de nieve, como un camino de fácil tránsito. Sin embargo, a poco de avanzar, un alud casito me sepulta, salvándome de suerte. Pero seguí, seguí nomás con mucha fe en mi corazón.

Ya las sombras de la noche oscurecían la tierra y yo continuaba subiendo, descansando descansando.

Cerca ya de la cumbre, vi que una nube ocultaba la figura del Gran Gápaj, mientras los escalones por donde yo subía se iban volviendo de nieve y, más allá, de nubes, hasta que me di cuenta que caminaba por el atoj ñan, o camino del zorro, un sendero de nube que, alzándose a un lado de la cima, me transportaba, en leves sinuosidades, hacia el Janaq Pacha, ese rato en que, recelosas, salían a alumbrar la tierra una que otra estrella lejana.

... Esa vez después del enfrentamiento con los terrucos, vino el mismo general Noel, jefe de la zona de emergencia, a constatar lo que había pasado... Le pedimos antes que partiera en el helicóptero que lo trajo, que urgente pusiera un puesto policial en nuestro pueblo, porque cualquier rato podrían venir de nuevo los senderos y aniquilarnos a los pocos que quedábamos...

Entonces el hombre nos dio la buena nueva diciéndonos que en vez de puesto, iba a ordenar que se instale una base antisubversiva, con tropas del ejército o de la infantería de marina, para que controle no solo Illaurocancha, sino también las demás comunidades cercanas. Y para eso, ya había visto que el mejor lugar para un campamento, sería abajito, en la falda, junto al puente Pampas, donde había espacio para que asentaran helicópteros, y como que serviría también para hacer control de los viajantes y restablecer la comunicación entre los pueblos de Apurímac, Cusco y Ayacucho... Y en de veras, cumplió antes que lo sacaran del ejército o renunciara, no sé, acusado de haber ordenado la matanza de ocho periodistas en Uchuraccay y de tantas otras muertes que menudearon desde que se instaló el ejército por estos lugares... Lejos de ser protección para los campesinos, el ejército empezó a hacer abuso de comuneros inocentes. Arrasó con pueblos enteros que nada tenían que ver con Sendero, haciéndoles desaparecer, robando sus cositas,

consumiéndoles sus comiditas... El ministro de guerra dizque era de la idea que para acabar con la subversión había que matar a senderistas y no senderistas. De sesenta sospechosos que se elimine, había dicho, cuando menos uno ha de ser terruco verdadero... Aconsejó también al Gobierno que trajera asesores de la marina argentina, ya que esos estaban experimentados en haber hecho desaparecer a los subversivos en su país... El reclutamiento para formar rondas campesinas fue intenso... A mí, a pesar de mi edad algo avanzada, me enviaron en un contingente de estos lugares al valle del río Apurímac, en la provincia de La Mar, donde la infantería de marina nos dio orientaciones militares en el manejo de armas y explosivos... Una vez por semana organizaban el operativo «rastrillo», en el que cientos de ronderos hacíamos el rebusque de los alzados por pueblos, cerros y quebradas... Helicópteros camuflados del ejército, carros blindados y patrullas a pie hacían otro tanto... Estaban haciendo pues la guerra total en Ayacucho, pero «guerra sucia» nomás, como dirían en el radio, porque los verdaderos senderistas no aparecían... Se rumoreaba que se hallaban refugiados en los que algunos llamaban «campamentos de retirada» en las selvas tanto del río Apurímac, como por Tingo María y toda la región del Huallaga, donde, según decían, estaban cobrando cupos a los narcotraficantes y negociando armamentos con ellos. Los militares se rascaban todavía la cabeza queriendo dar con el propio Abimael Guzmán o con su ejército, frente a frente... Ah, pucha, decían, cómo nomás nos dieran cara esos delincuentes comunistas, pero no se atreven los muy cobardes... Sin embargo, saliendo de cuando en cuando de sus escondites, los terrucos emboscaban a las patrullas del ejército causándoles serias bajas o atacaban a pueblos organizados en rondas de autodefensa... De ese modo, en tanto se descubrían fosas comunes de las muertes que el ejército y la policía hicieron en Pucayacu, Soccos, Pomatambo, Parcco, Accomarca, Cayara y otros lugares, los senderistas también seguían haciendo matanzas de pueblos enteros, como Lucanamarca,

Huancasancos, Sacsamarca, Cochabamba, Marcas, Iribamba y más otros también... Y en las ciudades seguían asesinando policías, funcionarios del Estado, incendiando fábricas, produciendo apagones en Lima y otras ciudades importantes, ordenando al mismo tiempo a las poblaciones a acatar los paros armados que convocaban, sea para protestar por algo o tratando de impedir las elecciones municipales o presidenciales... No habiendo tenido éxito en estas últimas acciones, se dedicaron también a eliminar alcaldes y tenientes gobernadores de diferentes distritos y provincias de los departamentos de Huánuco, Áncash, Puno, Pasco, Cusco, aparte de Ayacucho y Apurímac... Estaban empeñados por pasar dizque a otra etapa de su lucha armada: «Incendiar la pradera», según lo difundían en volantes, que consistía en el cerco a las ciudades y a la capital, sobre todo, con batallones de su ejército guerrillero popular, que haría enfrentamientos directos a las fuerzas armadas... Pero esa situación no parecía muy cercana todavía, porque el ejército peruano estaba fuerte y más todavía con el apoyo que, según decían, estaba dando por lo bajo Estados Unidos, con el pretexto de combatir el narcotráfico... Yo me había quedado a vivir un buen tiempo como refugiado en lugares como Pichiwillca, Palmapampa, Rinconada Baja, Triboline... En Oreja de Perro participé en los operativos que hacía el comandante Huayhuaco, un civil a quien el mismo presidente García Pérez, que sucedió a Belaúnde, obsequió su pistola cuando le oyó decir que él con sus montoneros o «montunos» —como nos llamaban también a los ronderos— haría desaparecer a Sendero en unos cuantos meses... Vargas Llosa, ese hombre a quien Belaúnde comisionó anteriormente para que averiguara sobre la muerte de los periodistas en Uchuraccay, también oímos que felicitaba a Huayhuaco por radio... Este se hallaba emocionado, sobre todo cuando ofrecieron darnos armas... porque hasta entonces nosotros mismos estábamos fabricando nuestros fusiles con tubos galvanizados y mangos de madera, al que llamábamos «hechizos»... Posteriormente cuando surgieron rumores que

Huay-

huaco antes había sido narco, empezó a perder apoyo y muchos nos apartamos... De ese modo, me volví a este mi pueblo, donde apenas llegado nomás, un capitán del ejército, que se hacía llamar «Lince», me nombró teniente gobernador contra mi voluntad, porque lo que yo quería era descansar y olvidarme de todo... Me amenazó cuando quise negarme... A raíz de eso es pues que mi trabajo ha consistido en informar la llegada de los extraños, pasar lista a la población todas las noches y avisar de todo movimiento sospechoso... Hasta que llegaron los senderos y me balearon... Por eso ahora no quiero saber nada... A veces oigo que vienen los soldados a controlar ellos mismos... disparando dos o tres ráfagas cortas asoman, y mandan alborotar las campanas...

Cuando para acá y para allá andaban a las escapadas de las mesnadas del Gobierno los trece combatientes del pelotón que tú y Mallga dirigían, luego de la muerte de Santos y la dispersión de la fuerza principal en el ataque a Illaurocancha, el Partido les hizo llegar órdenes, después de muchísimas lunas en que les habían perdido de vista, que se dirigieran a los campamentos de retirada en las selvas del río Apurímac, en el límite de los departamentos del Cusco y Ayacucho, en donde recibirían instrucciones precisas para continuar en la lucha.

Antes de dar respuesta al compañero que, identificándose con un botón de bronce que ya conocían ustedes, vino trayendo el mensaje y que se ofrecía además servirles de guía, tú y Mallga, en una reunión aparte que tuvieron con los compañeros del pelotón, decidieron acatar dichas órdenes porque en esos momentos, dado el cerrado control que sobre las comunidades ejercían las fuerzas armadas y policiales, les era difícil seguir concientizando a la masa campesina —aun cuando habían encontrado gran entusiasmo— sobre la formación de un ejército de puros naturales y con un programa de neto corte

tahuantinsuyano que ustedes pensaban aplicar en caso de salir finalmente victoriosos. Antolino Páucar, que era medio brujo, había dicho una noche observando tras un pañuelo las gradientes de la luna, que luego de quinientos años de dominación española se venía el pachacuti, correspondiéndoles esta vez a los naturales gozar plenamente de la edad venidera. Eso mismo les reafirmaba ahora, volviendo a observar las manchas en el cuerpo de la Mama Killa.

Mientras habían estado deliberando, las dos niñachas que estaban con Urpay, Marcelina de doce años y Florencia de trece, se habían esforzado por mantener la gravedad, disimulando la risa que quería vencerles en tanto observaban a Yanahuara, el wambra de solo diez años que, atento, con la mirada fija, escuchaba la conversadera, dejando de limpiar con su cuchillito —que siempre llevaba a la cintura en las caminatas— las ranuras llenas de tierra de su pistola.

Dándose cuenta de eso también ustedes, de la inocencia y falta de maduración de los niños, es que habrían llegado a la conclusión que por ahora no había otra alternativa que reincorporarse al Partido y seguir aprendiendo de los compañeros senderistas el arte de guerrear y de dirigir también y comprender que en los wambrachas sobre todo estaban las bases de la nueva revolución propiamente de los naturales, y que ustedes les irían formando lentamente, sin apuro.

Así, con ese acuerdo, levantaron la sesión.

Fue así como, al día siguiente nomás, iniciaron el viaje hacia el extremo oriental de la provincia de La Mar, hacia las selvas donde se refugiaban gran parte del contingente senderista.

Avanzaron primero por las punas de Huata, donde casito tuvieron enfrentamiento con una patrulla de soldados cuando, habiéndose detenido, hacían hervir papas en una choza abandonada de pastores. Fue Yanahuara

quien dio aviso a tiempo. Orinaba tras la choza, cuando vio a lo lejos asomarse como fantasmas a un grupo de cachaquitos medio arrastrándose, todo débiles. Al parecer, varios días ya estarían caminando de hambre y sed seguramente.

Agarrando sus cosas y dejando las papas a medio hervir, escaparon. Las recomendaciones que tantas veces les hizo Angicha en los entrenamientos, aún resonaba en la mente de ustedes: «Cuando el enemigo avanza es mejor retroceder, cuando descansa hay que hostigarlo; si se halla fatigado, hay que atacarlo y cuando se retira, perseguirlo». A propósito, ¿qué sería de ella, de tu señorita? Tantas veces la habías soñado, y siempre en tus sueños terminaba ella confundándose con Hilda, la pasña que pastoreaba contigo en los tiempos de tu infancia y a quien le gustaba poner granitos de azúcar en la rayita de su boca al illa torito que siempre llevas en tu cuello y que te lo encontraste al pie de Pedro Orcco, la montaña, quien te haría obsequio seguro como tu padre que era. «Ese illa hará abundar el ganado de la comunidad», decía ella, alegre, acariciando la esculturita natural de piedra, más pequeña que un dedo meñique. Ya no recordabas bien el rostro de Hildacha, pero cada que querías hacerlo te bastaba imaginarte a Angicha niña, y allí estaba tu pastorita. Aunque últimamente, dado el tiempo transcurrido sin verla —y sin saber si quedó viva o muerta después del ataque a Illaurocancha—, el rostro de Angicha también se te iba difuminando.

Primero llegaron a Mayapu, abriéndose paso entre la enmarañada vegetación y soportando el sofocante calor. Para poder alimentarse tuvieron que pedir «colaboración» en nombre de la lucha armada a los comerciantes de cacao, café y coca.

Un viernes por la tarde asomaron a Canayre, surcando el río en una balsa construida por el guía con ayuda de ustedes. Un tiempo había sido balsero en el río Mantaro.

Apenas desembarcaron, unos hombres armados con escopetas —a la vista combatientes guerrilleros—, se presentaron en nombre del Partido Comunista del Perú y les pidieron documentos. Mas el guía, identificándose con el santo y seña respectivo y con el distintivo que portaba, les presentó a ustedes.

Al saber quiénes eran, vinieron a darles la mano y a abrazarles, Bienvenidos, compañeros.

Esa noche pernoctaron en una casa abandonada. Al día siguiente, la gente del lugar estaba alborotada: dieciocho guerrilleros venidos de Acón dijeron que las tropas del ejército, acantonadas en Sivia, los perseguía. La gente, no queriendo ser víctima de la represión, decidió huir: algunos a Mejorada y otros a Villa Progreso, selva adentro, dirigidos por un joven llamado Leopoldo. Algunos del pueblo que habían estado escondidos en el monte también huyeron.

En un claro de la selva, luego de dejar atrás caminos bloqueados con troncos y trampas de dos metros de profundidad cubiertas con ramas, estaba el campamento guerrillero. Tres hombres hacían turno de vigilancia con las carabinas en bandolera cuando llegaron. Un campito deportivo había también y viviendas levantadas con troncos y ramas. Aparte de aquellos, había un grupo como de diez personas, entre hombres y mujeres, a quienes fueron presentados. Una muchacha te llamó la atención: vestía uniforme de campaña como los demás: una chompa delgada, negra; pantalón verde olivo, botas, además de correajes para el armamento. Sonriente, se bajó el cuello de la chompa que le cubría el rostro hasta cerca de los ojos, y casi te caíste de alegría al reconocerla: era Angicha, quien te abrazó con hartos afecto.

«El alma buena que se va al encuentro del dios Wari Wirakocha, primero cruzará el río blanco. De ahí seguirá por el camino de venado, en cuyo término se halla la Chacana o el gran puente sobre el mundo. Allí está Dios».

Cuando me encontraba dudando en la región grande del Janaq Pacha por donde nomás llegaría al Koyllur Mayu, el gran río lechoso que vemos desde la tierra, un enorme cóndor, brillando en la oscuridad de la noche, me hizo comprender que el mismo Gápaj, el Hacedor del mundo, Wari Wirakocha, estaba guiando mi camino. «Gracias, Padre; gracias, Taita, ahora sé que es tu permisión llevarme a tu lado». Así diciendo, yo avanzaba, como flotando, por esos campos iluminados con luz de plata, por donde correteaban venados, cabrillas, alpacas y vicuñas. Por ahí se hallaban también brillando el Arado, que tantas veces había visto yo desde la tierra. Y un poco más lejos, pude ver paradita como una sombra, con sus ojos que relumbraban, a la Yacana, esa llama que dicen que a veces baja a la medianoche, sin que la sientan ni la vean, a beberse el agua del mar; que si no se bebiera de vez en vez esa agua, el mundo quedaría sepultado. La estrella Yutu o perdiz salió volando cerca de mis pies, en silencio.

Cuando alcé la vista para seguir el vuelo del gran cóndor, luego que logré avistar ese ancho río blanquecino, como un mar calmoso, orillado de retamas, kantutas y amancaes, lo vi fijo en las alturas, abiertas las alas, más allá del Koyllur Mayu, alumbrando el mundo como la gran cruz del sur.

Henchida de felicidad, vi de pronto aparecer, corriendo en esos campos con olor a retamas, a Wayra, mi allko negro, sacada su lengua todavía en esa región silenciosa. ¡Allau!, estaría viniendo seguro mi animalito a ayudarme a cruzar las aguas blanquísimas de la Yacu Mama, que con sus ojos centellantes de gran serpiente que recorre los tres mundos, me estaría tanteando hoy que me hallaba en el reino de los dioses.

—Aquí vine a esperarte, Rosa —dijo al llegar, lamiéndome la mano—, ya sabía que alguna vez llegarías.

—Me dejaste sola —le dije abrazándole—. Te extrañé tanto, Wayra.

—Fue la permisión de los dioses lo que nos hizo separarnos; pero ya estás, ya estás en la gran región; ahora te ayudaré a pasar el río donde al otro lado te

espera el Taita.

—Gracias, Wayra; gracias mi buen allko. Entonces me dijo que agarrándome de su rabo procurara no soltarme de él, pues íbamos a cruzar esas aguas lechosas caminando sobre un puente del grosor de un cabello. Él iría adelante y yo atrás.

—No temas —me dijo—, el puente resistirá tu peso; ya debes estar purificada con todos los padecimientos que has tenido.

En esta orilla de la Yacu Mama, a la sombra de retamas y kantutas, muchos perros dormían en espera de sus dueños.

Caminando ya con Wayra sobre el finísimo puente, pude constatar con alegría que tranquilamente resistía mi peso. En realidad, a mí me parecía estar yendo sobre el aire solamente.

¿En Ayacucho?... ¿El Presidente de la República?... ¿El señor Gobierno?... ¿Y a qué nomás ha venido pues?... ¡Vaya! ¿A Illaurocancha también viene?... ¿Ese que acaba de llegar es?... ¿El de terno y banda en el pecho?... ¿Y los otros?... ¿Quiénes son los otros?... ¿Sus ministros?... Uno es Huayhuaco, agarrado su «hechizo» está marchando a su lado... También el general Noel... lo saluda tocándose la gorra... Da su discurso el Presidente... su cabeza deja de ser de persona y se vuelve de llama... ¿una jarjacha acaso?... Bota fuego mientras habla... Ah, pucha, qué cantidad de gente ha venido a escucharlo... de Ongoy, Chicmu, Ayrabamba, Pacucha, Ocros, Chumbes, Parcco...y siguen llegando de todas partes con banderolas y pancartas... ¿Qué dicen?... ¡Viva el presidente Gonzalo! ¡Viva la guerra popular!... La llama ya no es llama... el que habla ahora es Abimael dicen... Un hombre de barba es... agita su bandera roja y atrás de él un sol rojo acaba de explotar como una granada... ¡Ay, Dios!, casito me alcanzan esas astillas... Y ahí está hablando de nuevo el señor Gobierno... Varios conocidos están aplaudiéndolo... Angicha, vestida de ñusta y con su fusil a la

espalda... Santos, con ropa de pescador agarrándose la cara a ratos, con la muela que parece dolerle... Liborio con su mamá doña Rosa Cuchillo a un costado están friendo chicharrón... Omar y Edith, en una esquina de la plaza, aguaitan... Junto a ellos hay milicianos, bien a la metralleta y con granadas en la mano... Huayhuaco camina por el techo de una casa llamándolo a un huishqu que vuela muy alto... El Presidente sigue hablando en el balcón del Municipio... ahora sonríe... La gente ha aumentado, ¡ishshsh!, parecen hormigas todavía... Quieren acercarse más y más a darle la mano... El hombre se asusta... la presión de la muchedumbre es tanta que están haciéndolo temblar el edificio... y ¡ve!, lo derrumbaron... Puro polvo y gritería se levanta... Ahí está el hombre de barba que dicen que es Abimael... quejándose, con el rostro ensangrentado está saliendo de entre los escombros... Angicha y Santos han corrido a ayudarlo... Omar, Edith y todo su grupo corren, a su vez, con una camilla a auxiliarlo... Huayhuaco ríe en una esquina agarrándose la barriga... ¿y el Presidente?, ¿el señor Gobierno?... Ahí está elevándose como un globo, bien al terno y con su banda... El cielo se ve azuloso, salpicado de estrellas. La gente está corriendo porque según parece asentará al otro lado de Pedro Orcco, por Pirurirca, por ahí... Todos corren... Yo también... pueda o no pueda, sintiendo que me duele todo mi cuerpo estoy corriendo... Va a dar ropa, víveres, dicen... Ha pasado un cerro, otro cerro. Está bajando al puente Pampas... los marinos que vigilan la zona se tiran cuerpo a tierra y comienzan a rampar creyendo que es el enemigo... El Presidente desde lo alto les resondra, hace gestos que los otros no entienden... Ha caído al agua... Alegre está que se baña... Nosotros ya llegamos donde se encuentra... ¡Queremos víveres, ropa, armas!, le gritamos... Otra vez se eleva... El viento lo lleva en dirección a Pampas... Subimos por la cuesta de Ocros, entre tunales, cabuyas y cactus... Cansaos cansaos llegamos a Huamanga... Y en la plaza de armas lo encontramos otra vez discurseando... Imperturbable, no se altera aun cuando le dicen que los

terroristas están bajando por Acuchimay y por el cerro La Picota... Sus ministros también le advierten del peligro, a gritos, tratando de no caerse de la torre de la catedral... El Presidente sigue hablando... ¿Qué dice?... ¿que han ocurrido hechos lamentables y que por eso estaba aquí con sus ministros?... ¿que ha venido a dar su pleno respaldo a los que luchan con el enemigo interno?... La gente le grita que quiere ropa, víveres, armas... En eso, Huayhuaco, columpiándose de la soguilla del badajo, hace sonar la campana de la catedral con un ruido que a todos nos ensordece... En ese momento empiezan los bombazos y el ataque de los guerrilleros... De nuevo el Presidente se eleva como un muñeco iluminado... Flotando medio inclinado, arrastrado por el viento, se aleja, se aleja... No sabemos a dónde va a caer... Agotados continuamos por cerros, feas quebradas, nevados, ríos caudalosos, preguntando preguntando a los que encontramos si lo han visto... Estamos bajando a los arenales de la costa... lagartijas verdes y asustados saltojos cruzan por todos lados... De repente aparecen unas luces a lo lejos... una ciudad es... ¿pero qué ciudad nomás?... Lima, oigo que dicen, con voz desfalleciente, muertos de sed como yo... poquitos ya quedamos, todo rotos, flacos, sudorosos... ¿Y ahora?... ¿Qué pasó con el resto?... nadie me acompaña... Yo solo nomás estoy entrando en la ciudad... ¡Ajá!, ¿conque esta es Lima, no? ¡Ah, pucha, esos edificios se pierden entre las nubes... carros también por todos lados, qué cantidad... ¿Y ese que dirige el tránsito no es Abimael?... me guiña... Yo corro por una calleja... no vaya a ser que sus hombres traten de aniquilarme... ¡Ay, caramba!, todititas las luces se apagaron de un de repente... se oyen disparos y explosiones de bombas... La gente grita, se desparrama... los terroristas están tomando la ciudad, dicen... De veras, ahí veo algunos con capucha y metralletas... ¿y el Presidente?... ¿dónde estará de veras?... por mirar boquiabierto la ciudad me olvidé de él... En su palacio estará, quién sabe... ¿dónde quedará?... Una camionada de policías acaba de llegar... Yo estoy en la esquina de una plaza que tiene un

monumento donde un hombre, prosista, monta su caballo... la Plaza San Martín tal vez, de la que siempre hablaban mis paisanos que habían visitado Lima... Paradito, sin moverme, me hallo mirando... Unas bombas hacen volar a los guardias... Más guardias van llegando... y también soldados en unos carros verdes... El hombre del monumento se ha bajado y... todos los soldados se ponen a sus órdenes... Marchando se pierden por una calle ancha, en tanto aquel les hace marcar el paso... Libres, los terroristas empiezan a saquear las tiendas y a incendiar los edificios... Yo corro por una calle temiendo ser reconocido por alguno. En eso, una granada revienta en mi delante haciéndola astillas la vereda, levantando polvo... Asustado me detengo, temblando, sin saber cómo esos pedazos de cemento no me han hecho daño... cuando empieza a despejarse, lo veo en mi delante al Presidente, tirado sobre la vereda, lleno de sangre... Varios soldados llegan corriendo a auxiliarlo... De pronto, no sé cómo nomás, aparece doña Emilia Achahuanco con una canasta de frutas en su brazo, y le grita al hombre, que ya se está reanimando, ¡Toma, sírvete, ya que tú no nos diste!... y le arroja un plátano por la cara... el otro, dejando de quejarse, lo recoge del suelo y se sienta todo hambriento a pelarlo... entreverado con sangre y todo está que se lo come con gusto... Los soldados forcejean con doña Emilia queriéndosela llevar presa... Yo me acerco a defenderla, Qué tal lisura, diciendo, ¿así van a abusar de una pobre mujer?... Mas, me asusto al ver que los feos ojos, asesinos, de uno de los soldados, blanquean mirándome de mala manera... Me acobardo... Disimulo volteándome a mirar al otro lado de un puente... y es ahí cuando siento que a mis espaldas suena un tiro... y que me desmorono como una ruma de papas...

—Compañera Angicha —le dijiste acercándote a ella cuando miraba entre el monte los helicópteros artillados del ejército que habían pasado bajito, rastreándoles, y ahora estaban muy lejos y ustedes solos, rezagados de los

demás combatientes—, compañera, no sé cómo nomás hablarle lo que sintiendo está mi corazón...

Tu corazón brincoteaba loco adentro en tu pecho, lleno de ansiedad. Estaban en febrero y las lluvias caían torrencialmente. Tenías la cabeza ligeramente agachada como si hubieras cometido algún delito. Mirabas tus llanques, que se habían resistido a ser reemplazados por las botas del combatiente, y que ahora te hacían sentir más humilde todavía.

Ella se volvió. Su cara estaba encendida por el calor de la tarde. Vestía una blusa ceñida, de manga corta, tensada por sus senos pequeños, duritos, como dos naranjas jugosas del temple. Pantalón de vaquero, desteñido, bien pegado a los muslos, que espigaban su figura. Calzaba zapatillas y no botas o los gruesos zapatones de campaña de otras veces. Bien calzado en su cinturón, la cacha de su revólver destellaba en este día sin nubes, resplandeciente.

—¿Qué es, Liborio?, ¿de qué se trata? —cruzó los brazos haciéndose la que no había entendido.

Una lucecita de esperanza se encendió en tu corazón: «Liborio», sí, te había dicho Liborio y no Túpac o compañero Túpac como casi siempre.

—En todo este tiempo que he pasado sin verla, no he pensado más que en usted, mamita.

Ella sonrió ligeramente, al parecer complacida; mas en seguida se puso grave.

Muy lejos a la distancia se veían, azulosas, las feas puntas de una montaña, erizadas como dientes todavía. Pero aquí, en estas selvas, la vista se dulcificaba en ese cielo que se caía de puro azul. Había escampado luego de una torrencial lluvia en toda la noche y hasta parte de la mañana.

—Siéntate, vamos a conversar.

Alrededor de ustedes, crecía verdecita la huaylla, como los pastos de junio en tu tierra.

Se sentó. Te sentaste.

—¿Qué quieres decirme? —su voz era dulce. Eso te animó.

—Que como nunca antes mi corazón amándola está, mamita; feamente estoy enamorado de ti.

Ella pestañeó varias veces. Sus largas pestañas rizadas aleteaban como sombras sobre sus ojos. Sus mejillas coloreaban como manzanas. Nunca la habías visto más hermosa.

Suspiró levemente.

—Yo también he pensado siempre en ti, Liborio. Sin embargo, creo que un combatiente debe dar más importancia a la lucha que al amor. El deber está ante todo. La entrega a la causa debe ser total.

—¿Entonces hay que esperar que acabe la guerra para que me quieras, compañera?

Sonrió.

—No tanto como eso quizás; pero, a veces...

—¿A veces qué, mamay?

—A veces con tanta responsabilidad nos olvidamos hasta de amar... Pero más que eso, Túpac, tú no sabes las cosas feas que me hicieron los malditos sinchis antes que me recluyeran en la cárcel de Huamanga...

—No me lo cuentes, mamacha, pensando en eso también he sufrido. Pero tú no tuviste la culpa.

Suspiró hondamente.

Se silenciaron unos instantes. Y como para darle ánimo y darte valor a ti mismo pusiste tu mano sobre su hombro. Ella estaba como ida y no hizo nada por retirarla. Después, terminó cogiéndola, presionando con sus dedos tibios los tuyos, que ardían de pasión. En un ratito le transmitiste toda tu calentura y ella te sonrió, sí, te sonrió cuando la abrazaste entera. Y cuando se reclinó sobre ti, intentaste besarla; mas ella, mimosa, escondió su cara, cayéndote en el rostro sus negros cabellos alborotados. Un instante después, tendidos sobre

la huaylla mullida y fresca, tú succionabas la carnosa fresa de sus labios, acariciabas loco sus senos túrgidos y calzabas tu deseo duro entre sus muslos.

Una bandada de loros pasó chillando sobre sus cabezas y no muy lejos de ahí, entre la enmarañada vegetación, un halcón blanco que vino desde los Andes pisaba furiosamente a una paloma: taita Wiracocha, quién sabe, fertilizándola a la Pachamama.

Desde allí, desde Villa Progreso, ustedes controlaban los pagos cercanos que formaban parte de la Retirada: Nazángaro, Selva de Oro, Cerro Verde y José Olaya. Allí los terrenos que antes eran de propiedad privada, fueron repartidos a los peones por igual, aparte de lotes que eran cultivados y cosechados mediante faenas comunales.

Marcelino y Angicha eran los mandos de la llamada Columna N° 3 que operaba por esa zona. Aparte de los que habían llegado contigo, la mayoría era gente nueva. Muy pocos quedaban de aquella fuerza principal que recorría los límites de Ayacucho con Apurímac. Algunos habían desertado después del enfrentamiento en Illaurocancha; otros, pedido licencia, o estaban huidos por causa de la represión.

En el campamento hacían ejercicios a las seis de la mañana, bien registrados en un cuaderno, nombre por nombre. Más tarde venía formación, lista y un desayuno medio pobre nomás preparado en tres grandes ollas. A veces durante las comidas, se contaban ustedes cómo llegaron a ser del Partido o sus vidas personales. Así, había uno llamado Adrián que, según contaba, fue policía y que entró a la guerra abandonando a su esposa y a sus dos hijos. Estaba también una mujer gorda, de más de treinta años, que se metió a la guerra porque su hijo se había ofrecido como combatiente; ella tenía esposo y otros hijos que se habían quedado en su parcelita de San Francisco. Varias muchachas también habían que hasta hace poco estudiaban

en el colegio de Huanta, y seis niños de diez años para abajo, entre los que se hallaba Yanahuara.

En el día, todos estaban ocupados: algunos en campaña, otros de caza, cuidando animales o en la vigilancia.

Por las noches, si no planificaban acciones para mantener el control de los pagos, donde muy bien funcionaban los comités del Partido, recibían lecciones de política. A veces, tenían discusiones que duraban hasta el amanecer, como por ejemplo esas noches que discutían sobre el narcotráfico. Marcelino decía que era falso que el Partido estuviera apoyado por los narcos. Que eso lo decía el Gobierno para desprestigiarlos, pero que tampoco podían combatirlos, porque nuestros campesinos viven de la coca, compañeros, y aquellos, los narcos, les compran sus cultivos. Aprovechándose de eso, agregaba, con el pretexto de eliminar a los traficantes de la coca, los gobiernos del Perú y Estados Unidos se habían puesto de acuerdo para introducir a los «terribles» marines, soldados yanquis experimentados en la guerra del Vietnam, a fin de eliminarlos a ustedes. Pero lo único que estaban buscando, compañeros, tanto el ministro del interior como sus asesores yanquis, era encontrar su tumba en la selva.

Sobre los revolucionarios tupacamaristas también discutían. Esos dizque eran unos revisionistas, no sabían y no entendían lo que era el proceso de una lucha social en una república con una grave crisis. Túpac Amaru había dicho al visitador Areche: «Los dos somos responsables: tú, por opresor, y yo, por sublevarme»; pero no por eso los del MRTA podían tomar su nombre como un estandarte de lucha, él fue un elemento ejemplar que encabezó un levantamiento de clase en su época y no un simple reformista.

Mallga le preguntó qué hubiera pasado si Túpac Amaru hubiera vencido aquella vez. Seguramente habría organizado a los indios a la manera tahuantinsuyana, respondió, pero ya para eso hubiera tenido grandes problemas; tendría que haber eliminado o expulsado a todos los hombres de

raza blanca y sometido a los mestizos que estaban contaminados de pensamiento occidental.

—¿Y el Partido Comunista del Perú no está contaminado de ese pensamiento, compañero? —te atreviste a preguntarle.

—Es innegable dado los tiempos —te respondió—; pero el pensamiento Gonzalo, compañero, ha ideado para nuestro país una ideología acorde con nuestra realidad, tal como lo hizo el camarada Mao en la China revolucionaria.

—¿Y no es dable organizarnos a la manera de los incas? —volvió a la carga Mallga.

Marcelino, que a lo mejor ya estaba informado de tu pensamiento por Angicha, y pensando quizá que habrías influido en Mallga, dijo:

—Quizá, compañera, pero muy difícil. En todo caso no habría mucha diferencia con lo que se impondría en la República Popular de Nueva Democracia.

Tú y Mallga se miraron nomás, y prefirieron callar. Angicha se quedó pensativa.

El problema por el que pasaban esos días era que casi no había qué comer. Durante varias semanas ya no consumían otra cosa que pura pituca y arroz. Los niños lloraban y dos de ellos, Nemesio y María, enfermaron y murieron. Y en vista de que había otros niños enfermos, un grupo, al mando de Marcelino, decidió llevarlos a San Juan de Mantaro a un curandero de nombre Fidencio Taulli. Antes de partir, Marcelino se acercó acompañado de Angicha a comunicarte confidencialmente que el Partido te encargaba suplirlo en el mando militar hasta su regreso que duraría unas dos o tres semanas. Angicha seguiría en el mando político y Mallga, que acababa de aceptar, asumiría el mando logístico, en reemplazo también del compañero responsable que iba a viajar. ¡Pucha!, no supiste ni qué responder. Te agarró

frío la noticia; mas tuviste que aceptar. Órdenes eran órdenes, compañero, y no se discutían. En el fondo, te alegrabas: tú y Mallga necesitaban seguir aprendiendo para forjar con el tiempo el ejército que soñaban. Ya verías también cómo nomás convencer a Angicha que, al parecer, le estaba tomando simpatía a tus ideas.

Para tu identificación como mando, te alcanzaron un botoncito de bronce, que ya conocías, y que tenía grabada una estrella en un lado y en el otro una inscripción que hacía referencia al inicio de la lucha armada.

Te enteraste después por Angicha que estaban allí en ese lugar, no solo para controlar y dar protección a los pagos cercanos, sino también porque más adentro, donde el monte era más espeso y casi impenetrable, a cinco horas a pie, se hallaba Nueva Pekín, donde estaban los jefes principales del Partido; y era deber de ustedes cuidar que por nada ingresen por allí las mesnadas del Gobierno. Asombrado preguntaste si el presidente Gonzalo también se encontraba en ese lugar. Movi6 la cabeza afirmativamente y agreg6 con voz débil: y sus demás comandantes, compañero.

Fue por eso que tú pusiste a partir de ese día más empeño en proteger la zona. Ordenaste colocar alarmas con hilos y latas por los alrededores, y cavar hoyos profundos con dinamita, clavos y piedras en su dentro, tapados con ramas. Dispusiste, asimismo, que los niños, por turnos, subidos en los árboles más altos, tuvieran vigilados los alrededores con ayuda de largavistas. Fue así como lograron cortar varias veces el avance de los soldados, como aquella en que Florencia y Yanahuara corriendo llegaron a avisar que se acercaban unos «uma chukus», pues clarito habían visto sus gorras negras.

Inmediatamente, ustedes ocuparon sus emplazamientos para emboscarles. Para eso, algunos se subieron a los árboles y otros, camuflados, esperaron entre los matorrales. Adrián, el ex policía, después de mirar con el largavista,

avisó por radio que, al parecer, los nueve que había contado pasarían exactamente por el lugar donde ustedes los esperaban ocultos.

En el momento oportuno, cuando los vieron aparecer por el claro del bosque, Mallga accionó la dinamita y los hizo volar por los aires.

Sin entender lo que había pasado, los sobrevivientes intentaron buscar refugio. Pero ustedes los remataron haciendo llover fuego de sus fusiles y ametralladoras.

Después de comprobar que ni uno se había salvado, procedieron a recoger el armamento, además de los capotines, botas y chompas de sus víctimas, todo ensangrentados. Algunos combatientes trataron de quedarse con algunas prendas disputándose las, entre ellos Damián y Medardo, quienes llegaron hasta a agredirse, golpeándole uno de ellos con el cabo de su arma al otro.

Tú y Angicha los amonestaron seriamente esa noche amenazándolos con hacerlos expulsar del Partido si las diferencias continuaban, pues no era un secreto para nadie que sus disputas se debían ante todo por el amor que ambos sentían por Urpay, que ahora era ya toda una mujer y no la niña que antes protegía Paulina.

Ellos hicieron su autocrítica jurando por el Partido y la revolución, compañeros, que rectificarían su línea negra y se entregarían con más fervor a la causa, dejando que fuera la misma compañera quien decidiera a quién debía aceptar.

Algunas veces cuando los soldados pasaban lejos del campamento, ustedes bonito nomás, escondiéndose escondiéndose en el monte, los iban siguiendo, y aprovechaban a los que se retrasaban para agarrarlos por sorpresa. Tapándoles la boca, les metían cuchilladas por la espalda y los arrastraban a la espesura.

Después de degollarlos, sus cabezas los plantaban en algunos troncos, de manera que cuando sus compañeros volvieran a buscarlos, quedaran

espantados encontrándolos asina. Y en vez de tomar valor para buscarlos a ustedes y vengarse, llorando algunos se alejaban del lugar lo más rápido que podían, atemorizados más todavía por los ruidos de la selva y por los gritos de ustedes imitando a las fieras.

Algunos días después, escuchaban divertidos por la radio los comunicados oficiales del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas dando por desertores a los una chukus que fueron sus víctimas.

Es por eso que muy raras veces venían por ahí las patrullas del ejército o de la infantería de marina. Tenían miedo. Ni los animalitos que ustedes criaban para alimento se atrevían a tocarlos por más hambrientos que estuvieran. Si mataban un carnero o una vaca, tú ordenabas inmediatamente que una patrulla los siguiera los siguiera por el monte hasta dar muerte siquiera a uno, para colocar después encima del cadáver un cartel que decía: «Ahí tienen, miserables, por comerse nuestro ganado. ¡Viva la lucha armada!».

A veces cuando les faltaban víveres, medicinas o ropa, enviabas un pelotón de ocho o diez hombres a hacer «cuadraderas» en las carreteras, parando a cualquier carro y obligando a sus ocupantes a dar su colaboración por la causa. Pedían también documentos y daban muerte a los que por casualidad se hallaban en la lista negra que les alcanzaba el Partido.

Conforme el pensamiento de los reyes incas, hiciste ordenanza que en los pagos que controlaban, los compañeros comisarios hicieran cumplir el ama sua, no robar; el ama kella, no ser ocioso, y el ama llulla, no ser mentiroso.

Y mientras tú y Mallga, con aprobación de Angicha, hacían agregados y modificaciones a su manera de las leyes y ordenanzas del Partido, les llegó la mala noticia, después de varias semanas de ausencia, que Marcelino y el grupo que conducía habían sido aniquilados en San Juan de Mantaro por la

infantería de marina y la Defensa Civil que los sorprendieron cuando dormían.

A raíz de esto y por algunas deserciones de «La Retirada» que por hambre y enfermedad estaban haciendo algunos grupos de apoyo y más por otros asuntos urgentes que había que tratar, el Partido había convocado a una Junta de Emergencia para todos los comandos, a la cual, según te comunicó Angicha, tú estabas llamado a participar. ¿En Nueva Pekín?, dijiste sorprendido, sintiéndote medio chino. Sí, compañero, en Nueva Pekín.

Bañados en esa luz intensa donde todo era día y desaparecía la noche, llegamos a la otra orilla. Momentos antes, conforme avanzábamos, yo había sentido, extrañada, una transformación en mi cuerpo: me sentía más liviana. Al mismo tiempo observaba cómo las arrugas de mi piel se iban estirando, llenándose mi cuerpo de lozanía. Sorprendida, le comuniqué a Wayra lo que me estaba ocurriendo. «No te alarmes, me dijo, estás volviendo a ser lo que en verdad eres: alguien que siempre habitó estos lugares y que sin embargo lo olvidó».

Creí que bromeaba, pero conforme nos acercábamos a la orilla; de veras, esos lugares me eran cada vez más familiares y conocidos, como si siempre los hubiera recorrido.

Pero fue al ver mi rostro, mi cuerpo, totalmente jóvenes, abundantes mis cabellos, en las aguas espejeantes del gran río celestial, que empecé a recordar algo, en el instante mismo en que Wayra, adivinando mi pensamiento, me decía:

—Reconócete, ¿no eres acaso Cavillaca, la bellísima diosa que un tiempo vivió en la tierra en la época de los incas?

—Sí, sí, ya lo recuerdo; pero Wayra, después yo habité los cielos, ¿por qué entonces volví a la tierra? ¿Qué ocurrió?

—Ahora lo recordarás: cuando habitábamos la mansión divina, tú, yo y otras deidades más, le pedimos al Gran Gápaj volver una temporada a vivir en la tierra, no como dioses, sino como simples mortales, que queríamos tener esa experiencia. Él se negó al principio diciendo que sufriríamos y que además lo olvidaríamos todo; mas nosotros estábamos encaprichados y ante nuestras exigencias aceptó. Y fue así como algunos encarnaron en plantas, otros en animales o en humanos. A mí, por casualidad, me tocó nacer como allko y habitar junto contigo. Después, cuando me tocó descarnar, estuve esperándote para juntos hacer el retorno. Y ahora soy lo que soy, ¡mírame!

De pronto, Wayra, dejando de ser un animalito, se convirtió en un joven buenmozo: el Dios del Viento, hijo de Huampu, Señor de los Aires. Y mientras me miraba sonriendo, mi mente se iba aclarando más y más.

... ¡Vaya!, me había dormido... sueño nomás me acusa ahora... ¡qué bárbaro!, soñé que los terroristas tomaban Lima... menos mal que fue solo sueño... ¿Habrá venido doña Emicha?... Entre dormido recuerdo como que me hablaba, que algo decía... ¡Ah, sí!, ahí me ha dejado un matecito con mazamorra... pero no tengo ganas... ¡Ay, Dios Santo!, nuevamente estoy sintiendo punzadas en mi herida... A ver lo veré en el espejo... no, no, mejor... dicen que es malo mirarse las heridas en el espejo, que las infecta... Ay, Dios, ¡Santo Ángel de la Guarda!, creo que me estoy pudriendo... Clarito siento como que mallman gusanos en mi cara... ¿Qué pues, mamita Candelaria, ni el creso que le he echado puede detenerlo?... Cuánto le habrá costado a doña Emicha conseguir este remedio, y parece que por gusto... ¡Ay, taita Pedro Orcco!, ayuda pues, que la fiebre me tiene día y noche y mi cabeza quiere reventar... Procuraré dormirme o pensar en otra cosa mejor, si no voy a volverme loco con la desesperación... Ojalá venga doña Emicha pronto... algo me distrae con su conversación... aunque a veces me trae malas noticias... como ayer que me contó que había escuchado por radio que

los senderos habían matado cincuenta ronderos... Los emboscaron dizque cuando cruzaban en balsas el río Apurímac... y en Tingo María han hecho otro tanto con nueve policías... Están tratando de frustrar las elecciones municipales que no sé si mañana o pasado es... ¡Ajumm!, qué sueño tengo...

Hacía calor en Nueva Pekín. Un fuerte solazo caía que no era de aguantar. Media hora antes se había precipitado una lluvia torrencial. Todavía los árboles estaban goteando, entre el alboroto de los guacamayos y paujiles y el chillido de los monos aulladores siguiteándose entre el follaje.

Gordo, de lentes, de mediana estatura, luciendo barba abundante, apareció ante todos los delegados el Presidente Gonzalo. Vestía una chompa crema, abierta, camisa celeste y un pantalón medio plomo. Se le veía de buen semblante, a pesar de sus movimientos un poco lentos. Saludó con la cabeza en medio de los aplausos alborozados de todos ustedes.

Después de dirigirles breves y emocionadas palabras de bienvenida, tomó asiento entre los principales mandos guerrilleros. Muy atento y con la barbilla apoyada sobre una mano, escuchó los informes de los jefes y responsables de frentes y columnas guerrilleras, entre ellos los de Angicha.

Todos estaban alegrosos. Daban cuenta de victorias militares y de harto crecimiento del Partido últimamente. Pero los jefes pidieron que más se abundara sobre lo que llamaron la crítica y la autocrítica. Tú escuchabas deslumbrado, boquiabierto, entendiendo muy poco esas palabras difíciles que a veces pronunciaban; sin embargo, te dabas cuenta bien quiénes estaban acertados y quiénes parecían fallar también en las discusiones que vinieron después. Así, uno de los delegados del sur, por ejemplo, habló de una serie de fallas y falta de calidad y fogueo dizque de buen número de jefes de pelotones y columnas. Y lo que más criticó fue que faltara mayor preparación política de los militantes de las bases de apoyo sobre todo, agregando que eso había dado lugar a que hubiera algunos desertores y surgieran los soplones y

también a que aumentaran los frentes de Defensa Civil, manipulados por los militares. Otro, apoyándolo, dijo que era necesario suspender temporalmente los ajusticiamientos, porque eso había creado malestar en algunas comunidades campesinas, propiciando venganzas, azuzadas por los sinchis y los infantes de marina. Pero a esto, con gran desilusión de tu parte, viste cómo el Presidente Gonzalo se oponía, porque según dijo, Desgraciadamente, es una barrera inevitable contra los traidores y una demostración de fuerza del Nuevo Estado, camaradas.

Después hubo otro, de nombre Daniel, quien dijo, Compañeros, algo que a mí me preocupa es la falta de una infraestructura mínima para llevar adelante la guerra, y más aún para los combatientes que tienen responsabilidad de familia y se enferman. ¿No es cierto que un combatiente con buena alimentación puede dar más, puede durar más y puede seguir luchando en aras de la revolución? A ver, ¿qué hacía el presidente Mao cuando marchaban a las montañas de China Kang?, ¿no es cierto que se preocupaba por sus vestidos, alimentos y hasta alguna propina?... Manifiesto este problema porque estoy convencido de que una guerra grande urgentemente necesita infraestructura; por ejemplo, un compañero que ha caído último, el compañero Marcelino de la zona este de la región principal. Deja dos hijos menores que viven en Huancavelica y están enfermos. Ellos preguntan por el Partido si puede hacer algo, y cuando no se da una respuesta que satisfaga inmediatamente sus necesidades, ¿qué impresión, qué concepto tienen del Partido?...

A esas palabras quejasas, un tanto pesimistas, entre un gran silencio que hubo, el Presidente respondió:

—Compañero, la línea ideológica y política lo decide todo. Mao enseña que cuando la línea del Partido es correcta, lo tenemos todo. Si no tenemos hombres, dice, los tendremos; si no tenemos fusiles, los conseguiremos, y si

no tenemos el poder, lo conquistaremos. El Nuevo Estado no es, pues, un Estado paternalista ni asistencialista. El sufrimiento forjará en esos niños la fe en sus propias fuerzas...

Te distraes observando un poco los «landes» de Nueva Pekín, casuchas camufladas en el monte, en una quebrada profunda, con techos de calamina y cubiertos con raíces de arbustos. Había también cuevas cercanas y hasta un subterráneo, debidamente disimulados.

Ahora tenía la palabra un muchacho de pelo castaño y ojos algo dormidos quien dijo que iba a hacer una denuncia, y era esta: él denunciaba, compañeros, el cuestionamiento a la jefatura por parte de Flavio, militante que fue mando hace años en la ciudad de Ayacucho y que fue bajado a las bases por indisciplina, quien hacía un mes aproximadamente, en compañía de otros camaradas estuvo libando cerveza en Huanta —donde Flavio se desempeñaba como empleado de correos— y en estado de ebriedad dijo, Ustedes todo lo ven Presidente Gonzalo. ¿Él es un dios o qué? Ahora ya no quiere que lo llamen Presidente Gonzalo, sino el doctor Gonzalo y que dentro del Partido existía ese problema ya que ellos aceptaban como una norma el saludo más que como una costumbre. Flavio había dicho además que él estuvo entre los iniciadores del ILA, había estado en el campo, también en la trinchera tres meses y ahora ¿qué soy? ¡Nada!, ¿acaso ellos, los del Comité Central, van a pelear? ... El muchacho acabó su denuncia diciendo que el Partido tuviera cuidado con ese hombre y que mejor, de una vez por todas, decretara su expulsión, que no se olvidaran que varios años antes intentó boicotear la fuga de los compañeros de la cárcel de Ayacucho... Cuando le escuchaste decir esto último recordaste ahí mismo que de veras Flavio se llamaba ese compañero a quien Lucho —el que murió en esa acción— recriminaba momentos antes del operativo. En las intervenciones que vinieron hubo más optimismo. Hablaron de los buenos resultados que les estaban dando la ampliación de las operaciones guerrilleras creando nuevos

ayacuchos. Compañeros, dijo Gonzalo, hemos cubierto un ámbito que va de una frontera a la otra, de Ecuador a Bolivia y Chile; pero también hemos desarrollado el trabajo en la ceja de selva y lo hemos desenvuelto en las cabeceras de la costa y a su vez lo hemos impulsado en las ciudades. Hoy lo que podemos decir es que tenemos cientos de comités populares y múltiples bases. Pero asimismo dizque era necesario aplicar el contrarrestablecimiento de las zonas en las que el viejo poder se había restablecido, especialmente en el sur de Ayacucho y en los límites de este con Apurímac. Era urgente volver a levantar allí el Nuevo Poder, para pasar en seguida a la cuarta etapa de la lucha armada, la del equilibrio estratégico, con guerra de movimientos, en la que se desplacen grandes columnas combatientes que facilitaran la expansión.

Era urgente también que se nombren jefes regionales en el norte y en el oriente. Uno de ellos había caído en una acción y el otro estaba de licenciamiento. Angicha fue designada mando regional del oriente y un tal Florencio fue comisionado al norte. Tú sentiste mucha pena al saber que ya no guerrearías junto a tu warmicha, pero nada podías hacer; pues como ella decía: órdenes eran órdenes. Sin embargo, confiaste en que habría algún modo, quizás más tarde, de seguir juntos en la guerra. Dijeron que a Angicha la reemplazaría en su zona una tal Carolina, que no se hallaba presente.

En los días restantes, harto hablaron de la insurgencia armada en la ciudad. Los paros, mítines y marchas debían tener, según dijeron, el sello de clase y no del oportunismo. Que había que barrer implacablemente el revisionismo y oportunismo de Izquierda Unida. Se intensificarían, de igual modo, las ejecuciones a todos aquellos que representen a los partidos políticos tradicionales. Se debía, además, retomar la política de fuga de cárceles. Los camaradas presos sentenciados y no sentenciados, entre ellos el camarada Remigio, esperan que el Partido haga algo, compañeros.

Al tercer día acabó la reunión de emergencia que dijo Angicha, pero en realidad resultó siendo un Congreso. El Presidente Gonzalo se encargó de clausurarlo. En su discurso pidió intensificar los combates hasta el logro de los objetivos trazados, compañeros, aun a costa de la propia vida. Algunos se emocionaron cuando dijo, Estaré personalmente con ustedes en los puestos de avanzada de la lucha. Creo que ya estoy curado de los males que me aquejaban. Estaré en la primera línea de fuego aprendiendo del camarada Mao. Mi lugar está en el fuego quemante del combate revolucionario.

Entre vivas y ovaciones, se pronunciaron los nombres de varios jefes guerrilleros muertos, entre ellos de la comandante Edith Lagos, de Omar y de Nieves Collanqui, camarada Santos.

Concluido el Congreso, algunos se quedaron todavía a una serie de reuniones de trabajo con Gonzalo. Angicha también se quedó. Te comunicó que antes de viajar a la región del Alto Huallaga donde le tocaba operar, iría a reunirse contigo en el campamento, llevándote las disposiciones específicas del Partido. Vería asimismo la posibilidad de que el Partido autorizara tu presencia en la zona donde la destacaban. Abrazándote duro se despidió de ti, eludiendo tus labios, juguetona, alborotándose sus cabellos y su risa sobre tu rostro, para dejarse besar al último todavía.

Cuando Wayra, jubiloso de volver a ser lo que era, convertido en una ráfaga volaba, según dijo, a reencontrarse con su padre el Señor del Aire, yo caminando por la orilla de la madre de los ríos, llegué donde tres muchachas lavaban sus hermosas cabelleras en las aguas.

—¡Cavillaca! —se alegraron viéndome y corrieron a abrazarme. Las reconocí. Eran Killa, Koyllur y Zaramama.

Ellas ya sabían mi historia y una y otra me preguntaban qué se sentía ser mortal. Riendo y haciéndome bromas escucharon mi relato.

A pedido mío, nos dirigimos después hacia los jardines de la gloria, que a poca distancia se veía. Les comuniqué que quería saber si allí se encontraba mi Simoncito, mi hijito que tuve en la tierra.

Koyllur, que llevaba agarrada su infaltable linternita, me dijo:

—Allá entre esos bosques de retama he visto un grupo de niños jugando, si no está allí quizá se halle detrás de esos árboles de pisonay donde hay otro grupo.

—¿Para qué quieres verlo? —preguntó Killa alisándose su cabellera de plata—. No ha de reconocerte ahora que eres otro ser. En la tierra serías su madre, aquí ya no eres nada para él. Cuántas veces habrá encarnado, cuántas madres habrá tenido.

Tenía razón. Sería por eso que ya no sentía como antes esa desesperación por verlo, por abrazarlo. Más parecía que solo había curiosidad nomás en mí.

Y como Killa y Koyllur se acordaron que tenían que alumbrar la tierra a esa hora desde el otro lado del río blanco, se despidieron. Y solo Zaramama, me acompañó.

Sentíamos cerca el aroma penetrante de las retamas, cuyas flores amarillas alegraban mis ojos. Más allá, las altas flores rojas de los pisonayes parecían llamear bajo la luz blanca, intensa, del Janaq Pacha.

Cuando logré reconocerlo a mi criaturita, jugando, revolcándose con un tigrillo chinchay, ante la alegría de otros niños que alrededor retozaban, no pude contenerme y me acerqué a preguntarle si me reconocía.

Me miró por un instante dejando de jugar con el tigrillo.

—No sé quién eres —me dijo—, ¿por qué me preguntas?

—Fui tu madre en la tierra —le dije pensando que pondría atención.

—¿Ah, sí? —me dijo desinteresándose—, ¿en qué vida sería?

Y antes que pudiera responderle, se fue corriendo, entre risas de las demás guaguas, tras el animalito que se le escapaba.

Ya no pude preguntarle acerca de sus padecimientos en el Tutayaq Ukhuman, ni cómo llegó a los jardines del Gran Gápaj. No importaba. Feliz de haberlo visto, me alejé con Zaramama.

... ¿Cómo?... ¿qué dice usted?... ¿Un japonés quiere ser presidente?... ¡Vaya!... ¿Y me dice que no habló usted?... ¿quién entonces... ¿ese árbol acaso?... ¿el wanchako?... ¡Oh!, el wanchako pecho colorado habló... ¿Este año sí que es buen año diga?... Vea, bonito florecen las papas... Las perdices también aumentan en los trigales... las cuculas mojándose en la lluvia zurean en los maizales llenos de choclos... ¿Mamá?, ¿me oye usted?... se viene la mangada por Aitumanga... alcánceme mi poncho... voy a traerlo a nuestro becerrito antes que las aguas de la quebrada vayan a arrastrárselo... El mote... la papaseca... también se mojarán... Suba usted rápido al techo antes que sea tarde... ¿Mamá?... ¿mamá?... ¿a dónde se fue pues?... ¿por el puentecito de Puyopampa acaso?... ¡Oh! y esas mujeres de negro, calladitas allá, ¿qué hacen?... Aguaitándome tras el cerco de champas han estado, ¿no?... Qué feo tienen shucalpidas su cabeza con su rebozo negro, como velo de misa... almas penantes serán quién sabe, ¡achachay!... ¡Oh!, allá lejitos, pasando el puente, agarrao una vela encendida en medio de la lluvia que aquí no llega, don Edilberto Huarhua está haciéndome señas que me escape, que me aleje de esas viejas que, pegaditas a una muralla, avanzan como no queriendo dejarse ver... ¿Don Edilberto no se murió ya?... ¡Vaya!, un dinamitazo sin ruido veo que lo hace volar en pedazos, y su poncho de colores, hecho trizas, acaba de caer en mi delante... ¡reeech!, los eucaliptos viejos se doblan con un súbito ventarrón... ya la lluvia está también por aquí llegando y el cielo se ve negro negro... mas un rayo de luna se filtra y hace blanquear un pedazo de la calle... Los bultos negros vienen por el lado oscurito, bajo los aleros de las casas, como flotando sobre el empedrado...

retrocedo retrocedo... Hay charcos por todos lados... no importa... echaré a correr.

... ¡Atrás! ¡Atrás!, les grito a las mujeres al ver que me cercan, gruñendo... Sus huesudas manos crispadas, de uñas largas, me cierran el paso por todos lados... Una de ellas, la más vieja, grita, ¡Échenle la soga al cuello! ¡Apúrense, antes que escape!... Antes que pueda hacer algo, siento que un lazo se cierra en mi pescuezo... convertido de pronto en un gatito blanco, me resisto a que me lleven, viejas jijuna grandísimas, diciendo entre mí... pero ellas también se han vuelto gatos, gatos negros que, erizándose, saltan y me arañan dando feos maullidos, encendidos sus ojos como carbones ardiendo... yo también los arañó... y hay una pelea entre maullidos y quejidos como de gente... hasta que logran vencerme... De nuevo, convertidas en mujeres, están que me arrastran como a un corderito... Pasamos el puente entre el aullido lastimero de los perros de doña Severina... me están llevando en dirección a la plaza...

... ¿Plaza? ¿Severina?... ¡Vaya sueño que acabo de tener!... ¿sueño?... ¿Ha sido un sueño eso?... ¡No, caracho!, ahora que me doy cuenta, no ha sido sueño... son las Almas de la sentencia las que han venido por mí... ¡Estoy seguro!... ¡Pucha!, y acaban de tomarlo preso a mi espíritu... ¡Tengo que alcanzarlas antes que me lleven a la otra vida!... Mi garrote, caray... ¿dónde nomás está pues?... Aquí está por fin... Pueda o no pueda estoy corriendo... con mi cuerpo que me quiere vencer a un lado y otro... ojalá no me dé el mal aire, hay mucho viento... Ahí van esas grandísimas... menos mal van despacio, confiadas... Ya falta poco... Unos cuantos brincos más y las alcanzo... ¡Por fin!, ¡ahora sí!... A punta de garrote y carajazos ya las hice desaparecer... también a mi espíritu... ¿pero a dónde se fue?... ¿habrá vuelto

a mi cuerpo?... seguramente... como que me siento más alentado... ¡Vaya!...

A tu regreso de Nueva Pekín te convenciste más todavía que la revolución tendría que ser propia, de los naturales.

El día que Angicha llegó a Villa Progreso a entregar el mando a Carolina antes de viajar al Alto Huallaga, tuvo una reunión contigo y con Mallga por la tardecita.

Sentado sobre el pasto en un claro del bosque, Angicha, les daba la razón a sus planteamientos. Había estado hojeando últimamente una revista especializada en temas andinos y había encontrado la reseña de una crónica del amauta indio Guamán Poma que la había dejado deslumbrada, compañeros. Él también, como Marx, hablaba de cinco edades que había pasado la humanidad. Solo que estas —las que analizaba Marx—: comunismo primitivo, esclavismo, etc., no eran las mismas que enunciaba aquel. Las edades de las que hablaban nuestros padres incas eran otras, en las que cada cierto tiempo, que duraba quinientos o mil años, se producirá un pachacuti para borrar todo vestigio de corrupción, de degradación moral, de maldad, dando lugar a una nueva época, de hombres limpios, puros...

—Cierto, mamita —le interrumpiste, bailando tu corazón de contento que ella estuviese comprendiendo estas cosas y hasta enseñándoles algunas—, cierto. Ahora, si los compañeros del Partido nos dan su apoyo en la lucha por nuestra liberación, sin pretender conducirnos, en buena hora, lo aceptaremos; si no, muy a nuestro pesar, tendremos que dejarlos de lado o sacudirnos de su presencia, así como ellos quieren hacer con los tupacamaros, diciendo que no se puede admitir el triunfo de dos revoluciones.

—Ellos comprenderán, no se preocupen —dijo Angicha—, yo misma me encargaré de convencerlos. Hablaré con el propio Presidente y los del Comité

Central. Pero antes, dime Liborio, ¿qué aspectos del Congreso no te gustaron o no te convencieron? ¿Qué críticas podrías hacer al respecto?

—Lo que te puedo decir, compañera —respondiste—, aparte de convencerme que de seguir en esta lucha los naturales solo seremos apoyo de los nuevos patrones que al final nos gobernarán, más buenos que los actuales quizás, pero patrones siempre, es que las matanzas en masa de gente pobre, humilde, por los mismos compañeros, acusándolos de mesnadas de la reacción, no me parece bien; porque en el fondo ellos no tienen la culpa, mamay. Por salvar su vida o la de sus hijos nos delatarán, empujados a la fuerza por los militares, viéndose sin salida entre dos fuegos. También me parece que hay mucho fanatismo por los chinos. Tal vez la táctica militar sirva bien, pero la organización política debe ser otra, como ya algunas veces he manifestado.

Sí, sí, tenías razón, intervino nuevamente Angicha; sin embargo nuestra dirigencia no era tan dogmática ni sectaria como pensabas, ya verías cómo esto sería discutido ardorosamente; mas, por el momento, no era conveniente todavía hacer cuestionamientos, porque le acababan de informar que Flavio, el militante de base que según recordarías fue cuestionado en el Congreso, estaba encabezando un grupo rebelde, una línea negra, compañeros, en oposición a la línea roja del Partido, denominado Comité de Bases del PCP; no era una línea dialéctica, sino traidora y revisionista, que estaba conspirando contra la jefatura única del Presidente Gonzalo y la dirigencia en pleno del Comité Central, alegando que estos lo decidían todo haciendo oídos sordos al clamor de las masas, y están a punto de provocar una desertión en el Partido, compañeros. Les enseñó un volante donde se despedían y agradecían al pueblo ayacuchano por haber apoyado la lucha durante casi una década, y terminaban dirigiéndose al Gobierno con una cita del presidente Mao: «Ustedes combaten a su manera y nosotros a la nuestra; combatimos cuando podemos y nos marchamos cuando no podemos».

Eran peligrosos, muy peligrosos, según Angicha, podrían provocar un desbande de las masas y el abandono a la lucha. Por eso, antes de viajar al Alto Huallaga, ¿la acompañarías, Liborio, al cumplimiento de una misión en Huanta?

—¿Qué misión, compañera?

La eliminación dizque de ese traidor que, según el servicio de inteligencia del Partido, hizo matar dos semanas antes al compañero Páucar, representante de la dirección del Partido en esa zona.

Aceptaste. ¿No era Angicha tu warmi acaso?

Solo que en Huanta empezó la desgracia de ambos.

Flavio, el hombre que debían eliminar, se hallaba enfermo, internado en el hospital. Nadie en la población sabía de sus actividades subversivas. Todo lo había hecho en el más absoluto secreto. Angicha, de acuerdo a la estrategia que trazaron, sería la encargada de victimarlo.

Disfrazada de enfermera, ocultando el revólver en el mandil blanco, avanzó decidida por el pasillo, en tanto tú la esperabas afuerita, listo para entrar en acción cuando fuera necesario.

Al encontrarse frente al traidor, quien dormía en ese momento, ella alzó el arma, pero no pudo hacer el disparo porque esta se atascó. Nerviosa, salió a pedirte tu revólver, sin saber que el hombre, con el ¡click! del gatillo, había despertado lleno de sobresalto. Cuando ingresó de nuevo, pegó un grito de auxilio al reconocerla, antes de ser acribillado. Alarmados acudieron los policías y una patrulla de infantes de marina que rondaba el lugar.

Desarmado, no supiste qué hacer. Quisiste correr hacia Angicha, pero acababas de ver que era reducida por los marinos. Con dolor en tu corazón, llorando por tu warmicha, corriste hacia el mercado a confundirte en el laberinto.

Por radio escuchaste, mientras viajabas de vuelta a la cuenca del Apurímac, que Angicha era una de las dirigentes más buscadas de los últimos tiempos, cosa que ya lo sabías; pero lo que te llamó la atención fue cuando el que daba la noticia dijo que había sido novia de Páucar antes del inicio de la lucha armada, como que la conocían muchos ayacuchanos. Páucar había sido su profesor en la Universidad. Vaya, eso no lo habías sabido, ni hubo oportunidad que te lo contara, ¿pero estaría queriéndolo hasta el último? ¿Te utilizó a ti solo para que la ayudaras a vengarse? No la creías capaz. Querías creer que ella vino a cumplir esa misión que le encargó el Partido y no hacer venganza de su amor. Ahora solo rogabas en tu dentro a los dioses, que te dieran la fuerza y la oportunidad para liberarla como aquella vez de la cárcel de Huamanga.

Así, con esos pensamientos, llegaste a Villa Progreso después de varios días de viaje, evitando encontrarte con los militares o las rondas. Allí, sin recibir órdenes de la dirigencia, mientras Carolina fue llamada a una reunión de mandos zonales, tú decidiste trasladar toda la columna hacia Cayara, a solo una jornada de Illaurocancha, para iniciar el contrarrestablecimiento y las primeras zonas liberadas de los propios naturales.

Ya en Cayara entrevieron que para impulsar las acciones necesitaban urgente dinamita y otros explosivos, por lo que acordaron realizar un asalto a Minas Canaria.

Después de avanzar por unas lomadas blancas, por donde veíamos correr manadas de tarukas, Zaramama y yo bajamos a una llanura verde en la cual pastaban alpacas y vicuñas.

Más allá empezaban las campiñas, llenas de árboles frutales, bajo cuyas frondas paseaban conversando hombres vestidos con cushmas y plumas de korakenke en la cabeza. Grupos de mujeres, pasñas y maqtillos recogían flores de retama a orillas de un arroyo.

Eran los incas que habitaron la tierra. Había también nobles, sacerdotes, amautas, músicos y poetas.

Abriendo sus brazos como alas, algunos volaban perdiéndose sobre la floresta.

Entre esa gente pensé encontrarlo a mi Liborio, esperanzada en que alguna vez habría pertenecido también a esa casta privilegiada.

—¿En qué piensas? —me dijo mi acompañante, la madre del maíz o diosa de la fertilidad.

—En Liborio, mi hijo, Mama Zara —le respondí—; también en Domingo, el que fue mi esposo.

Sonrió.

—Aún están frescos tus recuerdos, pero al pasar al otro lado del puente donde habita nuestro Padre, solo pensarás como la diosa que eres.

—¿Podré influir en los hombres que luchan abajo en la tierra?

Volvió a sonreír.

—¿Alguna vez cuando estuviste acá te olvidaste acaso de ellos?

No respondí. Solo apuré el paso, deseosa de reunirme con esa gente que, al parecer, nos había visto ya, y algo estaban comentando.

... Ay, carajo, ahora sí ya me jodí... nuevamente esas almas maldesadas acaban de agarrarlo a mi espíritu... Clarito lo he visto en mi sueño... Esta vez, luego de amarrarme, me han llevado cargado sobre una sábana blanca, empuñando de las puntas... además de los tres bultos negros, uno más ha habido: uno de color oque, hombre seguro, por la fuerza que tenía al amarrarme... Debido al frío es que no dormí calapacho como otras noches... y es por eso que han podido empuñarme fácil agarrándome de mis ropas... He visto que me han hecho entrar en la iglesia, reciencito nomás... ¡Voy!, voy caracho... así nomás no puedo resignarme a morir...

... Estoy corriendo... mi cuerpo que hace un ratito estaba abrigado con las frazadas está que se enfría con el sereno de la madrugada... Ah, pucha, tengo mareos, siento náuseas... Tengo que llegar como sea a la iglesia... cruzo el puente... los sapitos están que hacen bulla en la quebrada... las aguas bajan tronando con la torrentada... un chushaj acaba de graznar casi en mi encima... maldito pájaro malagüero, quién sabe ya estará anunciando mi muerte... Cruzo la placita, silenciosa, llena de picullo... la torre de la iglesia con su único ojo parece estar contemplándome... Llego al atrio... me lanzo contra el portón... está con candado... pego mi oreja... no se oye nada... todo en silencio ahí adentro... Desesperado, empiezo a chancar el candado con una piedra... el ruido del fierro espanta a las ánimas... ojalá las haga huir dejando a mi espíritu... Acaba de saltar la armella... abro la puerta de par en par... La luna, que... alumbra con su luz blanca, ilumina gran parte de la entrada... Más al fondo está bien oscuro... y aun así, a ciegas, yo estoy tirando garrotes al aire, sí, con el garrote que traje conmigo; gritando y carajeando... Me acuerdo de pronto que la Virgen de la Candelaria está ahí al frente en su altar... me castigará diciendo dejo de garrotear... y me arrodillo a suplicarle que haga volver mi espíritu a mi cuerpo, ofreciéndole pasar su fiesta el próximo año... Llorando, sin la certeza de que las almas la hayan soltado como la otra noche, salgo... El viento chicotea mi cara... Las náuseas me acometen... me hace arrojar... mi cuerpo arde... Mientras avanzo oigo voces como que me llaman, risas, carcajadas... corriendo quiero llegar a mi casa... como borracho me quiero ir a un lado y otro... estoy entrando al puente... el agua que corre abajo, torrencial, sonando entre las piedras, me marea... de pronto, luchando con mi cuerpo cuando estoy, he dado un mal paso y... ¡oh, Santo Dios!... caigo a la quebrada... Las aguas me envuelven... lucho... doy manotazos... saco mi cabeza... ¡Ay!, las piedras me golpean... ¡Aggg!... el agua en mi boca, en mis oídos... siento como chispas que saltan de mi cerebro... un manto negro me tapa... me tapa...

Está garuando, después de que toda la noche llovió. Las flores rojas de los árboles de pisonay de abajo de la Alameda, bonito se encienden entre el follaje verde, ahora que los pumas nos hallamos por el barrio de Carmen Alto, en Ayacucho, haciendo patrullaje a bordo de un blindado. El oficial recibe una llamada urgente desde el cuartel Los Cabitos: ¡los terrucos están asaltando Minas Canaria!

A toda velocidad avanza el carro por la avenida Ramón Castilla del barrio de San Juan, derechito al cuartel donde los cachi cachi helicópteros nos están esperando, pumas.

Apuraos apuraos, ya en Los Cabitos, suben las mochilas, las ametralladoras, los sacos con granadas, Que no faltara nada, pumas, mientras Camión, el oficial, reparte a cada uno los chalecos antibalas.

Tres helicópteros camuflados, con veinte efectivos cada uno de las fuerzas combinadas del ejército, la marina y las fuerzas policiales, se elevan sobre las suaves colinas de Ayacucho, haciendo harto alboroto.

Ha dejado de garuar y arriba el cielo está celestito, salpicado de algunas nubes que revientan de blancura.

Rumbo a la mina, atentos vamos mirando por la ventanilla las arrugas de los Andes. No vaya a ser que los subversivos estén por ahí desplazándose.

—¿Cuántos cree que sean los terrucos, oficial?

—pregunta Peña con la metraca descansando sobre sus muslos. El oficial no le escucha, algunas indicaciones le está haciendo al piloto. Jiménez nomás responde:

—¿Te da miedo? Son como cien. Esto no va a ser tan fácil como montarse a las terrucas en el cuartel de Castropampa ni matar civiles desarmados en la quebrada.

Los demás reímos. Peña responde:

—Cojudo, si otra vez tuviera a mi disposición a la terruquita esa, a la camarada Angicha, me la tiro en el campo de batalla aunque me estén

ametrallando.

Reímos a carcajadas. Después se quedan en silencio mirando estáticos por la ventanilla, pero no miran el paisaje, estamos recordando la tarde de un viernes, varias semanas atrás.

¡Pucha! La camarada Angicha era rica, rica. De buen tamaño, un poco delgada, pero bien rellenita; senos paraditos y labios pa chuparlos. Después de su captura en el hospital de Huanta la llevaron al cuartel, donde estábamos ansiosos por interrogarla. Puta, los oficiales la hicieron faltar y hasta el comandante parece que la pasó. Cuando nos la dieron a nosotros, la muchacha en un principio parecía una fiera aterrada. Se defendía a arañazos y mordiscos. Pero entre varios la sometieron.

Luego de abusarla, la dejaron cuarentidós horas totalmente desnuda. En seguida, vinieron los interrogatorios, las torturas. Por más que le metíamos corriente en los senos, en la vagina, la terruca no hablaba. ¡Habla, mierda!, quiénes eran los mandos en Huanta, en La Mar, dónde está Abimael Guzmán, los otros, sus lugartenientes, dónde fue el Congreso; pero ni michi la cojuda. ¡Mátenme, cobardes, no tengan miedo! De otras celdas llegan alaridos. Eran de unos civiles que se les estaba interrogando. Todos de raza mestiza; al parecer, campesinos. Varios hombres, tres mujeres y un niño de catorce años que no paraba de llorar el puta desde que los capturamos.

Por más que se sacude la camarada Angicha de cabeza a pies con la corriente, no declara nada. Le ponen una bayoneta en la punta de la nariz, ¿oías?, te vamos a dividir el cráneo, ¡so gramputa!, ¿dónde está Gonzalo?, ¿quién mató a Yangali, el alcalde de Huanta?, ¿a Ascarruz, el de Huamanga?, ¿dónde se ocultan tus demás compañeros?... Como en sueños siente ahora las puntas de las botas clavándose en su costado. Acaba desmayándose. Al volver en sí nos pide agua, sus labios están resecos. Es al recibir el tazón de agua cuando se le escurre ligeramente la venda, y ahí ve cómo viene del otro

cuarto un charco de sangre. Ve también el tazón lleno de sarro donde flota algo como excremento. Aun así se decide a beber, mas su estómago lo rechaza, las tripas se le contraen y vomita. ¡Miserables!, grita, y nos escupe la muy puta.

Al día siguiente, a los demás civiles los llevan lejos para ejecutarlos. A la camarada Angicha, vendada, la subimos a una avioneta para llevarla a arrojar al mar o a la selva, como a Lobatón, dice el comandante, en la guerrilla del 65.

—¿Cómo dice, oficial?

Ya estábamos en Canaria, nos alistáramos.

En tres puntos equidistantes del campamento minero, formando un triángulo para cercarlos, las fuerzas combinadas se lanzan en paracaídas.

Los cachi cachi helicópteros regresan a su base a traer de refuerzos a los llapan atic, unidades antisubversivas de la Guardia Civil.

Estamos avanzando por tierra, en abanico, para irlos encerrando. Comunistas de mierda, véanlos pues el trabajo que les estaban dando; pero esto es lo que estábamos extrañando los pumas después de todo, carajo: acción. Ya estamos hartos de matar solo viejas y niños. A ver si por esta vez siquiera les daban la cara y no se corrían como otras veces los maricones.

Ya los jodimos a los vigías. Tarde se han dado cuenta los cojudos. Quisieron huir por allá y se toparon con los sinchis. Se fueron por el otro lado y estaban los lince del ejército. Finalmente, aquí los marinos los barrimos.

Cuando los comunistas, afanaos en el saqueo de los almacenes, el polvorín y el tenerlos inmovilizados a los trabajadores, se dan cuenta, ya es tarde. Los militares, bajando de las laderas, nos lanzamos al asalto, dando feroces aullidos, con la cara embetunada. Los rebeldes se repliegan tras las casas del campamento y de allí responden el fuego. Algunos terrucos arrojan cargas de

dinamita, desesperados, dando vivas a la lucha armada. A pie firme, los esperamos nosotros, diezmándolos con nutridas descargas de metralla. El mayor que dirige a los sinchis cae pataleando herido por una bala y dos de sus subalternos también caen abatidos a su lado. Carajo, a varios marinos acaban de jodernos con la esquirra de esas bombas caseras. Pero no es de gravedad y, aunque ensangrentados, pueden seguir peleando. Viendo el oficial que los senderos tienen mayor potencia de fuego, poniéndonos a la cabeza del comando de los marinos, nos conduce al asalto gramputeándonos que no fuéramos maricones, que arremetiéramos, carajo, en tanto los cabrones de los lince y los sinchis les cubrían disparando alto, para nosotros avanzar luego que explotara la bomba de humo sirviendo de cortina.

Mierda, el tableteo de las metralas, los disparos de fusil, las granadas, todo es un infierno, y lo que más temen es que los rebeldes intenten hacer explosionar el polvorín, aunque sabemos que no lo harán, carajo, no lo harán, porque ellos volarían primero. ¡Mierda!, acaban de derribar al oficial de dos balazos. Eso nos hace alocarnos y se lanzan como aluvión a vengar a su jefe.

Por fin, logran cercar a los francotiradores, y antes de que los aniquilemos acaban de despacharse a tres marinos; mas los sinchis y los lince han avanzado y los pocos que resisten ahora huyen al escuchar el zumbido de los cachi cachis que están volviendo con refuerzos. Pero no irán lejos los fugitivos porque ya los llapan atics están cayendo en paracaídas a cercar los alrededores.

—¡Cavillaca! ¿Dónde estuviste? —diciendo se acercaron a saludarme los del grupo más cercano—. No te hemos visto.

Vaya, me conocían. Les dije que volvía de la tierra a donde fui misionada por el Gran Gápaj.

—¿La tierra? ¡Oh!, cuéntanos cuéntanos.

Nos sentamos un buen rato. Les hablé cómo había sido mi experiencia. Estaban admirados y a ratos reían.

—Ustedes también alguna vez estuvieron —les dije. Mas ellos, manifestaron no recordarlo.

Ese rato, cual aves de relucientes plumajes, asomaron volando a la distancia una bandada de hombres. Un haravec, alzando su quena, esparció por todo el ámbito una música dulce, divina.

Me fijé bien en él —pues me pareció conocido— cuando ya llegaban hasta nosotros los espíritus voladores. Entonces reconocí a Domingo, quien siguió tocando mientras me aproximaba.

Después, cuando cesó la música y los hombres nos rodeaban, aproximándome más le dije a Domingo quién era. Se sorprendió. Sus recuerdos estaban ya muy lejanos y la verdad, me dijo, no recuerdo haber estado en la tierra, o creo que sí... Le envidié. Ya nada en su mente quedaba de sus padecimientos. Hoy era un espíritu libre convertido en música.

Lejos, a la distancia, reconocí a mi Liborio. Avanzaba solo, envuelto en su poncho, calzando llanquecitos. No venía alegre, tenía un aire de preocupación. Corriendo me fui a abrazarlo. ¡Me reconoció! ¿Rosa? ¿Rosa Cuchillo?, me dijo. ¡Hijito!, diciendo lo abracé. Sé quién eres, oh diosa Cavillaca, me dijo, de no habérmelo dicho el Gran Gápaj no lo hubiera sabido. ¿Él te dijo? Sí, madre. ¿Y a dónde vas?, indagué. Estoy volviendo a la tierra, respondió, me envía el Padre a ordenar el mundo. ¿Un pachacuti?, dije. Sí, es necesario voltear el mundo al revés. No dijo más, me abrazó, me dio un beso en la mejilla y partió.

¿Los sinchis?, ¿los linceos?, ¿los infantes?

Acabas de recobrar el conocimiento. Todo atontado, sin saber ni dónde estás ni qué haces. Intentas levantarte, pero no puedes. La vista se te nubla y sientes que la cabeza te da vueltas. Tus brazos están como baldados, como si

qué cantidad de palos hubieras recibido. Y mientras te arrastras queriendo incorporarte, tus ojos, que empiezan a aclararse, ven de pronto allá abajo el campamento minero y, más acá, por la ladera, distingues que hay regados una gran cantidad de muertos, entre guerrilleros y militares. Es ahí cuando de golpe lo recuerdas todo: procedentes de Cayara, ustedes llegaron a Canaria a asaltar la mina. Para eso, se dividieron en grupos de diez y tomaron posiciones en los almacenes de herramientas, de víveres y en el polvorín. Antes, victimaron en su cabina al radio-operador cuando estaba radiando el S.O.S, sin sospechar que había sido captado su llamado de auxilio. Otros grupos accionaban sus armas inmovilizando a ochenta trabajadores y a ciento cincuenta familiares de estos durante algunas horas. Con minuciosidad propia de comandos, ustedes penetraron en el campamento, bien empuñadas sus armas, vistiendo ropas oscuras y encapuchados algunos. Un grupo había dinamitado la casa del gerente, dejándola en cenizas, y otros rompieron las puertas del almacén de herramientas, de donde sacaban picos, lampas, sogas, casacas, linternas, lamparines de querosene y más cosas. Otro grupo dinamitó la caja de fuerza, la que daba luz al campamento.

Tenían reunida ya para llevarse gran cantidad de dinamita, liados los alimentos que saquearon de la mercantil, y ya estaban por retirarse, luego de haber reunido a los mineros haciéndoles ver que nada tenían contra ellos, cuando fue ahí nomás que empezó la tronadera por parte de los milicos.

Ahora sientes un agudo dolor en el brazo, después de haberte arrastrado largo rato por tierra. Haciendo grandes esfuerzos, logras incorporarte. Das algunos pasos, tambaleando. Temes irte de nariz en cualquier momento. De pronto, alzas la cabeza y descubres, impotente, a cinco infantes de marina que con su metralleta colgada al hombro se dirigen derecho hacia ti. Más abajo hay un laberinto de gente, entre mineros y militares, alrededor de dos helicópteros. Unos sanitarios del ejército se hallan trasladando heridos.

Intentas correr, mas tus piernas no te responden. Te sientes como mareado. Uno de los infantes te da el alto apuntándote con su metraca. Tú alzas los brazos y te entregas.

Con una flor de kantuta en la mano, entramos con Zaramama al puente de luz por donde se pasa a la morada de los dioses. Una música de arpas y violines y una fragancia a rosas frescas nos embriagaron colmándonos de felicidad.

Desde los espacios infinitos, oí la voz del Gran Gápaj dándome la bienvenida.

Alborozados, jubilosos, ganándose unos a otros, abiertos los brazos, venían a mi encuentro los huacas Macahuisa y Urpay Huáchac; Intip, con su atadito de doradas flechas a la espalda; Kuichi, agarrado su cetro de colores; Illapa, hondeando los aires con flores de amancaes, y la Chasca, la que alumbra el amanecer, suelta su larga y crespa cabellera, sin dejar de pronunciar mi nombre como los demás:

—¡Cavillaca! ¡Cavillaca!

Dejando atrás a Zaramama, yo también corrí al encuentro de mis hermanos, sintiendo la mirada dulce y bondadosa del Creador del Mundo, su leve sonrisa y el amor infinito con que me recibía de nuevo en su sagrado reino.

Ya falta poco para llegar a la fea pendiente donde van a ejecutarte junto a diez de tus compañeros. Aturdidos avanzan, sin darse cuenta ni por dónde van. A Antolino Páucar a quien infiltraron en la mina como obrero dos semanas atrás, acaban de matarlo a tiros a un costado del camino, porque no podía avanzar al ritmo de ustedes, cayéndose a cada rato. Se te ha quedado grabado lo que dijo cuando vio sacar su arma a uno de los infantes: «¡Mátenme, carajo, por cada uno que muere surgen dos!». Ahí fue que lo acribillaron.

Un culatazo te hace entrar en fila cuando como borracho te quieres ir de un lado a otro. Medardo, que haciéndose pasar por hijo de Antolino vino otras veces a coordinar con este para el asalto, te abraza haciendo un esfuerzo para no dejarte caer, Camina como sea, Túpac, antes de que te suelten una ráfaga de metralla. Son alrededor de doce los marinos que los conducen, al mando de un oficial blancón, de bigotes, que ha reemplazado al otro que cayó en combate.

El sol inunda los cerros de luz crepuscular. Corre un viento frío, helado, y ustedes se abrigan con los brazos, pues la mayoría tiene la ropa destrozada.

Ya han caminado cerca de tres kilómetros. Lejos, se oyen tiros por ratos. Después se silencian. El llullo torito de piedra, el illa que llevabas colgado en tu cuello, al parecer, se te ha caído, ya no está contigo. ¿Te estaba abandonando el taita Wamani? Quién sabe. Quizá su permisión sería así. Pero recobras el ánimo cuando ves volando en lo alto, muy alto, que apenas se ve entre las nubes, un enorme cóndor. ¿Pedro Orcco? ¿O el mismo Wiracocha, acaso? Ojalá fuera uno de ellos, piensas, aunque más parecía que de aquí ya no te salvabas. De todos modos, haces un esfuerzo y avanzas, queriendo vomitar aun cuando no tienes nada en el estómago. Mallga va delante. Lleva la ropa destrozada y está descalza. De un de repente, se le ocurre entonar una canción guerrillera, cuando un tiro en la cabeza acaba tumbándola muy cerca de ti.

Ahora les hacen desviarse del camino, y tienen que enrumbar por una ladera pedregosa entre cactus espinosos, para enfilarse derecho después hacia el abismo de la quebrada Balcón. Por entre las piedras asoman sus cabezas ágiles unas lagartijas plomas, que en seguida espantadas corren.

Más allacito, de un hueco medio oculto entre los riscos, un niñucha, un wambra, acaba de salir agarrada una carabina vieja, sin darse cuenta que avanzan ustedes entre los cactus. Lo reconoces al instante: es Yanahuara.

Quieres gritarle que corra, que escape; pero sería delatarlo más porque los soldados también ya lo han visto y acaban de hacerle el alto.

Yanahuara asombrado abre los ojos al volverse y verles.

Reponiéndose de la sorpresa, alza de un de repente su arma y apunta a los marinos. Pero antes que pueda hacer nada el wambracha, cae peloteándose como un pollito al recibir varios tiros de fusil en el pecho y en la garganta. Los marinos ríen como relinchando. Uno de ellos, de pelo muy corto, llega hasta el pequeño camarada y recoge su carabina. Antes de regresarse, con la punta de su bota lo voltea. ¡Está muerto!, grita, ¡bien muerto! Para probar, aplasta el gatillo de la carabina con el cañón hacia arriba, y ningún tiro sale. Los demás sueltan una carcajada dándose cuenta de que el arma estaba descargada. Vaya pendejo el chiquillo, comenta el oficial, les tomó el pelo, ¡vaya!

Ahora que Mallga y Yanahuara han caído, piensas en Urpay y Damián. ¿Lograrían escapar del cerco de los verdes? Piensas que sí. Justamente por contener la retirada de ambos, por el único sitio que no estaba bloqueado, tú caíste cuando estalló una granada muy cerca alcanzándote las esquirlas y haciéndote perder el conocimiento. Si aquellos habían logrado ponerse a salvo, era seguro que llevarían adelante la revolución de los naturales. ¡Taita Wiracocha, hicieras tu milagro, que ellos vivan aunque tú mueras!... ¿Y Angicha? ¿Qué sería de tu pobrecita warmi? Malos sueños habías tenido de ella. A veces se te confundía con Hilda, la de tu infancia, y tú te alejabas te alejabas diciéndole que estaba muerta. En ella también había estado prendiendo ya la revolución de los runas. En mala hora la capturaron, caray... ¿y Rosa? ¿Rosa Cuchillo? Allauchi tu viejita, se moriría de tristeza... Pero basta, basta de penas, carajo... Acaban de llegar a la quebrada Balcón cuando ya está oscureciendo. Debes prepararte a morir como hombre, como revolucionario, como verdadero runa hijo del dios Wamani.

A duras penas llegaron los prisioneros a un sitio de rocas y paja brava al borde de un precipicio. Acá van a morir, malnacidos, ya van a ver cómo ahí al fondo los gallinazos les desparraman las tripas, les sacan los ojos, se tragan su lengua, a no ser que... se interrumpe el oficial cuando ya los fusileros estamos tomando distancia, a no ser que hagamos un arreglo, terrucos. Estos, saliendo de sus cavilaciones, se miran intrigados, luego lo miran directamente a los ojos al oficial. La penumbra de la tarde parece aclararse un poquito, como si tras los cerros el sol estuviera soltando sus últimos fogonazos. La cosa era bien sencilla, del bolsillo de su camisa el oficial saca una cajetilla de cigarrillos y enciende uno, mientras nosotros estamos a la expectativa con la culata de los fusiles ametralladoras plantadas en tierra, Sí, sencilla, solo bastaba que le dieran un dato y quedaban en libertad. Les daba su palabra, ahorita mismo les soltaba, guerrilleros, solo tenían que decir dónde estaba Abimael Guzmán, el que se hacía llamar Presidente Gonzalo, y los otros cabecillas. Vamos, tuvieran confianza, serían libres hoy mismo y hasta pueden ganarse, si quieren, la millonaria recompensa que por delatar a esos asesinos está dando el Gobierno; serán ricos y podrían mandar a la mierda todos sus padecimientos. Quedan mudos por unos instantes, carraspea uno de ellos, algo va a decir, su nombre de guerra es Túpac, según lo anoté en mi libreta. Oficial, rompe su silencio el prisionero, no perdiera su tiempo, ellos no sabían nada, y así supiéramos, no somos traidores; que los mataran nomás, que ellos estaban dispuestos a dar su cuota por la revolución... Nosotros ya los conocíamos. Estos terros no hablaban nunca por más que los masacraran, pero el oficial quería probar, y ya ve nada consiguió Si a veces declaran algo es bamba, eso han comprobado cuando al agarrarlos a dos o tres los interrogamos por separado; y después, al confrontar, sus respuestas son totalmente diferentes.

Amargo, el oficial ordena que guardemos las metracas y que saquemos las granadas. A la orden de ¡Yaaa, carajo!, las arrojamos sobre los terros. Entre

el ruido de la explosión, ven cómo vuelan por el aire brazos, cabezas, piernas, yendo a caer al fondo del abismo. Aullando como lobos bajan la ladera, Los hicimos mierda, diciendo. A la mitad se detienen y asombrados vemos cómo de entre los despojos humanos una hermosa paloma blanca emprende el vuelo hacia los nevados para perderse después entre las nubes. ¿Y eso?, nos quedamos parados, pensativos. Entonces viene el oficial todo nervioso echando carajos, Que no se rosquetearan, mierdas, hiciéramos el repase, qué esperábamos, ninguno debía quedar vivo. Bajamos. A los cuerpos mutilados que todavía se mueven les pasamos con ráfagas de metralla. Pero ¿y la paloma? Carajo, les tiene cavilosos. De por acá salió, dice Jiménez cerca de una cabeza embarrada de tierra y sangre que ligeramente podemos reconocerla; es de Túpac, el que se negó a echarlo a sus jefes.

Como han traído pico y palas, nos pusimos a remover las piedras hasta más o menos semienterrar los despojos.

Regresan en silencio. Al llegar al camino empezamos a hacer algunas bromas. El oficial, que sigue molesto, les ordena formar en fila india y, a paso ligero, nos estamos alejando.

Ella estaba paradita en el corral tras su casa, junto a los chiclayos, mirando el camino que bajaba de Ayán, por donde solían volver los que se iban de viaje. Tres días seguidos había llorado la pichuchanka sobre el tejado y en el eucalipto de junto de la casa. Eso era seña para que alguien llegue de lejos o para enfermarse. Quién sabe alguno se asomará, pensaba, trayéndole noticias de su hijo. Malos sueños tuvo últimamente y la velita que prendió al medio de dos rosas, una blanca y otra roja, había quemado mal, cayendo la pavesa para el lado izquierdo, hacia la rosa roja: mala seña, su hijo estaría quién sabe muerto. Las lágrimas se asomaron a sus ojos ese mediodía en que la huaylla verdeaba bonito, ladera abajo, donde mugían unas vacas que los soldados arreaban hacia su campamento.

Fue en la tarde de ese mismo día que se enteró: Urpay y Damián, que caminando escondidos por entre los montales de la quebrada habían llegado, se lo dijeron, buscando la manera de consolarla; mas ella arrancó a llorar y a preguntar a gritos cómo, dónde, murió su hijo...

Cargando su quipe con algunas comiditas, ellos se fueron, escondiendo bajo el poncho y el rebozo las metralletas. Se iban hacia la selva central, a la región del Gran Pajonal, según dijeron, donde intentarían convencer a los asháninkas que se plegaran a su causa: la conquista del poder por los naturales.

Cuando desaparecieron, ella se quedó con los ojos fijos mirando la tarde, sintiendo que se apagaba su corazón.

Toda la noche lloró junto junto con el tuco, oyendo lejos el grito de los güergoch en la noche negra. Y antes que amaneciera bien, entre el canto de un gallo madrugador, enfiló por Turuna, cortando camino, hacia Minas Canaria, donde varias temporadas trabajó como minero Domingo, su esposo, quien moriría después con mal de mina.

Todo el día caminó la pobre, con los pies ampollados, por cerros, pampas y encañadas. No conversó con nadie por el camino. Como un alma, envuelta en su rebozo negro, los pastores de puna, los viajeros y hasta las mismas patrullas de soldados y policías la vieron pasar medio sonámbula, lejos lejos de los pueblos.

Era febrero. Mes de lluvias. Primero un viento helado hizo cabecear los árboles ralos que trepaban por las laderas cercanas a Minas Canaria, luego los truenos reventaron por acá y por allá en el cielo nuboso, y ahí nomás se desató la mangada, torrencial, bullanguera. Y ella tuvo que refugiarse en una cueva cercana, en una vieja bocamina, oyendo asustada el sordo rumor de murciélagos al fondo.

Temprano, al día siguiente, preguntó a un minero que venía del campamento —que lejitos se veía con sus techos de calamina reverberando con el sol— el lugar exacto de la quebrada Balcón. No vayas, mamita, le dijo el hombre de casco amarillo y ropa color beige, adivinando quién era y a qué iba, vas a llorar mucho, mal viento te va a dar, no vayas... Pero ella no estaba para consejos. Despidiéndose se fue nomás.

Los huishqus, llenecitos, revoloteaban abajo en el fondo de la quebrada cuando llegó. Con el pico sucio, de tierra, rescataban como sea algunos pedazos de carne que no habían sido sepultados del todo. Parte parte se veían jirones de ropa, sangre salpicada por las rocas, sobre la paja; mechones de pelos, tripas desparramadas como hilos, pedazos de costillas blanqueando. Y por más que buscó restos reconocibles de su hijo, no los halló.

Llorando se volvió por el camino, sin ver bien ni por dónde iba. La granizada la agarró por los cerros. Varias veces se rodó por lugares gredosos..., pero ya ni sentía dolor. Estaba como adormecida. Ni hambre ni sed tenía.

Cuando por fin asomó a la placita silenciosa de Illaurocancha, sufrió un ataque de nervios, y empezó a gritar y a llamar a su hijo, a destrozarse la ropa arañando sus carnes. Recién ahí asomaron algunos viejos y mujeres a auxiliarla, a darle agüita, masajes, en tanto ella se convulsionaba y apretaba los dientes botando

espumarajos, quedándose después rígida, con el cuerpo que se le enfriaba. Asustados, doña Emilia Achahuanco, el zonzo Oga Pablo, el cieguito don Aurelio Ricse y una niña, su hija de Eusebia Llajaruna, luego de tenderla sobre un poncho, la llevaron a su casa.

La luz del día era pura y llena de brillosidad todavía cuando la depositaron en su lecho. Doña Emilia le frotó los brazos con timolina, le hicieron oler hierbas para que recobrará el conocimiento, pero fue por demás. Bajo ese

cielo sin cielo de Illaurocancha, sin campanas que anunciaran su partida, los ojos de Rosa Cuchillo se habían congelado para siempre.

GLOSARIO

A

Achachay: ¡qué susto!

Alalau: ¡qué frío!

Alaymosca: piedra granítica.

Allau: pobre (expresión de lástima).

Allauchi: pobrecito.

Allko: perro.

Ama kella: no seas ocioso

Ama llulla: no mientas.

Amaru: serpiente mítica. Culebra de gran tamaño.

Ama sua: no robes.

Amauta: maestro, sabio, filósofo, pensador.

Anchancho: demonio que se transforma en animal para hacer daño a los seres humanos.

Apacheta: piedras que se amontonan en los caminos y sirven como adoratorios.

Apu: dios de la montaña. Wamani, jirka, Orcco.

Aromo: variedad del color rojo.

Arrendir: campesino que usufructúa un pedazo de tierra a cambio de trabajo gratuito para el hacendado.

Atatau: ¡qué asco!

Atoj: zorro.

Auki: espíritu de la montaña, de menor jerarquía que los Apus.

Auquimarka: tierra de los auquis o aukis.

Avellana: petardo que se lanza al aire en los días de fiesta.

Ayán: de aya, muerto.

Ayrabamba: pampa donde corre harto viento.

B

Biococho: ave mítica que vuela de espaldas.

C

Cabuya: especie de penca sobre la que se yergue el maguey.

Cachi cachis: helicópteros.

Calambuco: cartuchos de dinamita colocados en serie.

Calapacho: calato, desnudo.

Cañazo: aguardiente.

Caracho: eufemismo de carajo. Caray, caracho.

Cashmi: perrito de dientes sobresalidos.

Cashqui: sopa de papas, con huevo, hierbabuena y tajadas de queso fresco.

Causachun: ¡viva!

Cavillaca: diosa de la mitología de Huarochirí.

Cocamama: Madre Coca.

Cocobolo: boleadora, arma arrojadiza.

Cocha: lago, laguna.

Cochapampa: pampa enlagonada.

Colpa: terreno salitroso.

Corona casha: planta espinosa.

Cuchi: chancho.

Cuchi pishtag: se le denomina así también a Venus, porque a la hora que aparece se acostumbra a matar chanchos para alguna festividad.

Cushma: vestidura exterior amplia y larga, sin mangas.

CH

Chacana: cruz cuadrada de los incas. Puente sobre el mundo.

Chachacomo: árbol de madera muy dura.

Chacchar: masticar coca acompañándola de una pizca de cal.

Chalona: carne seca de llama.

Challwa: pez.

Chankas: pueblo guerrero que habitó entre los ríos Pampas y Apurímac.

Chasca: lucero de la mañana. Crespo, ensortijado.

Chiclayo: calabaza.

Chinchay: tigrillo.

Chúcaro: cerril, salvaje, arisco.

Chungo: canto rodado.

Chuseq: ave malagüera.

Chushaq: chuseq.

Gápaj: el Creador, el Hacedor del Universo.

Garamatish: flor silvestre.

Guagua: niño de teta.

Güergoch: ave agorera.

Guajido: guapido.

H

Haravec: haravicu. Poeta en tiempos del Tawantinsuyo. Componía versos breves y cantaba hazañas y hechos memorables del imperio.

Huaca: deidad.

Huajayllar: reír, carcajear.

Huajcha: huérfano, desamparado.

Huallqui: compañía.

Huampu: Señor de los Aires.

Huaraka: honda.

Huaris: gigantes que, según el mito, salieron del interior de la tierra y poblaron las tierras de Chavín de Huántar.

Huatu: nudo.

Huayhuaco: ardilla.

Huaylla: césped.

Huayllashada: danza de un conjunto de individuos entrelazados por los brazos.

Hutchka: ratón. Según la mitología andina, el espíritu de quien comete incesto debe purgar sus penas introducido dentro de ese cuerpo tan pequeño.

Huicapearse: dar una suerte de voltereta, tal como gira una huicapa o vara cuando se la arroja.

Huishqu: gallinazo.

I

Ichic ollco: duende.

Ichu: paja brava.

Illa: ídolo de piedra con figura de animal o vegetal, que es utilizado para atraer la buena fortuna y como protección para el ganado.

Illapa: rayo, relámpago; es considerado también como una deidad.

Inti Raymi: fiesta en honor al dios Sol que celebraban los incas en el mes de junio.

Intip: Sol.

Ishsh: onomatopeya de ebullición .

J

Jalca: puna. Región alta del medio andino, donde crecen solo pajonales y cactáceas.

Janaq Pacha: cielo. Región alta.

Jarjacha: demonio. Según la creencia andina, tiene la figura de una llama de dos cabezas que arroja fuego por la boca. En ella se convierten las personas incestuosas.

Jarhuarasu: volcán de cumbres nevadas, situado en el departamento de Ayacucho.

Jijuna: insulto.

Jirka: dios de la montaña. Apu, wamani, orcco.

K

Katachilla: cruz del sur.

Khuya yacu: agua de amor.

Killa: Luna.

Korekenke: ave mítica de los incas que posiblemente vivía en lagunas al pie del nevado Vilcanota. Con dos de sus plumas adornaban los incas la mascaypacha o insignia imperial.

Koyllur: estrella. Considerada también como una deidad.

Kuichi: dios Arco Iris.

Kusai: el más grande de los frutos dentro de un grupo.

LL

Llanque: ojota.

Llapan atic: cuerpo especializado de la Guardia Republicana en lucha antisubversiva.

Lliclla: manta que usan las mujeres.

Lloclla: violenta corriente de aguas después de la lluvia. Torrentera, avenida.

Llullo: bebe.

M

Maguey: planta con hojas carnosas o pencas.

Malpas: niños que mueren a muy tierna edad, y que según las creencias andinas padecen en una especie de limbo hasta conseguir su salvación.

Mallmar: bullir.

Mamacha: mamita.

Mangada: lluvia intensa.

Maqtillo: muchacho, diminutivo de *magra*: hombre joven.

Mayu o mayo: río.

Minka: trabajo colectivo y gratuito. Se le denomina también así a quien participa en dicho trabajo.

Misti: término con el que se le denomina a las personas de las clases dominantes, cualquiera que sea su raza.

Moroco: recluta. Despectivo de soldado.

Morochuco: natural de Cangallo, provincia del departamento de Ayacucho.

N

Nákaq: degollador.

Ninamula: mula de candela.

Ñ

Ñan: camino.

Ñujchu: planta de flores color carmesí.

O

Ollcar: colgar.

Ollkaiwas: ser mítico, mitad perro y mitad gente.

Orcco: espíritu de la montaña. Apu, wamani, jirka.

P

Pachacútec (Inca): noveno inca del Tahuantinsuyo. Su nombre significa ‘transformador’, ‘organizador’.

Pachacuti: transformación, conversión, cambio trascendental.

Pacha: Tierra. Significa también la coexistencia de tres mundos: aquí, arriba y abajo. Y tres tiempos: presente, pasado, futuro.

Pachamama: Madre Tierra.

Pachapa sapin: raíz del mundo.

Pasña: doncella.

Pichkay: rito funerario que consiste en lavar la ropa del difunto días después de su muerte y colocar alimentos en la creencia de que el espíritu vendrá a alimentarse de ellos.

Pichuchanka: gorrión andino.

Pillik: ave agorera.

Pishtar: degollar.

Pisonay: árbol de flores rojas.

Pokra: grupo étnico afincado en los alrededores de Huamanga, coetáneo de los chankas.

Pongueaje: servicio gratuito de un campesino en la casa hacienda.

Puka picante: denominación que recibe una comida típica de Ayacucho.

Pumakahuanca: lugar donde hay una piedra sagrada en forma de puma.

Puna: jalka, lugar muy elevado de la sierra.

Puquialcito: pequeño manantial.

Puspa: época de las primeras lluvias.

Puyllousha: planta silvestre de frutitos parecidos a los de la uva verde, pero más pequeños y redondeados.

Puyar: hincar.

Puyó: arbusto que crece en las partes altas.

Q

Quena: flauta.

Quenwa: árbol que crece en zonas frías.

Quinuapata: ladera donde crece la quinua.

Quipe: atado que suelen cargar preferentemente las mujeres.

Quirma: camilla rústica para transportar heridos o enfermos.

Qoljolia: según las creencias andinas, son las vísceras que se les desprenden a los glotones y a los malvados mientras duermen, los mismos que padecen de pesadillas y dolores sin poder despertarse.

Qoropuna: nevado más alto del departamento de Arequipa.

R

Rasuhuilca: nevado de Ayacucho.

Rimaykuku: matrimonio a prueba.

Rinri: oreja.

Rondero: el que hace ronda, vigila.

Rumi: piedra.

Runa: hombre.

Runa simi: idioma quechua. Viene de *runa*: hombre, y *simi*: boca.

S

Sachamama: boa gigantesca, diosa de la fertilidad, según el mito.

Salkantay: nevado ubicado en la cordillera de Vilcabamba, Cusco.

Saylla: planta de las zonas altas.

Shilpi: roto.

Shucalpir: llevar las mujeres el rebozo a manera de velo.

Shucucuy: remolino.

Sinchi: grupo especializado de la Guardia Civil en operativos de contrainsurgencia.

Sirguillito: canario.

Solazo: sol fuerte.

Supayhuasi: infierno. Viene de *supay*: diablo, y *huasi*: casa.

T

Taita: padre.

Taruka: venado.

Tayanca: arbusto que crece en los roquedales de las cuevas o barrancos.

Taytacha: padrecito.

Temple: lugar cálido en los valles interandinos.

Terruco: terrorista.

Terro: apócope de terrorista.

Tinya: bombo pequeño.

Toche: quechuización de tombo que en jerga se les denomina así a los policías.

Tropakuna: soldados.

Tuco: búho.

Tupacamarus: nombre con que se les conoce a los integrantes del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA).

Turuna: planta de tierras altas.

Tutayaq ukhuman: especie de limbo andino.

U

Ukhu Pacha: interior de la tierra. Mundo de abajo.

Uma chuku: cabeza cubierta con gorra.

Ushno: cerro en forma de podio o altar.

V

Vicuñacha: vicuña.

Vilcashuamán: pueblo situado en el departamento de Ayacucho. Su nombre quechua significa ‘halcón sagrado’.

W

Wachwacasa: lugar donde viven los patos silvestres.

Wakay: llorar.

Wakchita: huerfanita.

Wamanero: el encargado de hacer las ofrendas y los pagos al wamani.

Wamani: dios de la montaña. Apu, jirka, Orcco.

Wambracha: niño, chiquillo.

Wanchaco: ave de pecho colorado y alas negras.

Waqwa: cabeza voladora.

Wari: dios mitológico de la fuerza.

Warmi: mujer.

Warmicha: mujercita.

Wiñaypacha: universo.

Wirakocha: dios principal de la mitología incaica.

Wiku: enfermedad que afecta los tejidos musculares y el hueso.

Y

Yacana: constelación de la llama.

Yacumama: boa mítica que habita en el fondo de los ríos y lagos.

Yachacuy: enseñar, adiestrar, instruir. Es también un rito incaico de iniciación sexual de los jóvenes, como una ofrenda a la fertilidad de la Pachamama. En la sierra sur se le conoce como el ayla.

Yana uma: cabeza negra. Nombre dado a los soldados por los subversivos, por usar una gorra negra y por otras connotaciones.

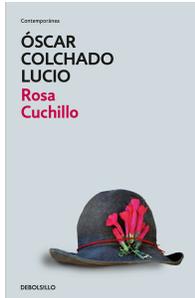
Yawar: sangre.

Yutu: constelación de la perdiz.

Z

Zampoña: flauta de pan.

Zaramama: deidad. Madre del maíz.



«Es una de las mejores novelas que se ha escrito en el Perú sobre esa etapa terrible de la historia peruana.»

Oswaldo Reynoso

Rosa Wanka, llamada también Rosa Cuchillo, camina por distintos parajes de la sierra peruana en busca del alma de su hijo Liborio, reclutado por Sendero Luminoso para llevar a cabo su sanguinaria «guerra popular». Ella, en el trasmundo, es guiada por su perro Wayra, quien además la protege y advierte de las almas condenadas que surgen a lo largo del viaje al *Janaq Pacha*, mundo andino donde habitan los dioses.



Óscar Colchado Lucio (Áncash, 1947)

Estudió Pedagogía en Lengua y Literatura en Chimbote, ciudad donde fundó el grupo literario Isla Blanca y dirigió la revista *Alborada*. Reside en Lima desde 1983. Ha publicado libros para niños, entre los que destaca la saga Cholito, que se inicia en 1980 con *Tras las huellas de Lucero*. Una de las últimas entregas de esta saga es *Cholito y el anillo del nibelungo* (Montena, 2015). También es autor de las novelas *La tarde toros* (1974), *¡Viva Luis Pardo!* (1997), *Luis Pardo: noticias del gran bandido* (2010), *Hombres de mar* (2011) y *El cerco de Lima* (2013), así como de los poemarios *Aurora tenaz* (1976), *Arpa de Wamani* (1988) y *Devolverte mi canción* (1989); de los conjuntos de cuentos, *Del mar a la ciudad* (1981), *Cordillera Negra* (1985), *La casa del cerro El Pino* (2012). Ha obtenido, entre otros, el Premio José María Arguedas de cuento (1978), Premio José María Eguren de poesía (1980), el Premio Copé (1983), el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil (1985) y el Premio Internacional de cuento Juan Rulfo (2002). Su novela *Rosa Cuchillo* (1997) fue merecedora del Premio Nacional de Novela de la Universidad Federico Villarreal y ha sido traducida a varios idiomas. A veinte años de su publicación, es considerada un clásico de la narrativa peruana contemporánea.

DEBOLSILLO

ROSA CUCHILLO

© 1997, Óscar Colchado Lucio

© De esta edición:

2015, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Avenida Ricardo Palma 341, Oficina 601, Miraflores, Lima, Perú

Debolsillo es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

ISBN digital: 978-612-4346-28-6

Primera edición digital: enero de 2018

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

Conversión ebook: Gerson Rivera

Edición digital disponible en www.megustaleer.com.pe

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Penguin
Random House
Grupo Editorial